CUADERNOS
DE LA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL



QUINTO CURSO

(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de
Diciembre, 1951 EDITORIAL LEX 20 cts.
LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III | MARZO 11 DE 1952 | No. 37

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Francisco Parés

La Paz Armada en Europa

EL tiempo histórico se divide en dos grandes categorías: la guerra y la paz. Durante la primera, la humanidad se dedica entusiásticamente a entrenarse. Durante la segunda, a preparar las armas de la futura guerra. El arma como regulador de la paz y como interregno entre dos guerras se produce ya cuando el jefe de tribu descubre el valor persuasivo de la cachiporra prehistórica. En esta lección va a tratarse de la paz armada, pero no en cuanto a concepto general ni en cuanto a su desarrollo histórico. Va a referirse el proceso de su culminación casi doctrinal. Digo casi, porque no llega a ser doctrina. No pasa de ser un momentáneo mecanismo de seguridad. El proceso de culminación histórica se produce en Europa entre 1871 y 1914, en cuyo agosto el mecanismo se rompe y estalla la tormenta que preludia el fin del ciclo mundial de Europa. En consecuencia, la época a que se refiere esta lección va del tratado de Francfort hasta Sarajevo, del fusil chassepot hasta el gran Bertha, de la federica hasta las mangas de jamón.

Epoca fascinante, uno de los más formidables y culminantes momentos de la humanidad. Baste decir lo siguiente: si en este período, el último que el destino brinda a Europa, el continente madre de continentes hubiese elegido el camino opuesto al de la paz armada, es decir, el camino de la integración continental, hoy el mundo sería europeo. Y que por haber elegido el camino de la paz armada, hoy Europa ha dejado de ser, no sólo una

voluntad mundial, sino también una voluntad continental. En los treinta y un años que median entre la paz francoprusiana y la primera guerra mundial, Europa pierde la mejor y final posibilidad de realizarse a sí misma, de ser Europa.

Porque lo que se entiende por Europa, es decir, un concepto continental de orden político, no ha existido nunca. Europa es una expresión que sólo tiene plena realidad en lo geográfico y relativa realidad en lo cultural. Pero políticamente, Europa es un concepto extraeuropeo. Existe la entidad Europa, con perfiles de unitario destino político, pero sólo para el no europeo. El hombre de Europa, a sí mismo, se llama ruso, alemán, austríaco, checo, francés, inglés, español, portugués. Y no hay un solo europeo que no cuente en sus anales nacionales una fiesta de victoria sobre otro europeo. Europa conquista el mundo, pero no logra conquistarse a sí misma. Enorme grandeza y enorme miseria, la que pesa, al mismo tiempo, sobre el viejo continente. Los europeos llegan a poseer la casi totalidad del mundo, pero no llegan a disfrutar un común hogar en su propia Europa. Es verdad que, en edades anteriores, una a una, las grandes potencias europeas abren surcos de pensamiento semejante y crean lo que, desde lejos, aparece como nimbo espiritual común. Es verdad que hay grandes europeos antes de que exista Europa. Son grandes, precisamente, en la medida en que son europeos, y miserables en la medida en que impiden la integración continental. Pero es mayor verdad que el día de gloria de París es el día de muerte de Berlín y que el día de victoria de Viena es el día de derrota de Moscú. Uno detrás de otro, los distintos países europeos ganan batallas, pero Europa pierde todas las guerras.

El momento en que las condiciones históricas parecen permitir más plenamente la integración política de Europa prodúcese inmediatamente después de la conclusión de la unidad alemana e italiana. Es el momento en que los estados nacionales, después de la lenta espiral que arranca del bajo medioevo, llegan a su definitiva cristalización. Son ya entes perfectos, unidades de lengua y de particular cultura, que se desbordan por encima de sus fronteras y se riegan por los siete mares y los cinco continentes, ebrios de plenitud. Unidos, los estados nacionales euro-

peos habrían llegado al fin del mundo. Llegan, a pesar de su rivalidad constante, hasta los dos polos, hasta el cabo surafricano, hasta el extremo siberiano, pero cuando llegan, llevan en sus corazones el signo de la ceniza. Lanzados hacia la periferia del mundo, los europeos no se detienen, en el minuto supremo, en mirada hacia su interior. Por no haber sabido mirar hacia dentro, Europa se autocrucifica cinco minutos antes de ser Europa.

Y sin embargo, si no existe el previo ciudadano europeo, sí existe, en cambio, la previa silueta del cristiano. Pero de la misma manera que Europa no sabe ser definitivamente europea, el cristiano no sabe ser discípulo definitivo de Cristo. Quizá, en el fondo, el cristianismo no sabe ser europeo por la sencilla razón de que dimite de su condición real de cristiano. No es éste el tema de la presente lección, pero interesa dejar sentado el evidente paralelo que se establece entre el destino del cristianismo y el destino del europeo. Hasta este momento las guerras europeas han sido procesos de crecimiento. A partir de este instante, se convierten en procesos de degeneración. El genio político europeo se prostituye a sí mismo al elevar a sistema la paz armada. Véase el paralelo anterior: el genio político del cristiano se prostituye al englobar en el sistema de la paz armada europea al Imperio Turco. Es decir, en el momento en que Europa estima la existencia de millones y millones de cristianos sojuzgados por Turquía como simple factor de la balanza de poderes. La consecuencia de esta doble prostitución se llama ocaso de Europa y crepúsculo del cristianismo.

Entre 1871 y 1914 Europa escoge la vía del suicidio. Y, hecho extraordinario, no se produce en la intelectualidad europea una sola voz de alarma que grite más fuerte que los acontecimientos. Si hay alarma, viene de otra fuente y se produce en términos de apetencia primordialmente social. Sólo los incipientes grupos socialistas parecen comprender el peligro: pero no saben plantearlo. Ven en el sistema de la paz armada solamente una coyuntura de opresión social, de sostén político en favor de las clases dirigentes. El otro socialismo no materialista, el del Vaticano, no pasa de ser pura retórica más enraizada en el apriorismo del dogma que en la dinámica social. No podía ser de otra manera:

los dos socialismos europeos son fruto de la misma sociedad europea y adolecen de la misma miopía general.

Y sin embargo, la estructura de la integración europea es fácil de imaginar: la paz no armada, la seguridad en la conjunción total de Europa. Su fórmula es ampliamente conocida: la nación no debe rebasar su órbita geográfica, el imperio no debe rebasar la órbita administrativa, la autoridad común no debe rebasar la órbita del destino general del continente. Pero esta idea tan sencilla, la idea de un imperio común de todos los europeos, no se produce en ninguna capital europea. En cambio, síguese produciendo la idea y esperanza de imperio individual, la idea y esperanza de hegemonía de una sola potencia. Esta es la fantástica servidumbre que lega a sus herederos la idea del Imperio Romano. Por eso el destino de Europa es un combate entre herederos y por eso el destino del cristianismo es una guerra entre apóstoles.

En vez del camino de la integración —de la paz sin armas— Europa elige el camino de la paz armada. ¿Qué es eso de la paz armada? A pesar de su transparencia, el concepto no es sencillo. Y no lo es, primordialmente, porque se eleva a sistema con una pretensión gigantesca: la de inmovilizar la paz. La de convertir la paz en mecanismo de equilibrio permanente. Pero la paz es una cosa sutil y delicada, una armonía en modo alguno inmóvil, sino esencialmente cambiante, espontánea, flexible. La paz no es susceptible de ser apresada en esquemas estratégicos, por la simple razón de que es un concepto político en primer lugar, estratégico en último término. La paz no es —no puede ser— un sistema. Es, esencialmente, una voluntad. Si la voluntad preexiste, el sistema sobra. Sin la previa voluntad, el sistema, ineluctablemente, falla. Es más: la perfección del sistema conlleva, necesariamente, la quiebra de la paz. No es que la ruptura del sistema suponga guerra. Es que la ley final del sistema es incompatible con la paz.

Véase, sumariamente, en qué consiste la vieja tesis de la paz armada, elevada a la jerarquía de sistema. Su esencia descansa en la llamada balanza de poderes. Es decir, en la presunción de que la guerra no es posible mientras exista una simetría de poderes

equivalentes. Por eso se ha dicho antes que el sistema no llega a ser una doctrina, sino que no es más que un mecanismo de seguridad colectiva. Dicho de otra manera, presunción de que la paz será permanente mientras exista cierto grado de automatismo en los dos platillos armados de Europa. La constelación inicial que instaura el sistema es la alianza entre Berlín y Viena, conocida en los manuales de historia como Doble Alianza. La respuesta mecánica del incipiente sistema de seguridad es la alianza entre Moscú y París. Doble Entente contra Doble Alianza. La espiral ha empezado. Pero, hecho fundamental, Inglaterra, de momento, permanece aislada, al acecho. Desde hace tiempo, en el Foreign Office, milita un principio sacrosanto: esperar y ver. En otras palabras, ante el sistema de balanzas que se dibuja en Europa, Inglaterra aspira a ser el fiel.

La alianza austrogermánica, de entrada, tiene un objetivo concreto: impedir el vuelco ruso hacia Constantinopla, el Canaan autoprometido del paneslavismo. La alianza francorrusa, respuesta mecánica a la anterior, también tiene de entrada un objetivo concreto: impedir que el binomio austrogermánico se extienda hacia Bagdad, meta e inspiración del pangermanismo. En consecuencia, el primer ajuste europeo después de Francfort equivale a la autonegación de Europa: sujeción de Europa dentro de los límites geográficos, pero no culturales, de sí misma. Prohibición de engrandecimiento, particular o general, a expensas del retazo asiático que antes perteneció a la cristiandad con el nombre de Imperio de Oriente. Y sin embargo, en este retazo diariamente mueren miles de cristianos, asesinados por la Media Luna. Y el Sultán se precia de escupir diariamente el Portal de Belén. Pero la Cruz —la católica Austria, la Germania de los Caballeros de la Espada, la teocrática ortodoxia de la garra eslava— se autolimita en el cumplimiento de la orden de Cristo, y en dimisión plenamente europea, prefiere permitir al Islam en tierras adriáticas, a recuperar, para Europa, la cuna del cristianismo.

También el occidente latino es culpable. También la tradición de las alianzas orientales ha carcomido el corazón de París. Es precisamente Richelieu quien instaura el juego de las alianzas

orientales y además, lo instaura contra la catolicísima Austria. Desde el principio, el sistema de la paz armada se convierte en sistema de cadenas con el que Europa se condena a sí misma, cerrándose el lógico camino de su conclusión en cuanto a área geográficocultural. Las alianzas europeas son rejas: aprisionan la espontaneidad europea encerrándola en su interior. Por eso Europa estalla. No existe una sola alianza contra el verdadero enemigo histórico. Primera falla de la paz armada. Sarajevo es hijo directo de esta primera falla.

Desviada de su lógica vía de reintegración grecorromanogermánica, Europa cierra el ciclo de su extravasamiento colonial. No es éste el momento de relatar la epopeya. Sólo una observación: Italia, la benjamina, se encuentra fuera de horario en la carrera africana. Y pacta con la Doble Alianza, buscando en la misma el pivote de su expansión futura. Es decir, el mecanismo de seguridad, el equilibrio de poderes basado en la idea de simetría estratégica se rompe. Triple Alianza contra Doble Entente: fatalmente, el equilibrio debe ser restablecido. Es la hora de Inglaterra. Se acerca el instante crítico de occidente, por lo menos en su caracterización política.

Y el llamado gendarme de Europa se dispone a entrar en liza. Una vez más Inglaterra va a arreglar el destino de Europa. Pero así como en el pasado Inglaterra se ha producido más como presencia europea que como complejo mundial, ahora, en méritos del Commonwealth, es tanto una función europea como extraeuropea. Es este el sentido más profundo del clásico esperar y ver. Pero tampoco Inglaterra está a la altura de la genialidad que los tiempos exigen. No acierta a comprender que la integración europea, más Inglaterra, es la garantía más absoluta de la propia integración inglesa en el continente, y al mismo tiempo, de la integración mundial británica. El Commonwealth es un sistema británico, desde luego, pero es al mismo tiempo un sistema europeo, porque el Commonwealth es cristiano. En otras palabras, Inglaterra cree que la derrota de Europa no será la derrota de Inglaterra. Y su esperar y ver se convierte en pensamiento estratégico de orden empírico. Función de fiel en la balanza de poderes.

De orden empírico: es decir, sin compromiso previo de orden ideológico. La Triple Entente supone una contradicción: maridaje entre una democracia monárquica y conservadora, una república radical y de origen revolucionario, y una teocracia medioeval. Empirismo que alcanza su grado de máximo cinismo en la frase de lord Vansittart: es preferible una Alemania dictatorial, pero débil, a una Alemania democrática, pero fuerte. Mediante la alianza anglorrusa, el equilibrio parace restablecido. Pero lo que ha hecho Inglaterra, al tratar de restablecer el equilibrio, es precisamente lo contrario: inclinar uno de los platillos europeos, el periférico, en demérito del platillo central. Y al quedar frente a frente la Triple Alianza y la Triple Entente, se siente la necesidad urgente del conflicto, antes de que la Triple Entente ahogue a los imperios centrales con la dinámica de sus posibilidades, y antes de que la Triple Alianza se recupere de la inferioridad, mediante la acumulación de armamentos. La ley del fiel británico es la siguiente: Inglaterra, más el Imperio, más cualquier potencia europea, debe ser más fuerte que el resto de las potencias europeas, y ello, antes de que el resto de Europa termine la conclusión de su sistema colonial. Ley que, de entrada, excluye la solidaridad europea, único principio viable de la paz permanente.

La paz armada, en su elevación a sistema entre 1871 y 1914, es el proceso final de la insolidaridad europea. Un sistema que, en su perfección, implica necesariamente la catástrofe. La anécdota del estallido de la primera guerra mundial tiene solamente una importancia secundaria. Se llama Sarajevo, como podría haberse llamado Fachoda, Agadir, insurrección búlgara. Lo que importa es el espíritu del sistema y, sobre todo, el querer misterioso de este espíritu. El tema es demasiado enorme para su exposición en pocas cuartillas. Pero si se eleva el proceso europeo a cuadro sinóptico, en lo que se refiere a la época indicada, se tiene:

Primero: Europa llega a la culminación de sus entidades nacionales en un momento en que la idea de nación no está a la altura de las necesidades históricas de Europa.

Segundo: A fin de evitar la victoria imperial de uno solo de sus miembros, Europa inventa el sistema de la paz armada,

de la balanza de poderes. Es decir, recurre a la balanza de poderes en el momento en que la idea es incompatible con el destino unitario de Europa.

Tercero: El mecanismo de la paz armada pretende congelar el destino particular de todas y cada una de las potencias europeas: idea netamente antieuropea, que niega lo que de histórico hay en la historia.

Y cuarto: Por no haber sabido negarse en sus individualidades, para mejor afirmar el conjunto, por no haber sabido trasmutarse para seguir siendo mejor, el sistema estalla, estalla Europa y casi, casi, estalla el mundo.

DISCUSION

SR. REYNOSO: Si me permite le haría dos preguntas. Ud. ha hablado con un poquito de apuro y casi con tono despectivo, del socialismo, y le preguntaría: ¿Cuál es el socialismo de la Iglesia, el de defender una casta aristocrática en la práctica o discutir una doctrina espiritual? Y otra: Jean Jaures, al amenazar...

SR. PARES: Me permite, para recordar yo las preguntas, contestar la primera; después me hace usted la segunda.

Yo he dicho que el socialismo no materialista de la Iglesia fracasa en su apetencia de mantener el sistema europeo. No he enjuiciado en lo más mínimo el valor intrínseco del socialismo del Vaticano. Ahora, ¿prefiere Ud. que yo aclare mi pensamiento sobre el fondo de la materia?; porque eso ya pertenece a parte de la conferencia, es otro problema.

SR. REYNOSO: Bueno, me gustaría enormemente, si no es molestia.

DR. PARES: En poquísimas palabras; el socialismo, el nombre no es exacto, pero en fin, el socialismo vaticanista, a mi modo de ver, comete una falla fundamental, que es la de producirse después de la aparición del socialismo revolucionario.

SR. REYNOSO: Es más o menos un socialismo de Estado, como el de Rusia.

DR. PARES: No, porque el socialismo del Vaticano, la doctrina social de la Iglesia, descansa exclusivamente en la libertad individual, y por cierto eso no puede ser, no puede ser..., sí, existe la planificación.

SR. REYNOSO: ¿Me permite la segunda pregunta?

DR. PARES: Como no.

SR. REYNOSO: Jean Jaurés, al amenazar con una huelga de brazos caídos de todos los trabajadores europeos, ¿no estaba ya señalando una

posición decidida del socialismo no cristiano, mejor dicho, del socialismo que no depende de Roma, si es que se le puede llamar socialismo a la hereditaria Corona Papal?

DR. PARES: Jean Jaurés, que es indudablemente uno de los talentos más extraordinarios que registra el período que va de la Paz de Franckort a la guerra del 14, tiene una influencia formidable en el mundo entero, no sólo en el socialismo europeo. Quizás más que Jaurés, el socialismo mundial está influído por Gesse (?), que es el teórico del socialismo francés, en todo ese período. Los diez años anteriores a la Guerra establecen la posición de no votar créditos de guerra, como ustedes saben. Es decir, que se plantea un arma contra la posibilidad de la paz armada, pero esa voz no grita con fuerza suficiente para domeñar los acontecimientos; aunque crea una escuela, esta escuela no es lo suficientemente poderosa para impedir precisamente la debacle que se va a producir más tarde. No quito valor al socialismo de Jean Jaurés ni al socialismo revolucionario.

SR. REYNOSO: ¿Y el asesinato de Jean Jaurés?

SR. PARES: Sí, desde luego. Es muy significativo que Jean Jaurés sea asesinado días antes, precisamente, del período de la Guerra Mundial. Pero sin la muerte de Jean Jaurés, sin su asesinato, los acontecimientos habrían sido los mismos. Usted recuerda bien que la primera cosa que hace el gobierno francés, a los 15 días de haber estallado la guerra, es apresar a todos los líderes, especialmente a los anarquistas del momento, y fusilarlos. De manera que la disposición, la voluntad histórica del momento era simplemente la guerra, a pesar de toda la aparición anterior del socialismo, que no tiene fuerza suficiente para impedirla.

SR. REYNOSO: Es claro, pero no estoy de acuerdo.

DR. RAMOS: Si podemos robar dos minutos a nuestras discusiones, quiero preguntarle al Dr. Parés a quien toca la pérdida mayor, para recordar y sentirnos muy satisfechos una vez más de nuestro querido Director Profesor Jorge Mañach, quien hace pocos días, el martes de la semana que pasó, el 27 de Noviembre, con motivo del homenaje a los Estudiantes de 1871, en un magnífico discurso, podemos decir que colocó un jalón para el mejoramiento moral de la Universidad y de la nación. El auditorio (aplausos)...

DR. MAÑACH: Confieso que no sabía nada que el Dr. Ramos iba a leer ese papelito. ¡Si lo llego a saber, no se lo permito!

DR. RAMOS: Lo que sigue: El auditorio repitió los aplausos y los llevó al máximo de pie repetidamente; ustedes han repetido esto mismo.

DR. MAÑACH: Muchas gracias, Dr. Ramos. ¿Otra pregunta?

SR. OTTO JAHKEL: Dr. Parés, ¿usted no cree que el libro de Ortega "La Rebelión de las Masas", si hubiera sido más leído, quizás hubiera educado a los pueblos para evitar la segunda guerra mundial?

DR. PARES: No se puede contestar la pregunta. "La Rebelión de las Masas" es una obra extraordinaria. Ortega todo el mundo sabe quién es; sin embargo...

SR. OTTO JAHKEL: El pueblo no llega a ese libro ¿no?

DR. PARES: No, indudablemente. Esa es una pregunta un poco difícil de contestar en dos palabras.

SR. BRETAU: Dr. Parés, ¿no cree usted que de no haber estallado la guerra tan prematuramente...

DR. PARES: ¿La primera o la segunda?

SR. BRETAU: La primera, hubiese habido más tiempo para que se expandiera mundialmente, como estaban expandidos el socialismo anarquista con la gran combatividad de sus militantes, con su trabajo constante de divulgación de las ideas generando los espíritus; la demostración de esta expansión se ve no solamente en España, Argentina, en Dinamarca, Suecia, en Francia, en Italia, muy poco en Alemania. Pero el Dr. Parés conoce bien la intención de ese movimiento. ¿No cree que de haber estallado la guerra, al fin y al cabo la elevación de las conciencias, llevada a cabo por este medio, hubiera establecido el verdadero socialismo, y no la máscara del socialismo soviético?

DR. PARES: Yo no soy profeta del pasado. Usted me plantea un "Si no hubiese ocurrido", y eso es muy difícil de responder. Pero desde luego, es evidente que, de no haberse producido la coyuntura procesal del estallido de la segunda guerra mundial, el socialismo europeo, especialmente el socialismo de tipo no revolucionario, sino socialista estaba fatalmente condenado. Uso la palabra "fatal" no en un sentido peyorativo, sino en el de irremisiblemente condenado a determinar un movimiento de integración dentro de los proletariados europeos. Sin embargo, contra esa ley de biología ideológica cabe oponer una serie de reparos. Es dcir, no siempre se ha producido así, en muchísimas ocasiones o en varias ocasiones, en un pasado reciente, hemos visto que todo un universalismo de tipo proletario se ha encontrado ante un hecho concreto que es el interés de los estados nacionales, incluso allí donde el socialismo es la inspiración del Estado como en Rusia. No olviden ustedes un hecho extraordinario, y es que, habiendo podido tomar el poder el Partido Comunista, sumado al Partido Social Demócrata en Alemania al advenimiento de Hitler, es precisamente el centro del socialismo revolucionario quien decreta la muerte del Partido Comunista Alemán. De manera que la idea universalista implícita en todo socialismo determina un curso histórico previsible hasta el momento en que choca con los intereses de los Estados. En la Iglesia está presente, que yo sepa, y esa es precisamente una de las fallas, recontestando la pregunta anterior suya del fracaso del socialismo del Vaticano, que habiendo dispuesto de los recursos materiales de imposición en varios países, ese socialismo no se ha aplicado nunca. En consecuencia, no sé en el futuro qué ocu-

rrirá, pero como en el pasado no ha ocurrido, no puedo contestarle la pregunta.

DR. BEGUEZ CESAR: No cabe duda que la primera parte de su trabajo es un juicio crítico de un valor inestimable. Pero de la heterogeneidad de nacionalidades y de razas de que usted nos ha hablado, así como de un pesimismo bastante acentuado en la última parte de su conferencia, ¿no cree usted que surja una unidad, a virtud de la doctrina llamada del equilibrio, así como de la armonía?

DR. ORTEGA: Bueno, usted me plantea, creo yo entender, el problema de la posibilidad de los Estados Unidos de Europa, la integración europea?

DR. BEGUEZ CESAR: No, usted sabe que... después del Tratado de Westfalia, de 1815 surgió la llamada doctrina del equilibrio del continente...

DR. ORTEGA: Equilibrio del continente, balanza de poderes y paz armada es lo mismo.

DR. BEGUEZ CESAR: Bueno, pero a virtud de esta propia heterogeneidad, no puede surgir la unidad, ¿qué razón hay para que no surja?

ORTEGA: Que la unidad europea no puede existir más que basada precisamente en las culturas particulares. Una unidad que fuera un rasero, es decir, la eliminación de todo aquello que signifique diferenciación, no sería unidad, sería imposición. Esa sería la Europa republicana de Napoleón, sería la Europa cosaca, sería la Europa del Congreso de Viena, es decir, sería una imposición, no una integración.

SR. GUSTAVO DURAN: Quisiera conocer su opinión sobre la labor que están realizando las Naciones Unidas, de persecución de la paz, como las estadísticas afirman, que el mundo, la civilización, siempre se ha encontrado pasando por la guerra, o cuando no están practicando, están ensayando, preparando.

DR. ORTEGA: La idea de un internacionalismo jurídico que asegure la paz por medios de comunidad colectiva nace, como usted sabe, en la Liga de Ginebra, y tiene su segunda edición, corregida y aumentada, quizás más aumentada que corregida, porque en definitiva es lo mismo, en las actuales organizaciones de las Naciones Unidas. Mi parecer sincero es que ese organismo es muy válido, extraordinariamente válido en todo aquello que sirve de política de protección a los inválidos, a las minorías oprimidas, etc., etc., pero como regulador de la paz, es decir, como biombo que va a evitar la guerra, no, tiene ningún valor.

DR. MAÑACH: ¿En qué tipo de mecanismo, si que cree usted en alguno, Dr. Parés, contempla usted la posibilidad de un medio efectivo para alcanzar la paz?

DR PARES: Quizás sería posible una paz universal en el momento en que desapareciera simultáneamente, porque además tiene que ser simultáneo el concepto de nación, elevado a su grado de constitución externa

militar, o sea, el nacionalismo. Pero, claro está que esto no puede ocurrir hasta el momento en que todas las naciones del mundo estén satisfechas. Los únicos defensores de la paz son los Imperios, los Imperios que ya son Imperios, y son autores de guerras los Imperios que todavía no han llegado a ser Imperios, que aspiran a ser Imperios. Ese equilibrio, esa satisfacción de orden general, que podría establecerse en un balance de poderes, siempre y cuando existiera un mínimum de inteligencia común en las verdades básicas de la existencia, concepto de moral, concepto de justicia. Es decir, que no existieran, al mismo tiempo, abismos ideológicos, podría permitir una estabilidad permanente de la paz.

DR MAÑACH: Esta última consideración suya, Dr. Parés, parece indicar que usted es partidario de que efectivamente se construya la paz en el interior de los espíritus, antes de tratar de construirla objetivamente.

DR. PARES: Es inevitable. La paz externa cuando está minada en el interior por factores psicológicos de resentimiento social, o por factores nacionales de resentimiento vengativo, como en el caso de Alsacia y Lorena en ese período, etc., etc., imposibilitan la existencia de un clima de paz permanente.

II

César Rodríguez Expósito

Finlay, saneador del trópico

NUESTRA presencia en la alta cátedra de la Universidad del Aire, está justificada solamente por el imperativo de la sustitución. Se nos ha encomendado la tarea de comentar en esta tarde de vísperas, la celebración y significación del natalicio de uno de los más grandes científicos internacionales, Carlos J. Finlay, y la doble celebración del "Día del Médico", feliz acierto de su creador el Dr. Guillermo Martínez Márquez, y el "Día de la Medicina Americana", establecido en todo el Continente a propuesta del Dr. Horacio Abascal. Esta triple conmemoración no podía dejar de ser acogida en la Universidad del Aire, y por eso su máximo rector Dr. Jorge Mañach, acudió a nosotros, a fuer de finlaístas, aunque en verdad solamente somos reporteros de la clase médica, con afanes investigadores del pasado para divulgar la vida y la obra de tantos grandes hombres que ha producido la medicina de Cuba y que aparecen poco a nada en las páginas de nuestra Historia. Pero quiero señalar el hecho de que apenas hace cuatro o cinco horas que el doctor Mañach, solicitó mi cooperación a la Universidad del Aire, por lo que no podrá ser clasificado —nunca hubiera podido serlo— entre los ensayos medulares que en esta alta tribuna y fórum se ofrecen al mejoramiento cultural de la Nación por verdaderos maestros y autoridades en múltiples materias del saber humano. Pido excusas, pues, por haber tenido que improvisar estas cuartillas, hilvanando extractos de nuestra biografía de Finlay, así como de la conferencia en la Academia

de la Historia sobre finlaísmo, para rendir en la Universidad del Aire un homenaje a los médicos cubanos en su día, y honrar una vez más la memoria de aquel gran triunfador de la fiebre amarilla, que ni siquiera puede dormir tranquilo el sueño eterno, ya que aún le persiguen la perfidia y las malas artes, por unos, silenciado por otros, y negado en algunos casos, para atribuir el portentoso descubrimiento de Carlos J. Finlay, a Reed, quien nunca creyó en la teoría ni en la obra finlaísta.

Un día al año es poco para la gratitud humana hacia el médico. Es tanto el bien que recibe la Humanidad de la vocación, de los estudios, de la ciencia, del desinterés de la profesión médica, a través de todos los tiempos, que este homenaje personal, individualista, debía convertirse en el homenaje universal a una clase que vela, no sólo por aliviar y curar los males físicos que azotan al individuo, sino que labora y lucha por preservar a los pueblos de todos los males, que trabaja afanosamente por el surgimiento de una colectividad integrada por hombres y mujeres fuertes y saludables, tanto de cuerpo como de alma...

La profesión médica ha tenido una larga evolución que recoge la Historia. No se puede negar que el mago y el hechicero fueron los antepasados del médico que hoy se gradúa en las aulas universitarias. En todo ese proceso evolutivo de siglos ha habido muchos titubeos, muchos errores, muchas vacilaciones, mucho denuedo para luchar contra prejuicios y oscurantismos; muchas grandezas y miserias, pero al fin la profesión médica ha alcanzado el rango nobilísimo de nuestros días, en el dominio de la profilaxis y de la higiene, en la prevención y control de las enfermedades y en el desvelo continuado para promover el bienestar humano mediante la sistemática aplicación del sabio apotegma "mens sana in corpore sano".

El médico jamás cesa de estudiar. La medicina no es estática. Su evolución es constante, y frecuentemente va marcando el paso en el progreso de la Humanidad, con nuevas investigaciones, descubrimientos, prácticas y técnicas, renovación de métodos, sistemas y teorías, que diariamente surgen de esos grandes talleres que son los laboratorios de los científicos, donde se labora día y noche para alcanzar los más nobles objetivos de superación huma-

na. "El médico —ha dicho el Dr. Juan Guiteras— siempre tiene que estudiar. La medicina es una de las ciencias que constantemente está evolucionando. No se puede concretar a los conocimientos adquiridos; tenemos que seguir el curso del progreso y de las investigaciones. La medicina es una ciencia que avanza día a día... el médico es el estudiante permanente".

El médico, por tanto, no es un hechicero ni un santo; es un científico y un humano que pone su talento, su experiencia, su esfuerzo infatigable y su labor constante al servicio de los que sufren, para prevenir, curar o aliviar los dolores del mundo. Ya lo dijo Rabelais: "Sin salud, la vida no es vida; es un estado de tristeza y una imagen de la muerte".

El hombre, enemigo del hombre en muchos otros terrenos, sólo se hermana y fraterniza ante la ciencia. Para ello no existen barreras infranqueables. En la ferocidad de las guerras, en las pugnas sangrientas de las banderías ideológicas, sólo la bandera de la Cruz Roja es de acatamiento y respecto internacionales. Es porque el médico, así en la guerra como en la paz, es el combatiente constante contra el dolor, la enfermedad y la muerte de todos los humanos, sin distinción de banderas, razas, credos ni ideologías. Saludemos a los médicos cubanos en la persona del doctor Ramón Aixalá, presidente del Colegio Médico Nacional y reverenciémosles en la gloriosa figura de su más alto valor representativo: Carlos J. Finlay.

Bien hace la Universidad del Aire en traer a esta tribuna el problema finlaísta. Es necesario mantener la controversia permanente Finlay-Reed. Es patriótico no dejarse arrebatar una gloria que pertenece por entero a Finlay y a Cuba. Es, además, un deber velar siempre por la verdad, contra la perversión de la verdad. Y la verdad histórica es una y debe prevalecer, destruyendo dudas, mentiras y prejuicios. El descubrimiento erradicador de la fiebre amarilla es exclusivo de Finlay, pertenece a él solo, después a Cuba y a la Humanidad; pero no a otro médico ni a otro país alguno. Ese triunfo de Finlay es uno e indivisible. Es la obra de veinte años asistida por la perseverancia del investigador y la constante radiación del genio. La misión del genio —como ha dicho el Dr. José R. Andreu— es esa, marchar con paso de pre-

cursor, establecer teorías y alumbrar conocimientos que los hechos harán después contingentes.

No voy a ofrecer la biografía de Finlay. Suponemos que la alta calidad intelectual y patriótica del grande auditorio de este centro docente del aire, ha de conocer a fondo la figura histórica de Finlay, su grandiosa obra y las grandes repercusiones y consecuencias de la misma. Por eso vamos a referirnos, en un sentido general, a la batalla que es necesario seguir librando para reivindicar a plenitud la gloria que dió a Cuba aquel sabio nacido en la ciudad de Puerto Príncipe, el día 3 de diciembre de 1833.

La personalidad científica de Finlay, está más que ampliamente definida. Su vida de estudiante, sus pasos iniciales en la profesión, su afán investigador, su gran espíritu de observación, su amor al estudio y su perseverancia en los propósitos, lo hicieron buscar la causa y el efecto de los males, primero en la epidemia de cólera, después en la fiebre amarilla, en cuya cruzada se enrola como un adalid en busca del enemigo oculto para desentrañar todo el misterio que encierra este mal y poder entonces abatirlo y destruirlo, para impedir que el flagelo siguiera diezmando la Humanidad, sembrando dolor y cosechando muerte.

Investigar la causa de la fiebre amarilla fué su gran tarea. A ella dedicó sus mejores actividades. Trabajó con tesón extraordinario. Exploró por diversos caminos antes de encontrar la ruta cierta, sufrió fracasos y el cruel zarpazo del desaliento, pero reaccionó siempre con nuevos bríos de su voluntad inquebrantable para servir a la ciencia y continuar la lucha, sin abandonar jamás sus constantes experimentos, agotando todas las hipótesis alentadoras, y aun retrotrayendo sus estudios a la época precolombina. Igualmente agotó todos los estudios etiológicos en infinitos casos; buscó en cada uno los vehículos de contagio, y observó que muchos enfermos no habían tenido contacto alguno con el contaminado. Así llegó a la conclusión definitiva del agente intermediario, pero había que buscarlo entre múltiples factores hipotéticos, procediendo por eliminación antes de arribar a un plan positivo para arribar a una teoría. Y hasta cuando ya la tiene, modesto, tímido, no se atreve a hacer públicas afirmaciones de lo que ya sabe, de

lo que le consta; siempre quiere comprobar nuevamente sus infatigables experimentos.

"Fué Finlay en fiebre amarilla, como apunta el doctor Díaz Albertini, historiador, patólogo, clínico, entomólogo, terapeuta, bacteriólogo; llenó el capítulo de la enfermedad. Era el primero en su tiempo y el que mejor la estudió y conoció".

El ilustre doctor Octavio Montoro, en brillante estudio que realizó del sabio, afirmó que el descubrimiento de Finlay "constituye uno de los pasos de avance más gigantescos en medicina tropical y señala el momento en que se establecen los fundamentos de toda la ciencia sanitaria moderna, al propio tiempo que se abrió la senda que ha conducido al descubrimiento de la etiología y de la patogenia de los más grandes azotes de la Humanidad".

Su obra científica marcó una etapa vital en la medicina. Su genio creador no sólo señaló el mosquito como agente de trasmisión de la fiebre amarilla, sino que también señaló el camino, marcó la trayectoria, mostró los métodos para exterminar y erradicar la enfermedad, librando a los pueblos de miles y miles de víctimas que anualmente ocasionaba este mal, considerado como uno de los más terribles que ha sufrido el hombre especialmente en los trópicos. La obra finlaísta hizo además prósperas, regiones inhóspitas.

Esta obra genial y tesonera, que los mal informados o peor intencionados niegan o regatean a Finlay y a Cuba, es la que hay que fijar con plena autoridad y rigor histórico en la historia patria y, por extensión reivindicatoria, en el mundo.

Fué aquel sabio cubano un hombre extraordinario en todos los sentidos; recatado, modesto hasta un límite en que los miopes ven desvalimiento; pero de una capacidad de trabajo inigualable, unida a un gran talento cultivado en el orden médico y en todas las ciencias afines con su profesión, así como también en literatura y en historia, a las que amó con devoción.

Finlay, fué uno de los grandes forjadores del Continente americano, uno de los grandes benefactores de la Humanidad, y no puede su enorme personalidad ni la trascendencia de su obra elaborada en muchos lustros de experimentación constante y de luchas dogmáticas contra un medio hostil, quedar relegadas en la

Historia a la mención rutinaria de los descubrimientos importantes, que se registran sin darle los vuelos eternos de las grandes conquistas, de las mayores realizaciones universales. Finlay es uno de estos casos. Finlay es nuestro Pasteur, y uno y otro pertenecen a la Historia con la fuerza eterna del bien público por siempre renovado. Ya lo dijo el Dr. Emeterio S. Santovenia: "Imposible es hablar de constructores de la América sin mencionar, y mencionar de manera descollante, a Finlay".

El profesor Raimundo Lazo, refiriéndose a la "doctrina martiana", afirmó que tendrá que ser incorporada en las doctrinas universales. También la "doctrina finlaísta" merece la consagración histórica, ya que José Martí y Carlos J. Finlay son máximos representativos del pensamiento cubano, uno en el orden político, otro en el científico. Ambas doctrinas serán impuestas por su trascendencia en la transformación de los pueblos: una forjadora de la libertad en su más alta significación humana, otra fué de liberación absoluta de la Humanidad de uno de sus azotes más terribles, que diezmaba poblaciones y sembraba el terror y la muerte a su paso.

La "doctrina martiana" es ya un principio arraigado en los cubanos. Pero en el caso de la "doctrina finlaísta", hay mucho por hacer para situarla en todo su esplendor en las páginas de la Historia.

"La historia del mundo es la historia de sus grandes hombres", dijo Carlyle, y aceptando esta definición del gran escritor inglés, podremos afirmar que la Historia de Cuba se resiente de zonas de penumbras en las que pierden perfiles y estatura grandes figuras de cubanos que no fueron caudillos, héroes ni gobernantes. Al recinto sagrado de las ciencias, las letras y las artes les falta en algunos aspectos la radiante luz de la Historia, sin cuyos fulgores no puede resplandecer en toda su grandeza en el ámbito nacional.

El acento de nuestra Historia cae, con énfasis casi concluyente, sobre los hechos militares y políticos, desentendiéndose un poco —tal vez demasiado— de la obra de los sabios, de los educadores, de los economistas, de los escritores, de los poetas y de los artistas que no representaron, de un modo coetáneo, el papel político, como Plácido, Heredia, Varona... Más en las zonas oscuras de nuestra

Historia y de nuestra Filosofía de la Historia, quedan inmersas muchas glorias cubanas, muchos hechos y personas, que yacen olvidadas como las notas dormidas en el arpa de la poesía becqueriana, esperando la mano que sepa arrancarlas.

Así, el caso de Finlay, de Romay, de Poey, de Arango y Parreño, de González Echevarría, de Juan Francisco Manzano, de Esteban Pichardo, de Nicolás J. Gutiérrez, de Francisco de Albear, de Alvaro Reynoso, de Aniceto Menocal, de Luis Montané, de Juan Guiteras, de José H. Pazos, de Joaquín Albarrán, de Enrique Lluría, de Mariano Corona, de Brindis de Salas, de Ignacio Cervantes, de Luisa Martínez Casado, de José de Armas y Céspedes, de Manuel Socorro Rodríguez, de José S. White, de Ramón L. Miranda, de Enrique Fortún y otros muchos.

Finlay fué negado, al divulgar su descubrimiento, por propios y extraños, fué negado después de lograr la confirmación del mismo, y a pesar de los años transcurridos de efectuados esos experimentos, de comprobadas todas las afirmaciones, de erradicado totalmente el mal en Cuba y en muchas zonas de las Américas, de reconocerse oficialmente por centros científicos de máxima responsabilidad, tanto en Cuba como en el extranjero, como son las Academias de Ciencias, los Congresos Internacionales de Medicina, las afirmaciones rotundas de los grandes científicos de todo el mundo, después de haberse publicado numerosos libros explicando todo el proceso finlaísta, habiéndose erigido estatuas y bustos de Finlay, bautizado con su ilustre nombre calles y avenidas, así como instituciones científicas, en homenaje a su obra, a pesar de todo ello, aun Carlos J. Finlay es negado, es disminuído en su estatura científica, o le es escatimada su gloria para ofrendarla a otro médico, que si tuvo alguna participación en la misma, fué en la comprobación oficial de la teoría, pero a quien no se le puede atribuir en forma alguna el descubrimiento.

Y ¿podemos afirmar en la hora actual, que el gran descubrimiento está reconocido en el mundo entero? ¿Podemos afirmar que su obra científica proclamada en 1881, haya alcanzado la divulgación necesaria en el universo? ¿Podemos estar tranquilos respecto a este reconocimiento en todas las historias de las ciencias médicas, en todos los libros que se publican en el mundo? Las

respuestas a estas preguntas no son satisfactorias... Todavía, pese a todas las declaraciones realizadas, pese a todas las afirmaciones oficiales, pese a todo lo expuesto por personas y entidades cubanas, en relación con la personalidad y la obra de Finlay, ambas siguen siendo discutidas. No se ha colocado a Finlay en el verdadero puesto que le corresponde en la historia de la medicina. Aun se desconoce su labor, aun persiste una mala información dada por numerosos libros publicados acerca del doctor Reed y la Comisión Médico-Militar Americana, a los que se le atribuye falsamente el descubrimiento del mosquito como agente de trasmisión de la fiebre amarilla.

Mi personal y humilde tarea periodística ha estado dedicada con fervor nacionalista a salirles al paso a los usurpadores de la gloria de Finlay, porque es una gloria cubana, y a compilar testimonios y documentos fehacientes sobre los que otros paladines de hoy y de mañana puedan trabajar para destruir por siempre la conjura de falsedades, de verdades a medias y de omisiones contra Finlay y contra Cuba.

Hoy son muchos los defensores de Finlay; ya se han alcanzado reconocimientos internacionales de primera importancia sobre la obra finlaísta; una comisión de personalidades designada por el Jefe del Estado, ha recogido la iniciativa de la Cámara de Comercio Cubana de Nueva York —iniciativa calorizada aquí por el "Diario de la Marina"— para perpetuar en mármoles y bronces, en aquel primer puerto internacional, la figura de ese gran sabio cubano, a cuyo genio se debe el descubrimiento que ha hecho posible erradicar del mundo el terrible azote de la fiebre amarilla. Empero, hemos de trabajar hoy acopiando testimonios irrebatibles para que otros mantenedores continúen mañana la cruzada reivindicatoria —si fuere necesario—, o para que resplandezca más y más el fulgor de aquella obra finlaísta y la grandeza y humildad del gran sabio cubano. A diferencia de Pasteur no pudo recoger la consagración del triunfo pleno. Por eso legó su patrimonio científico a la Patria y a la Humanidad, para que fuera interpretado y esclarecido por la Historia.

Ese mensaje de Finlay, recogido de nuevo por la alta tribuna de la Universidad del Aire, para reunir voluntades y redoblar

esfuerzos reivindicatorios de una obra refulgente, es la mejor forma de celebrar, con suprema dignidad, el "Día del Médico".

DISCUSION

DR. MAÑACH: Supongo que la primera pregunta vendrá del Dr. Ramos, con toda seguridad. Seguramente un comentario, tal vez un "papelito".

DR. RAMOS: Bueno, he pedido el micrófono primero para dar las gracias más expresivas al Dr. Mañach y a la Universidad del Aire; después para felicitar muy hondamente a mi querido amigo César Rodríguez, y ahora para pasar el triunfo a quien corresponde, que es el Dr. Heriberto Ortega. No solamente para Finlay, sino para la Medicina. Ha triunfado completamente, y es él el que tiene el derecho a tomar el micrófono.

DR. ORTEGA: Me coge de sorpresa, porque ciertamente no esperaba que esta tarde fuera mi distinguido amigo y compañero finlaysta, el Sr. César Rodríguez, el historiador del Ministerio de Salubridad, al cual yo pertenezco, quien hiciera uso de la palabra en la Universidad del Aire. Sorprendido por no tener información previa y haber corrido el riesgo de no asistir a oírle personalmente, si no llega a ser por mi buen amigo también, el Dr. Ramos. Racionalmente... alumno racional de esta Universidad, no haría preguntas, alumno pragmático: voy a hacer algún comentario.

DR. MAÑACH: Muy breve, doctor, porque nos quedan muy pocos minutos.

DR. ORTEGA: Breve doctor, breve he de ser. El comentario no es más que para adherirme a las manifestaciones del brillante periodista César Rodríguez en el sentido de la necesidad que hay de que la figura de Finlay se siga manteniendo enhiesta en nuestra Historia, hasta que llegue el día en que el finlaysmo se establezca ya en los ámbitos universales como una figura mundial. Es cierto lo que él acaba de decir en relación con obras que inclusive llegan a nuestras librerías y sirven algunas de texto oficial. Finlay es una figura desconocida en toda su magnitud. Yo felicito pues, al compañero César Rodríguez por la magnífica disertación, y desde luego siendo un periodista y no un médico, no creo que proceda entrar a discutir los asuntos técnicos de la cuestión finlaysta. Me permito simplemente darle las más expresivas gracias por el homenaje que un periodista rinde a los médicos, y como médico me creo obligado a hacerlo. No terminaré sin antes recordar al Dr. Guillermo Martínez Márquez, periodista, y al Dr. Horacio Abascal, a quienes los médicos cubanos estamos y debemos estar hondamente reconocidos por ser

los creadores del Día de la Medicina y del Día del Médico respectivamente.

DR. MAÑACH: Preguntas en relación con el Dr. Finlay.

SR. CARLOS MENCHERO: Bueno, quisiera hacer la pregunta más bien porque al final iba a hacer una pregunta al Dr. Parés. ¿Podría ser?

DR. MAÑACH: Ya pasó el turno del Dr. Parés.

SR. MENCHERO: Bueno, más o menos, si me permite hago la pregunta.

DR. MAÑACH: El trató de la Paz Armada en Europa, ahora hablamos de la Paz Armada de los Médicos, así es que...

SR. MENCHERO: ¿No cree, doctor, qué tiene que ver la figura de Finlay, por ejemplo, con Cuba?

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: ¿Qué tiene que ver la figura de Finlay con Cuba?... ¡Es la figura más grande de la ciencia cubana!

SR. MENCHERO: ¿La ciencia es cubana o internacional?

DR. MAÑACH: Vamos a hacerle justicia al espíritu de la pregunta que se está haciendo, que no es ninguna tontería.

SR. MENCHERO: Esta pregunta tenía relación con lo que iba a ser la pregunta al Dr. Parés.

DR. MAÑACH: A ver, diga.

SR. MENCHERO: La pregunta que le iba a hacer era si no cree él que es propio del nacionalismo tratar de anestesiar a los pueblos para fabricar figuras en las ciencias, en el arte, en la filosofía y demás.

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: La ciencia, los descubrimientos científicos, fundamentalmente se producen a virtud de una labor individual, la labor de un hombre, ese hombre tiene una patria, y el descubrimiento es calorizado por la colectividad a que pertenece. Ahora, los descubrimientos científicos por regla general, tienen carácter universal. Pero yo voy a decir como Pasteur decía, que los sabios y los descubridores y los científicos tienen su Patria. Por lo tanto deben reconocérsele los méritos a su Patria.

SR. MENCHERO: ¿Y usted no cree que su Patria es el mundo?

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: Bueno, cada uno tiene su patria.

SR. DAMASO PEREZ: Sr. César Rodríguez: quiero hacer una pregunta muy sencilla después de felicitarlo por su erudito y emocionado trabajo sobre Finlay. ¿Quién fué el Dr. Domínguez, ayudante o colaborador del Dr. Finlay, del que nunca se habla?

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: Si se refiere al Dr. Francisco Domínguez Roldán, no fué ayudante del Dr. Finlay, fué un admirador del Dr. Finlay extraordinario, tanto es así, que dedicó los últimos años de su vida a honrar su memoria y publicó un magnífico libro, que obtuvo el premio de la Academia de Medicina de París, titulado: "Finlay: su centenario; un descubrimiento y el actual estado de su teoría". En ese

libro acumuló todos los datos sobre el finlaysmo, refutando a los que quieren negar a Finlay.

DR. MAÑACH: Yo no sé por qué me imagino que el Sr. Pérez Valenzuela estaba pensando en el Dr. Delgado.

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: Me dijo Domínguez.

SR. DAMASO PEREZ: Tiene razón.

SR. RODRIGUEZ EXPOSITO: ¡Ah! El Dr. Delgado fué el único, la única persona que creyó en Finlay. El Dr. Claudio Delgado, un ilustre médico español, fué el báculo, el estímulo, el aliento que tuvo el doctor Finlay, el colaborador más eficaz en su obra. En los momentos más difíciles de su vida, cuando todo el mundo lo negaba, él tuvo a su lado al Dr. Delgado, y, tanto es así que Finlay, en el tercer Congreso Panamericano celebrado aquí en La Habana, en que se le rindió un emotivo homenaje por el éxito de su descubrimiento, al hablar delegó en el doctor Albarrán creo, o en el Dr.. Govantes, y le dijo: "No deje de mencionar al Dr. Delgado, que sin él yo no hubiera podido continuar la lucha que emprendí por la erradicación de la fiebre amarilla."

III

Oscar Sagredo

Freud y la Nueva Psicología

SR. Rector de la Universidad del Aire; señoras y señores:

Quiero en primer lugar agradecer al Dr. Jorge Mañach la honrosa distinción de haberme designado para ocupar este lugar en la Universidad del Aire a fin de hablarles a Vds. sobre Freud y la nueva psicología. Antes de entrar en la materia objeto de esta breve conferencia, me parece importante aclarar que cuando se refiere en el título a la "nueva psicología", vamos a ocuparnos exclusivamente del psicoanálisis, haciendo constar que no es la única entre las "nuevas psicologías". En realidad, el siglo XX ha sido pródigo en la producción de doctrinas psicológicas. Basta recordar brevemente el estructuralismo de Wundt y Titchener, el funcionalismo de Hoffding y James, el behaviorismo de Watson, el gestaltismo de Köhler y Kofka, el personalismo de Stern, el instintivismo de McDougall, la neurobiología de Jakob, la psicobiología de Adolf Meyer y, últimamente, la cibernética, ciencia que no sabemos si puede llamarse realmente psicología, y que trata de interpretar el comportamiento humano basándose en el estudio de procesos y mecanismos electrónicos. A todas estas doctrinas cabe agregar aun la reflexología o condicionalismo, como una extensión y desarrollo de las ideas del fisiólogo ruso Pavlov. Nosotros vamos a limitarnos a apreciar, en forma muy breve, la huella que ha dejado en la historia del conocimiento humano la personalidad de Freud y la doctrina por él creada con el nombre de Psicoanálisis.

A fin de recortar claramente la figura de Freud sobre un fondo histórico, será conveniente revisar en forma brevísima la evolución de la psicología en la historia de la humanidad. En la antigüedad oriental, los conceptos sobre la psiquis del hombre son puramente mágicos y teúrgicos, siendo prácticamente la concepción única, la religiosa. En la antigüedad occidental pueden encontrarse algunas ideas sobre el concepto psíquico del hombre fundamentalmente en Sócrates y Platón. En la edad media, algunos aportes muy brillantes, pero no sistematizados, de Tomás de Aquino y Agustín de Hipona. Es conveniente observar que así como la filosofía fué durante mucho tiempo ancilla teológica, la psicología fué también durante un largo período, más largo aun, ancilla filosófica, y que se puede decir que hay psicología como ciencia solamente desde el siglo XIX. La llamada psicología en la edad moderna, el empirismo en Hobbes, el racionalismo en Descartes, los trabajos de Locke sobre la comprensión de lo humano y las contribuciones de Kant y Schopenhauer, como claramente puede notarse, son aportes a la psicología por filósofos, casi siempre desde un punto de visto metafísico. Podemos considerar como precursores científicos prefreudianos a Stuart Mill y Spencer, Janet y Charcot y, en el campo de la psiquiatría clínica, no hay una verdadera sistemática científica hasta el monumental trabajo de Kraepelin, fundamentalmente descriptivo. El hecho más importante es que hasta Freud la comprensión de la psicología normal era sumamente deficiente, y la comprensión de la patología de las neurosis, es decir, de los trastornos emocionales y de las enfermedades mentales, era práctimente nula, salvo los trabajos de Charcot, Bernheim y Pierre Janet.

Sigmund Freud nace en Freiberg, en el comienzo de la segunda mitad del Siglo XIX, es decir, en 1856. Se gradúa de Medicina en Viena, en 1881, y pasa un año con Charcot en París, en 1886. Su primera publicación sobre la etiología de la histeria, escrita en colaboración con Breuer, es de 1893. Entre 1892 y 1899, publica una serie de trabajos aislados en distintos periódicos y revistas médicas, que han sido reunidos en las obras completas bajo el epígrafe común de "Primeras aportaciones a la Teoría de las Neurosis", y que constituyen realmente la primera piedra en el

complejo edificio de la teoría psicoanalítica. Freud reunía las dos condiciones de ser un hombre genial y un trabajador infatigable. Añádase a esto un enorme valor moral, que le permitió mantenerse con estoica entereza frente a las violentas críticas despertadas por sus primeros descubrimientos, especialmente en la importancia de la sexualidad en la etiología de las neurosis y, sobre todo, en el mundo médico. Murió en Londres, en el exilio, en 1939, manteniéndose activo hasta tres o cuatro años antes de su muerte. Se vió obligado a abandonar Viena, porque los nazis consideraron sus teorías como "las sucias ideas de un judío pornográfico". Durante toda su vida científica, trabajó con sus pacientes no menos de ocho horas diarias, y produjo una enorme cantidad de material científico que en la última edición de sus obras completas de 1948 alcanza más de 2,300 páginas.

Veamos ahora qué es el Psicoanálisis: Este término puede ser aplicado en tres sentidos diferentes: En primer lugar, llamamos psicoanálisis a una doctrina psicológica; en segundo, a un método de investigación clínica e histórica; en tercero, a un método terapéutico. Debemos advertir que tanto la doctrina como el método de investigación y la terapéutica, han sido elaborados en forma inductiva, partiendo de la experiencia clínica, y de un largo y difícil trabajo con los pacientes en tratamiento.

Como doctrina psicológica, el psicoanálisis establece tres series de conceptos básicos: La estructura de la personalidad, el concepto de lo inconsciente, y el concepto de líbido y su desarrollo. Según el psicoanálisis, la personalidad se encuentra estructurada en tres planos ideales: El Ello, el Yo y el Super-yo. El Ello es el conjunto de las tendencias instintivas: sexo, agresividad, miedo, enraizadas en lo biológico, que sirven a la conservación del individuo y de la especie. El ello se rige por el llamado principio del placer; o sea, que para el ello las cosas son placenteras o displacenteras, y que el animal humano tiende al logro del placer y a la evitación del displacer. El Yo es el aparato de contacto con el mundo exterior; el aparato de contacto con la realidad. Se rige por el principio de la realidad: Para el Yo, las cosas son útiles o inútiles, convenientes o inconvenientes. Por último, denominamos Super-yo al conjunto de normas religiosas y éticas que rigen la

conducta del sujeto. El Super-yo, actúa de acuerdo con el principio del bien y del mal. Para él, las cosas son buenas o malas, morales o inmorales.

En lo que al inconsciente se refiere, Freud designa con este término a una extensa región del psiquismo cuya actividad es determinada y habitualmente no percibida. La existencia y actividad del inconsciente se hace evidente en la vigilia normal, durante el sueño y en las enfermedades emocionales y mentales. Dos experiencias muy comunes de la vida cotidiana pondrán en evidencia la existencia y actividad del inconsciente. Si queremos un día despertarnos antes de la hora habitual, y el asunto nos interesa, casi siempre despertaremos antes de que nos llamen. Otra experiencia muy común ocurre cuando queremos recordar un nombre muy conocido que tenemos una vaga idea de su estructura general, de las letras que lo constituyen, y nos es imposible. Después de algunos esfuerzos abandonamos nuestro intento, y algunos minutos, horas o días más tarde, el nombre surge inesperadamente en el campo de la conciencia. En ambos casos, el inconsciente ha elaborado una señal de tiempo, o ha reactivado una huella mnémica sin el control de la voluntad, y fuera del campo de la conciencia. El Inconsciente se manifiesta también en las neurosis, donde los síntomas específicos tienen un valor simbólico, y, de modo muy general, en la actividad onírica, es decir, en el soñar.

Una de las contribuciones más valiosas del psicoanálisis es el estudio científico de los sueños. Las interpretaciones más primitivas desde la época de los egipcios eran principalmente mágicas, y consideraban el sueño como una profecía. Las teorías mecanicistas y fisiológicas prefreudianas consideraban al sueño como el resultado de cambios puramente fisiológicos, neuronales o circulatorios. Freud tuvo la genial capacidad de percibir que los sueños estaban constituídos por material simbólico y que expresaban un estado inconsciente. Hoy sabemos que el hecho de soñar o no soñar puede depender de factores fisiológicos, pero que lo que se sueña, el contenido manifiesto o aparente del sueño, depende siempre del estado inconsciente del sujeto, y es interpretable a través de sus símbolos.

El término líbido fué empleado por Moll en 1898. Freud le da el contenido de ser la manifestación dinámica de la sexualidad, o dicho en otras palabras, la energía biológica al servicio del principio del placer. El concepto psicoanalítico de sexualidad desborda ampliamente lo genital; se entiende por sexualidad, y mejor aun psicosexualidad, una forma de actividad orientada a la obtención de placer en el sujeto mismo o en un objeto exterior, del mismo o de diferente sexo. La líbido pasa por distintas fases en su desarrollo, que se denominan de acuerdo con el órgano preferente donde se localiza. Tenemos así una fase oral, desde el nacimiento hasta el final del primer año, en que los intereses del niño están concentrados en la boca, órgano de nutrición y de obtención de placer. Desde que el niño comienza a caminar hasta los dos años y medio aproximadamente, la líbido es anal, es decir, que el interés del niño está fundamentalmente centrada alrededor del ano, órgano de la defecación y, también, de obtención de placer. Entre los tres y los cinco años, la líbido se hace genital, es decir, los genitales adquieren el carácter de órganos de máxima excitabilidad para el placer. En el sujeto normalmente desarrollado, la líbido es predominantemente genital, aunque siempre conservamos restos orales, —el beso no tendría sentido de otro modo—, y anales —placer en la defecación—. El placer máximo del adulto normal se obtiene en el órgano genital.

El psicoanálisis es también una doctrina psicopatológica que permite comprender las neurosis como no fué posible nunca antes. Llamamos neurosis a un trastorno de la vida emocional, que presenta como fenómenos fundamentales y comunes a todas sus variedades, un cierto grado de inmadurez emocional, un cierto grado de necesidad de seguridad y dependencia, y alteraciones en la evolución de la líbido. Sobre estos fenómenos fundamentales, una superestructura sintomática más o menos compleja, y el consiguiente sufrimiento existencial.

Para la adecuada comprensión de las neurosis, son indispensables cuatro conceptos psicoanalíticos: Los llamados fijación, regresión, represión y trauma. Llamamos fijación a la detención de la líbido en uno de los niveles pregenitales. En este sentido, hablamos de neurosis orales o neurosis anales, según la preferente

detención de la líbido. El concepto de regresión implica que el sujeto que había llegado a cierta etapa en su desarrollo, frente a circunstancias que no puede controlar o superar, regresa a un nivel de desarrollo anterior o más primitivo. Por ejemplo, si una persona llega a la pubertad sin haber sentido impulsos sexuales ni deseos de masturbación, y toda su actividad e interés se encuentra centrado alrededor de la comida, hablamos de una fijación oral. En otro caso, cuando, por ejemplo, un niño de dos años y medio o tres que está comenzando a elaborar su fase genital, frente al nacimiento de un hermano que lo desplaza del afecto de los padres comienza nuevamente a chuparse el dedo, costumbre abandonada, hablamos de regresión oral. El tercer concepto es el de represión. La represión es un mecanismo defensivo cuya finalidad es hacer inconsciente, y mantener como tal, toda experiencia, deseo o fantasía productores de angustia. La experiencia emocional tiene dos componentes: Un componente ideativo, la representación mental de la experiencia, y un componente emocional, la expresión somática a través del aparato circulatorio, respiratorio, digestivo y glandular de tal estado.

En la represión, el contenido ideativo se hace inconsciente, y el componente emocional busca expresión a través de vías orgánicas o psíquicas en forma simbólica, produciendo los síntomas neuróticos. El concepto de trauma psíquico, uno de los más primitivos en la teoría psicoanalítica, designa a toda experiencia emocional capaz de poner en juego el mecanismo de represión.

Pasaremos por alto el psicoanálisis como método de investigación clínica e histórica, para poder decir dos palabras antes de terminar sobre el psicoanálisis como método terapéutico. Desde el punto de vista metodológico, la terapéutica psicoanalítica se basa en la introspección y en la casuística. En la técnica ortodoxa, se acuesta al paciente en un chaise-longue, y el psicoanalista se sienta detrás de él, en tal forma de no ser visto por el paciente, y de poder observar las expresiones emocionales del mismo. El paciente sólo tiene que seguir una regla fundamental, muy fácil de formular, y muy difícil de cumplir. La regla consiste en que el paciente debe expresar todo lo que se le ocurra, sin seleccionar material alguno, sin juicio crítico sobre la importancia o calidad

del mismo. El paciente debe referir toda clase de ideas, recuerdos, sensaciones, fantasías, sueños y ocurrencias sobre el tratamiento o la persona del psicoanalista. La técnica se funda en la asociación de ideas, mecanismo psicológico general en virtud del cual se asocian unas con otras, atendiendo a ciertas leyes fundamentales. Si el paciente cumple la regla fundamental hasta donde esto le sea posible, las ideas se irán asociando libremente unas a otras, hasta llegar a sus más íntimos asuntos y hasta concienciar experiencias o contenidos ideativos que se encontraban inconscientes desde la época en que fueron reprimidos.

El analista trabaja con tres órdenes de hechos: En primer lugar, el estudio de las asociaciones de ideas, que lo llevan a descubrir en una forma similar a como trabaja el arqueólogo, una reproducción de la vida emocional infantil, partiendo de los hallazgos en el análisis.

El segundo orden de hechos, lo constituyen los sueños. La interpretación adecuada del simbolismo onírico, permite conocer contenidos inconscientes y actitudes emocionales básicas del sujeto.

En último lugar, aunque de pareja importancia con los anteriores, el analista trabaja con el estudio de la relación emocional entre paciente y analista, relación que tiene un doble aspecto: Lo que se llama resistencia y transferencia. Todo neurótico ofrece resistencia al tratamiento. La forma más elemental de resistencia, la llamada resistencia consciente, consiste en que el sujeto tiene representaciones mentales, recuerdos o ideas que no expresan, porque siente vergüenza o pena frente a la opinión del analista. La resistencia verdadera o inconsciente se manifiesta porque el sujeto dice que no se le ocurre nada, afirma que no sueña, o que sabe que ha soñado, pero no puede recordar lo que sueña, o que ha tenido un sueño largo, y sólo recuerda algunos fragmentos; se manifiesta además, porque no asocia idea alguna con los sueños, o en forma más elaborada, olvida la cita para la consulta, se siente ofendido por alguna expresión del psicoanalista, asocia ideas con los objetos del ambiente, se interesa por otros pacientes, o por la teoría psicoanalítica, y elude hablar de sí mismo. La resistencia se explica porque, aunque parezca paradójico, el neu-

rótico es el único enfermo que no quiere curarse. Y no quiere por diversos motivos. Uno de ellos es el mantenimiento de actitudes que le permiten obtener gratificaciones infantiles. Otro, el temor a reexperienciar la angustia original cuando se hagan conscientes los elementos reprimidos. El tercer motivo es que el síntoma representa casi siempre la satisfacción de una tendencia considerada mala, es decir, el provecho que el neurótico obtiene de estar enfermo, por ejemplo, la madre que domina a un hijo y le impide casarse a través de la enfermedad, el hombre que puede vivir sin trabajar, etc.

Al lado de la resistencia aparece paralelamente el fenómeno llamado transferencia. Transferencia quiere decir que el enfermo transfiere al médico las situaciones afectivas y conflictivas que vivió en la infancia, utilizando la persona del psicoanalista como un símbolo vivo y altamente plástico que puede ocupar el lugar de sus gigantes infantiles. El psicoanalista se convierte en el símbolo del padre, de la madre o de otra figura cualquiera de excepcional importancia en la vida emocional infantil del paciente. Así, durante el tratamiento el enfermo puede manifestar amor, odio, miedo o cualquier otra actitud emocional frente al médico. Como el enfermo hace resistencia y elabora su transferencia en forma totalmente inconsciente, el analista en la etapa actual de la técnica se ocupa en forma principal del análisis de las resistencias a medida que van surgiendo, para que el enfermo sea consciente de ellas y pueda así facilitar la aparición del material reprimido; y del análisis de la transferencia, para que el enfermo comprenda que al reaccionar frente al psicoanalista en una forma dada está reproduciendo un modelo infantil. Solamente la superación de la resistencia a través del análisis y la clara comprensión de la situación transferencial permite que aflore lo reprimido en la conciencia, y que el paciente pueda asociar libremente ideas e interpretar adecuadamente el simbolismo onírico.

Creemos haber dado una idea clara, aunque brevísima, de los conceptos básicos de la doctrina psicoanalítica. No obstante, como diría Ortega y Gasset: "Tenemos que concluir cuando empezábamos a empezar"; sería conveniente hablar de los mecanismos de la curación, de las modificaciones de la técnica, de las escuelas

disidentes del psicoanálisis, de las nuevas aportaciones de Horney, Anna Freud, Fromm, Sullivan y otros, del estado actual de la doctrina y de la técnica, de la profilaxis de las neurosis, del futuro del psicoanálisis y de su relación con las otras disciplinas médicas. Pero todo esto sería materia para un curso completo y no para una breve exposición.

DISCUSION

DR MAÑACH: Para iniciar el interrogatorio, la Dra. Rosario Novoa.

DRA. NOVOA: En las últimas frases de su trabajo, doctor, usted hablaba de la imposibilidad de referirse al estado actual de la técnica en el psicoanálisis. Como eso es algo que interesa bastante desde el punto de vista de Arte, quisiera que usted brevemente nos dijera algo sobre esto.

DR. SAGREDO: En cuanto al estado actual de la técnica, tenemos la modificación de técnicas siguiendo el patrón ortodoxo, y la creación de nuevas técnicas En el psicoanálisis ortodoxo, que todavía se practica en muchos lugares, se acostumbran a hacer cinco o seis entrevistas a la semana. Modernamente, algunas escuelas, fundamentalmente la Escuela de Chicago, con Alexander, estiman que en gran número de pacientes se pueden hacer frecuencias menos rígidas, tres veces por semana, aún dos veces por semana, y en ciertas fases del tratamiento hasta una vez por semana. Todo esto, forzado por la necesidad social de aumentar los beneficios del Psicoanálisis a mayor número de pacientes, puesto que, como es natural, cada psicoanalista tiene un campo de acción muy limitado, debido al tiempo enorme que dedica al paciente. Cada sesión dura no menos de 50 minutos, y por tanto, se ve obligado a tratar un pequeño número de pacientes. En cuanto a modificaciones de la postura, en algunos casos se puede hacer el análisis también en vez de acostado el paciente, sentado. Sobre todo a los pacientes que están muy angustiados, es casi imposible sentarlos el primer día, porque no toleran la posición acostada por su angustia y usualmente se comienza con ello sentados en dos o tres sesiones o utilizando una chaise longue graduable, para irlos acostando poco a poco a medida que va disminuyendo su angustia. Todas estas son modificaciones en cuanto a la técnica ortodoxa pero no crean nada nuevo; sencillamente varían la frecuencia o varían la posición. También hay modificaciones, por supuesto, en cuanto a la pasividad o actividad del analista. En la técnica ortodoxa, el analista era solamente pasivo: no intervenía más que funcionalmente, y dejaba que el paciente llegara

solo a sus conclusiones. En la actualidad se tiende a ser un poco más activo y a que el analista (por supuesto con un criterio muy fino y muy peligroso si no se interpreta adecuadamente) haga las interpretaciones como lo estime conveniente, y en cierta forma ayude un poco al paciente a salir de sus conflictos o a interpretar adecuadamente sus problemas. En cuanto a nuevas técnicas hay, por ejemplo, trabajos que utilizan la pintura como método de expresión. Ya sea las producciones normales de un artista, como puede hacerse también con poemas o con otras literarias de otra índole, o haciendo que el paciente pinte para interpretar, sobre todo "finger painting", porque el "finger painting" da la máxima flexibilidad expresiva. Entonces, analizan esas producciones, más que por el análisis en sí mismo, para controlar la evolución del tratamiento. Por ejemplo, la Dra. Tumbler, de los Estados Unidos, que no es médico, pero que es una artista y se ha ocupado en cuestiones de Psicología Médica largo tiempo, presentó este año en el minting de la Sociedad Científica Americana, más de 60 pinturas hechas por enfermas, que seguían la evolución desde el principio del análisis hasta las etapas finales, y la variación del color, de la depresión a la euforia. La variación de las formas de las figuras, al principio formas sumamente inconexas y sumamente primitivas, abisales, de un tipo inconsciente, hasta formas más reprimidas, que acusaban la expresión del conflicto de agresividad, o del miedo, hasta formas de expresión amorosa al final, hacía que se pudiera seguir en las pinturas de la paciente, con un criterio analítico, toda la evolución del tratamiento.

DR. MAÑACH: Doctor, eso me recuerda que hace ya muchos años, siendo yo estudiante en los Estados Unidos, tuve oportunidad de ver una serie de dibujos que nos exhibió a un grupo de estudiantes el Dr. Langfeld, Profesor de Psicología en Harvard. Eran dibujos de una señorita muy recogida en sus costumbres, de una familia muy distinguida. Se aseguraba que la muchacha había sido educada en un ambiente muy recatado, y que además, era muy ingenua. Pues bien, esos dibujos que nos fueron mostrados eran de un sentido sexual acusadísimo. Lo que más me sorprendió es el hecho de que aunque aquella señorita nunca había dado clases de pintura ni de dibujo, no sabía lo que era ponerse ante un cuadro, sus dibujos tenían una calidad técnica impecable. ¿Cómo se explica este segundo hecho, no ya el contenido sexual del dibujo, sino la pericia técnica que acusaban?

DR. SAGREDO: Indudablemente, el motivo sexual es muy fácil de entender, porque es sencillamente la liberación de una represión. Nosotros sabemos, por ejemplo, que las enfermas mentales tienen un lenguaje mucho más obsceno que los hombres enfermos mentales, sencillamente porque están más reprimidas habitualmente. Ahora, en cuanto a esta cuestión que plantea el Dr. Mañach, hay dos cosas. En primer

lugar, es muy frecuente la habilidad práctica, sobre todo en las personas esquizoides, neuróticas o psicóticas, es decir, una neurosis, una personalidad esquizoide o una esquizofrenia latente o incipiente, que aparentemente no es un trastorno mental, pero que profundamente lo es. En estos individuos, por razones no muy claras de comprender, hay habitualmente una fácil habilidad pictórica; pero además, desde el punto de vista estrictamente psicoanalítico, la capacidad para elaborar formas plásticas está en relación con sublimaciones anales. Una de las primeras experiencias del niño, es la tendencia a jugar con sus excrementos, con su orina y con sus heces fecales. En culturas primitivas del Océano Pacífico hay tribus donde es permitido defecar delante de toda la tribu y donde se puede jugar con las heces fecales, y todos los niños lo hacen allí. Esas gentes no tienen arte pictórico ni escultura, es decir, no tienen represión sobre sus actividades anales, no tienen que crear arte, no necesitan expresarlo. En cambio, las personas que son reprimidas en su fase anal, son capaces de crear, como una forma de sublimación de tendencias anales, producciones de carácter pictórico o escultórico, es decir, de manejar cosas, de manejar masas, de untar o deformar con las manos. Interpretamos eso clásicamente como una sublimación de las tendencias anales reprimidas acompañando a un cierto talento especial cuyo origen no conocemos.

SR GERMAN PACHECO: Doctor, en estos días he leído algo que no había leído aún, sobre una enfermedad que me parece que guarda relación directa con la conferencia que acaba de pronunciarse; no sé si se pronuncia "dislalia" o "dislalía". Podría tener la bondad de explicarnos algo acerca de esta enfermedad, que parece que es nueva?

DR. SAGREDO: Con mucho gusto. En primer lugar, no es nueva; posiblemente es nueva para el conocimiento público, pero el término "dislalia" existe desde el siglo pasado; significa "dis", incapacidad o alteración, "lalos", expresión de la palabra. La dislalia es sencillamente una alteración de la expresión de la palabra. Esto puede ser un trastorno neurótico en algunos casos. Yo tengo en la actualidad un paciente, que aunque no es éste su síntoma principal, tiene una dislalia acusada cuando está despierto; sin embargo, bajo anestesia total, la dislalia desaparece por completo. Es decir, su dislalia expresa sencillamente un inhibición frente al ambiente, ciertos temores simbólicos que él tiene en relación con las personas que lo rodean, y entonces la carga emocional hace que tenga dislalia. Sin embargo, bajo anestesia total, o hablando desde un micrófono, pero en una habitación cerrada, donde él no vea persona, la dislalia desaparece. En muchos otros casos la dislalia puede ser orgánica, es decir, debida a lesiones de los nervios que controlan el mecanismo de la fonación, o aún de origen central, a lesiones, en cuyo caso ya no cuadra el nombre de dislalia, sino más bien de **afasias**, porque se trata de lesiones en los centros cerebrales que controlan la fonación.

SR. MARCO PITCHON: Doctor, cuando el Dr. Mañach habló de Freud, dijo el "austriaco"; usted doctor, doctor le llamó "judío pornográfico".

DR. SAGREDO: Yo no; los nazis.

SR. MARCO PITCHON: Usted mencionó eso de parte de sus críticos, de los críticos de Freud; pero ¿por qué no decían el Freud pornográfico? ¿Era él judío; yo lo soy también...

DR. SAGREDO: En su autobiografía dice que el hecho de ser judío le creó muchas dificultades, al principio en sus estudios, en el gimnasio y en la universidad. Nunca negó su condición de judío aunque tampoco era un fanático. Si hubiera sido fanático no hubiese podido ser psicoanalista, por supuesto. Era judío, y no le dió importancia a eso; pero los nazis, que hacían de ese problema una cuestión política, no le expulsaron porque fuera Freud, ni porque escribiera sobre Sexología; dijeron: "El judío pornográfico éste, tiene que irse de aquí"; es decir, utilizaron el hecho de que fuera judío para sacarlo.

DR. REYNOSO: Usted tocó algo el tema de los neuróticos. ¿No cree usted que las principales figuras de la Historia, saliendo un poco del campo científico, han sido neuróticas?

DR. SAGREDO: Bueno, ese es un tema para un libro. Mi opinión personal, y en esto no quiero sentar cátedra, mi opinión personalísima, habiendo estudiado algunas figuras históricas por referencias autobiográficas, es que el genio y la neurosis son dos sectores independientes. En mi opinión, los genios lo son **a pesar** de su neurosis y no **por** su neurosis. No creo que haga falta ser neurótico para ser genial, aunque, claro está, como el genio es un individuo de capacidades muy latas, es siempre mucho más sensible que el sujeto de capacidad inferior, y por tanto, puede ser más afectado por traumas y pasiones que no afectarían al sujeto promedio. Pero no creo que haga falta ser un desequilibrado en el sentido emocional para ser genio.

BEGUEZ CESAR: Al final de su conferencia usted dice que no es posible hablar acerca de las distintas modificaciones. A ese respecto, quisiera que nos hablara de las doctrinas de Adler y de Jung.

DR. SAGREDO: Tendría que ser muy esquemático, muy breve, y por eso muy deficiente, por ser un tema muy largo. Concretamente, la cuestión es ésta: Adler y Jung disienten de Freud, fundamentalmente, en el factor básico de la Teoría de las Neurosis. Para Adler, se trata de un problema de necesidad de poder. Adler pone en primer lugar el deseo de dominio como centro de todas las dificultades neuróticas, y al lado de eso plantea una serie de cuestiones, como la de que todo sujeto que tiene un defecto físico o de otra índole, trata de compensar con sus actitudes emocionales su defecto físico. La Psicología de Adler, en mi opinión, es sumamente superficial. Puede explicar algunos casos, puede quizás ser útil en algunos trastornos muy ligeros;

pero no creo que sea capaz de resolver ningún problema realmente profundo.

En cuanto a Jung, es hombre de mucho más altura que Adler, y de una capacidad enorme para la síntesis histórica y para la penetración en los campos de la religión y del arte. El problema es que hay que distinguir dos Jung: el psicoanalista clínico y el metafísico o investigador analítico de la Historia. Como analista clínico, Jung ha hecho aportaciones que se consideran muy valiosas y que quedarán. Por ejemplo, la de los tipos psicológicos, o el concepto del "inconsciente colectivo", concepto que se puede discutir, pero que indudablemente es de un valor innegable. En la práctica médica, la doctrina de Jung, en cuanto al tratamiento de pacientes, es muy poco útil; requiere pacientes muy especiales para que puedan ser enfocados con esta técnica. La segunda etapa de Jung, la del Jung metafísico, es muy interesante como especulación histórica y metafísica; pero no creo que aporte nada de valor clínico ni realmente útil para desde el punto de vista médico, es decir, al psicoanálisis para la curación de los enfermos, al alivio de la angustia humana, no al psicoanálisis como interpretación histórica. En este otro aspecto se puede discutir mucho, porque es altamente especulativo y ha creado una serie de conceptos muy personales, casi religiosos, en que se puede creer o no creer, pero que resulta difícil someter a argumentación, demostrar si existen o no tales cosas.

SR. CARLOS MENCHERO: Usted me hace el favor, doctor, de decirme si usted no encuentra alguna anormalidad sexual en la figura de Jesucristo? ¿Más bien masoquismo?

DR. SAGREDO: Cuando hace un momento se habló de figuras históricas, quería decirle que yo no he hecho un estudio especial de eso, hay algunas personas, dentro del campo analítico, que se ocupan especialmente de la investigación histórica. No sólo Jung, sino muchos otros autores, especialmente en Francia, se han ocupado de esas investigaciones. Personalmente yo no he estudiado la personalidad de Cristo desde el punto de vista psicoanalítico. Si diera una opinión, ahora sería una cosa sin valor.

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Doctor, yo quisiera preguntarle a usted sobre la vigencia actual de Freud; es decir, si las investigaciones posteriores han modificado sus conceptos, y también le pido la explicación que dan los psicólogos, los psiquiatrias a la intuición.

DR. SAGREDO: En cuanto a la primera parte de su interrogación, los postulados básicos de Freud se mantienen inalterables. Lo que se puede discutir en Freud es lo que él llamo "Meta-Psicología", que es la Metafísica del Psicoanálisis. Pero hoy en día prácticamente ya no se habla de eso, de los instintos de muerte, de los instintos de vida; son cuestiones más bien metafísicas. Ahora, los postulados básicos: trauma, represión, regresión, fijación, etiología de las neurosis, relación

del niño con los padres, etcétera, todo eso queda inalterado. Naturalmente, en los últimos años el progreso ha sido inevitable; ha habido aportaciones que permiten expansionar la doctrina en ciertos campos. El énfasis de las cuestiones ha variado, antes, por ejemplo, todo el interés era alrededor del problema del complejo de Edipo, después aquello pasó y se desplazó el interés a la zona anal. Desde hace unos diez o quince años tenemos el predominio de los estudios sobre la cuestión oral. Y ahora, en el último Congreso Psicoanalítico de Amsterdam, todo el interés giraba alrededor de la capacidad de la elección de objetos, remontándose a los primeros meses de la vida y a las relaciones del niño con la madre. Naturalmente, todo esto son nuevas aportaciones que se añaden al edificio secular; pero la doctrina de Freud en sus conceptos básicos se mantiene alterada. Hay disidentes. Así como hubo Adler y Jung, modernamente está Sullivan en los Estados Unidos, está Tarenhorning, está Melanie Clyde en Londres, que tienen ciertos puntos de discrepancia con la doctrina básica. Pero todos ellos mantienen una postura; no niegan cerradamente el Psicoanálisis, sino que están en desacuerdo con algún que otro postulado o con algún que otro concepto o elemento en el desarrollo histórico de la doctrina psicoanalista.

En cuanto a la segunda cuestión, la naturaleza de la intuición, por supuesto es un tema extensísimo. Habría que revisar, la doctrina de cada uno de estos señores, y establecer un paralelo con la doctrina de Freud. Por lo que se refiere a la intuición misma, no tenemos un trabajo serio, científico sobre la intuición, pero lo que sí es cierto es que el niño, por ejemplo, tiene una extraordinaria sensibilidad inconsciente para captar la actitud de los adultos, y hay una serie de personas adultas que tienen esa capacidad intuitiva de sentir el inconsciente de otro. Es decir, que aunque el sujeto trate de disfrazar su expresión, o decirla en otra forma, o de ocultar sus emociones, hay personas que se dan cuenta, que sienten que los están engañando, que sienten que son agresivos con ellos aunque no lo parezca, que sienten que los quieren o que los odian o que les tienen miedo. A eso se le puede llamar intuición, a la capacidad de darse cuenta de un estado emocional sin previo razonamiento, sin someterlo a un proceso lógico. En este sentido todos somos un poco intuitivos. Si tuviéramos que razonar y pensar lógicamente cada actitud en la vida, sería imposible vivir. Pero hay personas que tienen esa capacidad en mucho más alto grado, y probablemente se debe a eso, a una captación de la actitud inconsciente de otra persona, a partir del inconsciente propio.

IV

Rosario Novoa

Picasso y la Revolución en las Artes

EL título de esta lección, "Picasso y la revolución en las artes", promete mucho más de lo que puede ofrecerse en un esquema relámpago, pero tiene la virtud sin embargo de delimitar exactamente el contenido de esta disertación.

Antes de penetrar en el tema, dedicaremos unos instantes a recordar la situación artística en sus antecedentes inmediatos.

El curso de las artes plásticas en la centuria pasada, revela los postreros esfuerzos del hombre por el dominio absoluto de la realidad circundante.

Así, la pintura, en competencia desigual con la recién descubierta cámara fotográfica, en su aspecto más original nos devuelve una imagen superficial, luminosa y brillante de formas de vida triviales o frívolas, cuyo encanto reside casi únicamente en su fugacidad. Otras veces aborda el tema del paisaje que, despojado de su grandeza se transforma en estudio cientificista de luces y colores.

La escultura, imposibilitada por su esencia de ceñirse a los ideales de la pintura, destruye los principios de solidez y volumen para crear en cambio juegos pictóricos de luz y de sombra, efectos de movimiento y vibración antiescultóricos.

La arquitectura, renunciando a la búsqueda de una expresión adecuada a una realidad totalmente nueva, vive en general del pasado, cercano o remoto en la seguridad de que en el arte constructivo todo estaba dicho desde antiguo.

Por todo lo cual, el arte característico del siglo XIX se nos presenta como la última etapa de una evolución comenzada siglos atrás, y no como un momento creador. Esto no impide la aparición de estilos individuales que se incorporan a la tradición del arte occidental moderno.

En los postreros años del siglo XIX hacen su aparición por otra parte las primeras y fecundas rebeldías contra la desorientación en las artes, reflejo sin embargo del estado general del mundo pronto a desembocar en el curso histórico de nuestro siglo XX.

Ahora trataremos de esbozar en líneas generales la existencia de una honda transformación en las artes plásticas, sus posibles causas inmediatas y las relaciones apreciables entre un fenómeno de carácter general y la personalidad de un artista individual. Los problemas estéticos o políticos que tales cuestiones pudieran plantear quedan fuera del marco de esta lección.

A cualquier espectador, medianamente interesado, ha de llamarle poderosamente la atención la brusca sacudida experimentada por el arte de los primeros veintiocho años de este siglo. Conmoción además que se realiza en una tan desconcertante multiplicidad de direcciones, que obliga a preguntarse, inevitablemente, si se trata de un caso de locura colectiva, si asistimos a la decadencia de las artes o si somos víctimas de una jugarreta destinada a burlarse de la buena fe del público y de la crítica. A estas preguntas se han sumado otras muchas que omitimos para no extender innecesariamente este aspecto del problema.

Las respuestas naturalmente han resultado afirmativas o negativas. Nuestra opinión coincide con las segundas. Trataremos de explicar esta actitud.

La historia reciente de todas las innovaciones en lo artístico recobe el eco de las luchas, sufrimientos y vejaciones padecidos por los artistas en pugna con lo aceptado por el gusto, las academias o la moda. De sucesos de esta naturaleza ocurridos en época remota no tenemos constancia documental, pero no es difícil suponer la resistencia ofrecida en otros tiempos a la aparición de nuevos modos o estilos, atenuada por la elaboración más lenta de los mismos acorde con el ritmo de los tiempos.

Por ello no debe sorprendernos la reacción general ante el espectáculo del arte moderno en que se precipitan con estruendo ensordecedor el tumulto de los "ismos" en pintura, escultura, literatura y música; paralelas al brote en arquitectura, mobiliario, escenografía y ornamentación de formas audaces e insolentes que obligan a modificar a toda prisa normas, apreciaciones y conceptos que una cómoda actitud creía inconmovibles. Habíamos olvidado que el arte es siempre vivo y cambiante seguidor del ritmo de la época que lo produce y pedíamos al arte de **hoy** una imagen del mundo de **ayer,** exigiéndole con ello apartarse de lo que constituyó su esencia, "la forma objetiva de una civilización" (Youtz).

Entre las causas inmediatas de la rebeldía artística de principios del siglo pueden señalarse las siguientes: culto a la perfección técnica; subordinación a temas literarios o sentimentales; la apreciación cada vez más extendida de manifestaciones artísticas ajenas al gusto europeo; la tecnificación de la vida; el impulso del capitalismo y la subsecuente lucha de clases; el desplazamiento del artista de su posición en la sociedad; las nociones contrapuestas de nacionalismo e internacionalismo; la intuición de los grandes cambios.

¿Cuáles fueron los brotes más señalados de esa llamada revolución? A nuestro juicio tres son los más característicos, aunque de valor desigual: liberación del instinto; intelectualización de las artes e incorporación de otras "realidades" al arte. Lo dicho se atiene fundamentalmente a la pintura. La escultura dentro de una actitud general afín, tiende sin embargo a acercarse a la arquitectura, campo en que la renovación se ofrece con perfiles tan decisivos que llega a permitir la afirmación de que existe un estilo.

El primer lustro del siglo coincidió con la aparición del primer brote: el "fauvismo". Era la irrupción en la pintura de lo plebeyo ruidoso y lleno de vida, chillón en el color y violento en la forma, ayuno de refinamiento, atento sólo a la expresión de emociones de manera primaria e instintiva. Por la valoración del color y de los elementos subjetivos sus cultivadores seguían la huella reciente del holandés Van Gogh, resultando en definitiva

una modalidad del romanticismo que Eugenio Delacroix tratara de hacer triunfar en el primer cuarto del siglo anterior.

Demasiado peligrosa la teoría de los "fauves" tuvo sin embargo dos resultados apreciables: planteó definitivamente la necesidad de una actitud a tono con los tiempos y despertó la inevitable reacción contra sus exageraciones.

Entre los militantes "fieras" se destacan dos personalidades, disímiles entre sí, pero que se han conservado fieles al ideal de aquella primera hora, son Matisse y Rouault artistas de estilo uniforme, sin cambios a través de las diferentes etapas de su vida y de su producción.

La etapa próxima en la pintura estaba destinada a recoger con visión muy certera la herencia de Cézanne, único entre los pioneros que ofrecía un punto de partida sólido y exclusivamente plástico, sin trazas de romanticismo ni de barroco. Este movimiento, el cubismo, está considerado como la fuerza renovadora más eficaz en lo que va de siglo, no sólo por su papel específicamente pictórico, sino también por su amplia intervención en otros campos del arte.

Puede hacerse la afirmación anterior porque el interés en la estructura, la preocupación por el diseño y la disciplina intelectual son precisamente notas distintivas del artista de hoy, interesado especialmente en la creación de un lenguaje plástico realmente expresivo.

La tendencia cubista y sus más destacados cultivadores tuvieron que afrontar los ataques de la crítica más severa y demoledora que jamás se lanzara contra una tendencia pictórica. Esta actitud no desalentó nunca a sus propulsores cuya intuición les indicaba que estaban ofreciendo realmente una solución adecuada a los requerimientos de su época.

Los cuatro años iniciales de su evolución (1910-1914) son precisamente los inmediatos al comienzo de la primera guerra mundial, cuyo comienzo produjo una honda crisis en todos los órdenes, materializando en otros términos aquella intuición angustiada de los artistas empeñados en fijar en sus obras no la realidad fugaz y cambiante sino lo eterno y definitivo de ella, algo así como el ansia de transformar en símbolo mágico e inalte-

rable aquello que nosotros —de ser posible— deseamos perdure eternamente.

Los años de destrucción y espanto troncharon vidas, cambiaron rumbos y el espíritu engendró un arte típico producto del ambiente reinante dominado por el desengaño y la derrota: el dadaísmo.

Más tarde, el tercer brote revolucionario de este siglo, incorpora a la pintura nuevas formas de realismo, aparecen por vez primera la fantasía y la imaginación ocupando lugar primordial en el arte plástico; y el pintor traslada a formas tangibles la riqueza de su mundo interior. El otro aspecto de esta tendencia, la inclusión de otras realidades: las del subconsciente e inconsciente, está vivamente relacionado con un sector de la psicología contemporánea, objeto precisamente de una disertación en esta Universidad del Aire.

Criticado por sus conexiones extraartísticas no puede negarse que de la varia producción de artistas afiliados a estas tendencias se desprende un notable enriquecimiento no sólo en el aspecto formal del arte sino también y es lo más importante en su contenido.

Con estas formas de nuevo realismo, se cierra el primer cuarto del siglo XX que hemos considerado como la etapa de esta gran revolución artística.

El intervalo entre la primera y la segunda guerra mundial no ofrece nada realmente importante en el terreno de las novedades, capaz de alterar el curso históricoartístico universal.

Aludimos al principio a la actitud de los escultores, coincidente en general con la de los pintores, pero es innegable que se acercan a la arquitectura más afín por esencia y cualidades intrínsecas al arte escultórico que al pictórico.

En la arquitectura es donde la transformación ha resultado más honda y defintiva. El concepto general del arte constructivo en todos sus aspectos y hasta los problemas de ornamentación han recibido soluciones nuevas.

Estamos en condiciones de aceptar y valorar los grandes monumentos de nuestra civilización: aeropuertos, fábricas, hospitales, edificios para oficinas, urbanizaciones de barrios y ciudades y,

sobre todo la más definitiva conquista nuestra: el interés y la preocupación por la casa del hombre corriente, desconocida en una arquitectura de tumbas y palacios.

A pesar del interés que despiertan la pintura y escultura es fácil observar que nos encontramos en una etapa fundamentalmente arquitectónica ya que son los caracteres de este arte los que mejor reflejan los ideales del momento.

No existe al menos en la actualidad, un artista que haya despertado tantas polémicas como Pablo Picasso. Puede decirse que la bibliografía dedicada a la discusión de su obra es más extensa y variada que la existente sobre cualquier otro artista.

Los juicios más apasionados y más contradictorios han sido expresados sobre esta descollante figura. ¿Qué motiva la alta valoración que se concede a la labor realizada por Picasso? La respuesta podemos encontrarla en el papel que desempeña este hombre en el drama del arte y la vida modernas.

En la producción picassiana a lo largo del siglo XX, pueden señalarse algunas notas constantes: **individualismo, intelectualismo** y **vitalidad,** rasgos que caracterizan una personalidad firme y vigorosa.

Llega Picasso, producto de raíces españolas e italianas para establecerse en París hacia 1904, después de dos o tres breves estancias anteriores en la capital indiscutida del mundo artístico.

El gusto parisién comenzaba a apreciar la obra de Van Gogh y de Gauguin, pero todavía el interés por Cézanne estaba muy limitado. En el aire vibraba ya la primera manifestación plástica del nuevo siglo: el fauvismo. Se despertaba una corriente de apreciación de arte no europeo y se iniciaba la revalorización de períodos o artistas del pasado olvidados por una estética rígida y convencional.

El joven pintor español, con una experiencia bastante larga y una segura base técnica, no tardó en incorporarse a los artistas más inquietos asumiendo pronto el papel de jefe del grupo que lanzaría la clarinada cubista. Desde entonces su producción individual, estrechamente ligada al movimiento universal, ha resultado el símbolo visible de la actitud del artista.

El estudio de la obra de Picasso dividida en minuciosas etapas cronológicas, fragmenta la indudable unidad de ésta, perceptible en la constancia de los caracteres señalados al principio: individualismo, atribuído a su raíz española; intelectualismo, que lo une a la gran tradición mediterránea y su vitalidad, que a los setenta años le permite mantener la frescura de la juventud. En relación con este artista las teorías que relacionan la edad biológica y la producción para señalar etapas y caracteres no tienen aplicación en su ya larga carrera.

La nota más significativa de este pintor quizás sea el intelectualismo, cuya base remota pudiera encontrarse en la frase de Leonardo "la pintura es cosa mental", es decir, creación interior. La capacidad de elaborar intelectualmente la realidad lleva a Picasso al empleo del símbolo, mucho más eficaz que la transcripción literal de las cosas. Frecuentemente ante preguntas o interpretaciones el pintor ha negado la aplicación del término "abstracto" a su obra, insistiendo, con razón, en que ella es perfectamente "concreta".

Situado en el centro del movimiento artístico del siglo, su personalidad puede decirse que ha penetrado en todos los campos, no sólo haciendo sentir su influencia de manera directa sobre figuras o grupos, sino sobre el tono general de las artes, reconociéndose que él encarna la inquietud y la angustia de la época actual en su más clara realización. Si se nos pidiera reducir a una sola palabra en lo artístico el signo de nuestro tiempo no vacilaríamos en responder: **Picasso.**

DISCUSION

DR. MAÑACH: Vamos a ver las preguntas. Ojalá haya una del propio Dr. Mariano Brull. Nadie más familiarizado que él con estas tendencias del arte contemporáneo.

DR. BRULL: Me voy a permitir preguntarle a la Dra. Novoa sencillamente si ella ha podido descubrir en la obra de Picasso una tendencia a buscar la emoción estética en la acción pictural; o, por el contrario, en lo que pudiéramos llamar valores de Estética pura, o bien valores de carácter; esto es, que la obra de Picasso no persigue, como

casi toda la pintura del Renacimiento, realizar la belleza, sino realizar otra cosa que el mismo Picasso no nos ha dicho todavía?

DRA. NOVOA: Viniendo de un poeta, y de un poeta que conoce todo el movimiento del arte contemporáneo, naturalmente la pregunta es muy peligrosa. Pero me parece que Picasso, como representante del pintor o del artista actual no busca los valores estéticos, sino otro tipo de valores. Se ha hablado mucho y se ha escrito más acerca de la Nueva Estética. El concepto de la belleza pura es un concepto que hoy no domina en la producción artística; el artista busca precisamente otros valores, o puramente plásticos, o subjetivos en otros casos, pero que no son la búsqueda específica de la belleza estética tradicional. Mencionó usted el Renacimiento. Esa es la época en que la belleza de la forma, la belleza de la perfección externa, domina hasta un punto casi absoluto, y entre las causas a que atribuímos la renovación o revolución de las artes, he señalado precisamente el cansancio de ese culto a la perfección en las formas, a la belleza de proporciones y a la belleza tradicional. Quizás por irritación contra el poderío el absolutismo de esa belleza, los artistas hoy se resuelven contra ella, y uno de los caracteres del arte contemporáneo más señalado es quizás la "fealdad"; se la ha acusado de fealdad para oponerlo a la persecución de la belleza. Quizás ninguno más característico en ese sentido que Picasso.

DR. BRULL: Yo creo que en el caso de Picasso no se puede perder de vista que él ha representado, en síntesis, acaso la pintura renacentista en lo que tiene de mejor, es decir, como reproducción expresiva de la forma humana, sobre todo en su período primitivo. Pero yo quiero referirme al período "feísta" a que usted ha hecho alusión, es decir, al período en el cual se dice que hay, de cerca o de lejos, una influencia del arte negro.

DRA. NOVOA: No, yo no pienso eso tampoco. Pienso que la forma de belleza de la pintura actual, que no es la de la pintura renacentista (puesto que inclusive la desprecia) ha eliminado los grandes temas de la pintura tradicional; es decir, que ha puesto el énfasis en otro tipo de valores, aun en esas etapas llamadas clásicas, que considero que son parte de la unidad, de la integridad de su estilo. En eso él no deja de ser Picasso aunque tenga una forma más o menos bella con respecto al criterio tradicional.

DR. BRULL: Yo iba a hacer sencillamente una confesión de ignorancia. Confieso que hay aspectos de la obra de Picasso que no me los explico bien más que como una expresión psicológica, acaso psicoanalítica, de su personalidad. Pero no me los explico en un terreno objetivo del arte. Y acaso se pueda explicar también como yo le decía antes, por la influencia directa que ha ejercido el arte negro en el arte de Picasso.

DRA. NOVOA: Yo creo que la influencia del arte negro en el arte de Picasso es breve, relativamente breve.

SR. REYNOSO: Hablando de la belleza de Picasso...

DRA. NOVOA: Bueno, Picasso es muy feo, desde ahora se lo digo. No es más que ojos.

SR. REYNOSO: ¡Hablaba de la belleza en pintura! Nunca le he visto belleza a otro hombre. Pero en la pintura de él, por ejemplo, ya avanzado y consagrado como artista moderno, cuando pinta el retrato de su hija, Picasso recurre a la llamada vulgarmente Escuela Clásica. ¿Eso tiene alguna explicación?

DRA. NOVOA: No creo que la tenga. Es un fenómeno curioso. Los retratos de su esposa y de sus hijas son siempre retratos de tipo tradicional; pero también tienen muchos en los cuales se permite libertades.

SR. GUSTAVO DURAN: Yo quisiera saber si Picasso se ha mantenido toda su vida en un solo estilo o ha pasado por varios estilos?

DRA. NOVOA: Se ha tratado de clasificar la obra de Picasso en períodos a los cuales aludo en mi conferencia. Pero esos períodos tienen más que nada un valor cronológico, porque si Picasso hubiera tenido varios estilos hubieran sido estilos sucesivos a los cuales no hubiera vuelto, y en Picasso hay una serie de manifestaciones que en determinados momentos regresan a un estilo anterior. Es decir, que, no hay en realidad una sucesión de estilos diferentes en él, sino una elaboración interna, una unidad interior, que hace que Picasso al mismo tiempo se expresó en tres o cuatro formas diferentes.

DR. MAÑACH: Dra. Novoa, creo que usted convendrá conmigo en que sobre el arte llamado clásico, tradicional, recae lo que pudiéramos llamar una universalidad de comprensión y de apreciación. La gente, cualquiera que sea el grado de cultura, va a un Museo y admira y disfruta más o menos de cualquier cuadro de cualquier artista anterior. ¿Cree usted que llegará algún momento en que recaiga una universalidad de apreciación acerca del arte llamado nuevo?

DRA. NOVOA: Lo dudo, porque el arte llamado nuevo, el cual he tratado de indicar que se caracteriza fundamentalmente por su nota intelectual, de un intelectualismo, pudiéramos decir, mucho más acentuado que lo que ha tenido jamás, no puede llegar a ser, como tal arte intelectual en su contenido y en su forma, un arte de apreciación tan general como el arte clásico. El arte clásico, en términos generales, tiene una base naturalista, o por lo menos realista. En este arte, lo que domina es el asunto, lo que representa el cuadro. Yo suelo enseñar en clase a los alumnos algunos cuadros universalmente reconocidos como obras maestras, y si son modernos, los alumnos no pueden ir más allá de gozar de la forma, del color, del dibujo porque del asunto no entienden nada, si no están enterados antes del cuentecito que hay detrás de él. De modo que aún en ese caso yo no creo que más allá de la apreciación de la forma, el color, el diseño, es decir, las cosas externas, de una obra de arte clásica o moderna, se pueda llegar si no está uno enterado, y,

en general, supongo que estamos mucho más enterados de lo que creemos, de lo que es el arte tradicional. Es decir, en relación con las artes plásticas y pensando nada más que en manifestaciones occidentales. En cuanto nos apartamos de ellas ya sabe el Dr. Mañach lo que ocurre, y en el terreno, por ejemplo de la música o de cualquiera otra manifestación, no podemos decir que haya sido inteligible para todos, aún aspectos que aparentemente son muy fáciles.

El artista de hoy se aleja del público y se acerca al arte. Se ha llegado a hablar y se ha abusado inclusive, de la expresión de "arte puro" y de "arte por el arte", el arte que no se dirige al público sino se dirige exclusivamente a satisfacer al artista. En este momento el arte no está sirviendo al gusto del gran público. Pero ese es otro problema muy grave de plantear, el problema del gusto, el problema dei público, el problema de la educación, en materia de arte.

SR. EDMUNDO LOPEZ: Doctora, es probable que el arte de todas las épocas cumpla una función social; por ejemplo, las Sinfonías del Siglo pasado, el arte de cámara de Mozart, la Música religiosa de Bach...

SR. EDMUNDO LOPEZ: Le decía que es casi seguro o probable que el arte de todas las épocas cumpla una función social. Las Sinfonías del Siglo pasado, el Arte de cámara de Mozart, la Música religiosa, de Iglesia de Johann Sebastian Bach, es decir, que Bach componía Cantatas para cumplir una función, un encargo que le asigna la Iglesia. ¿Cree la Dra. Novoa que el arte de Picasso cumple una función social, y en caso de que la tenga, cuál es esa función?

DRA. NOVOA: En primer lugar usted ha aludido a momentos en los cuales el arte estaba controlado, dirigido; está al servicio de una idea religiosa, de una idea monárquica; el artista no produce libremente sino bajo control. A él se le encarga, usted lo acaba de decir, una obra, obra que responde al momento en el cual se produce. En ese sentido, la función social de Picasso, aunque la obra la produzca él como artista individual y no vaya a comprársela nadie, cumple también una función social; realiza también la transcripción del medio social en que el artista se mueve, en que el artista vive o en el cual se encuentran sus inquietudes, y que él (libremente en este caso porque no se lo ha encargado ni la Iglesia ni el Estado, ni siquiera un comprador particular) él crea. Pero eso se complica del Siglo XIX para acá, porque el artista del Siglo XIX, yo lo apunté y no lo pude desarrollar; se encuentra de repente sin mercado. El artista hasta el siglo XIX, tiene una posición segura, es un elemento dentro del engranaje social del que no se puede prescindir. Pero al venir la transformación económica del Siglo XIX y la subsecuente transformación en todos los órdenes de la vida, el artista se encuentra desplazado de su posición de siglos, y tiene necesidad de trabajar y luchar por ganarse él un mercado. Entonces, según que las sociedades sean capitalistas, o de otro matiz político y económico, así encontrará usted la posición del artista. En las sociedades donde el Estado

no tiene nada que ver con el Arte, el artista, como en nuestro medio lo habrá visto usted se mueve en una limitación extraordinaria para producir; tiene que librar una lucha terrible si quiere vivir de su arte, casi nunca puede vivir de él; tiene que buscar otros medios de subsistencia. El caso más dramático quizás, de nuestro siglo, es el caso de Gauguin. Gauguin es un hombre que pensó que podía sostener su familia con la pintura, y tan seguro estaba de eso que lanzó por la borda toda su profesión, su dinero, su estabilidad económica, y se dedicó a pintar, y efectivamente, no le dió absolutamente para nada la pintura. Les dió a los que comerciaron con sus pinturas después de muerto, pero a él en vida no le produjo lo suficiente para sostener a su familia, lo cual le hizo convertirse realmente en el mártir de su vocación, debido a las circunstancias modernas. En otra época no, porque aún con todas las vicisitudes del Renacimiento, a que se aludió aquí y la posición completamente secundaria y hasta servil de los artistas (se ha dicho, y no era incierto, que eran poco más que sirvientes de un poco de categoría), ganaban un sueldo relativamente discreto. El artista tenía una posición en la sociedad; hoy no, hoy el artista está desplazado, y durante mucho tiempo, antes de comenzar el Siglo XX, se llegó a pensar que el arte no servía para nada. Todavía hoy hay quienes dicen que el arte no sirve para nada, que es un lujo, un adorno, algo de que se puede prescindir, y naturalmente el artista no tiene una situación en la vida actual. Es un error absoluto, porque el artista cumple la función esencial del arte hoy, igual que lo cumplió en la época de las cavernas.

DR MAÑACH: Bien, con esto creo que podemos dar por terminadas las preguntas...

SR. CEPERO BRITO: Tenemos, doctor, por favor, una pregunta de esta señora.

UN OYENTE: Yo creo que esta pregunta me la puede contestar quizás mejor el psiquiatra.

DR. MAÑACH: Hay quien opina que casi todas las preguntas sobre el arte nuevo las pueden contestar mejor los psiquiatras.

Me parece que sí. Hace poco más o menos un año, oí en el Palacio de Bellas Artes en México, una conferencia de Diego de Rivera, y él decía que la emoción estética se producía por una secreción de las glándulas endocrinas, una secreción especial. El estímulo bello determinaba en el organismo una reacción que se producía por esa secreción de las glándulas. Me quedé pensando, tanto fué que le tomé nota a Diego de Rivera, y entre mis notas están ésas que me llamaron mucho la atención. Yo quisiera que el psiquiatra me contestara esta pregunta. No todo el mundo reacciona ante la belleza de una manera igual; ¿es que algunas personas tienen su sistema endocrino más afinado que otras, o...?

DR. SEGREDO: La pregunta es bastante divertida realmente. En primer lugar, yo creo que la opinión que pueda tener Diego Rivera sobre estas cuestiones vale muy poco. Más o menos como la mía sobre arte.

Pero no es cierto que haya ninguna glándula "estética", afortunadamente. Porque entonces los normales seríamos muy pocos. Lo que sí hay es un mecanismo fisiológico de la emoción, y este mecanismo es puesto en juego por representaciones generalmente mentales. Tenemos un sistema muy complejo, partiendo de los órganos de los sentidos, el tálamo óptico y la corteza cerebral, a través del cual se registran de una manera consciente estas representaciones que ponen en juego ese mecanismo, y efectivamente producen ciertas manifestaciones físicas en el sujeto, a lo cual llamamos emoción. Cuando vemos una persona que nos gusta, cuando se aparece alguien a quien tenemos miedo, sentimos manifestaciones físicas, el corazón palpita más fuerte, sudamos o no sudamos, los pelos se alteran en sus posiciones, etc., etc. Desde el punto de vista psicológico, la cuestión de la estética es en gran parte condicionamiento. Para experimentar lo bello hace falta cierta educación. Si un señor, después que acaba de aprender a leer, le damos un tomo de Filosofía, seguramente que le resulta una cosa absolutamente insoportable y aburrida. Ahora, si llega al tomo de Filosofía después de haber estado estudiando 8 ó 10 años las cosas que hacían falta para eso, apreciará inclusive la belleza que hay en la buena Filosofía. Como en todas las cosas puede haber belleza (en las Matemáticas hay belleza), es cuestión de saberla ver y de poderla ver. En la Música hay que condicionarse también; son excepcionales las personas que nacen con el gusto para la música selecta. Pero si uno se decide a aburrirse un rato al principio oyendo cosas que no entiende, llega un momento en que crea reflejos condicionados y apreciación musical. Además, hay otros factores de sensibilidad. Por ejemplo, hay cosas que van dirigidas directamente a nuestra sensibilidad física, talámica. Si oimos una conga, una rumba, una música folklórica cualquiera, una marcha militar, todos sentimos cierta emoción; aunque disgute a nuestra cultura, o a nuestro refinamiento, esas cosas nos puedan emocionar un poco; pero eso ocurre a todo el mundo, porque dependen de factores psicológicos muy primarios. En cambio, la alta música o la alta pintura requieren un condicionamiento, una educación, cierta postura filosófica frente al mundo, sin lo cual es imposible entender esas cosas.

DR. MAÑACH: Doctor, en relación con eso, hace algunos años tuvimos aquí en La Habana la visita de un Médico español, el Dr. Novoa, que dió una conferencia muy interesante en que aventuró la tesis de que el sentimiento estético es una especie de concordancia, digámoslo así, con lo que él llamaba el ritmo trófico. Esa hipótesis o esa tesis se ha mantenido?

DR. SEGREDO: Bueno, esa es una cosa muy personal de Novoa Santos y de Turró, posteriormente. También la ha presentido un psiquiatra suramericano, brasilero, que plantea el hambre, como manifestación general, en relación con manifestaciones psicológicas superiores. Desde el punto de vista de los mecanismos fisiológicos, yo creo que todo lo

que dice Novoa Santos es absolutamente cierto. Ahora, desde el punto de vista de qué es en sí la emoción estética, no la expresión física de la emoción estética, ni siquiera la expresión de lo que nosotros creemos sentir, sino qué cosas son las que producen la emoción estética y por qué la producen, yo creo que no sabemos media palabra todavía sobre eso.

V

Guillermo Martínez Márquez

La Primera Guerra Mundial: Wilson

(Fichas para un archivo periodístico de sucesos y personajes de actualidad a principios del siglo XX)

ESTAS cuartillas no aspiran a la categoría de conferencia. Ni siquiera podrían ser calificadas como "lección" en el sugestivo curso iniciado y orientado en la Universidad del Aire por la perenne preocupación cultural de nuestro Jorge Mañach. Redactadas al apresurado teclear de la maquinilla de escribir, entre el cúmulo de pequeños menesteres que agobian al periodista cada día, no responden a un método didáctico y carecen del acento y el subraye necesarios a la demostración de una tesis histórica. Sólo me atrevo a reunirlas bajo el rubro de "notas para un breve recuento de la primera guerra mundial". O tal vez más apropiadamente: "Fichas para un archivo periodístico de sucesos y personajes de actualidad a principios del siglo XX".

Comprendo la pequeñez de la tarea enunciada. De esa pequeñez, sin embargo, podría derivarse su única utilidad. Porque eso, —reunión de fichas de sucesos y personajes de actualidad—, es lo que debemos hacer cotidianamente los periodistas. Si lo hacemos con la objetividad de simples testigos, tengo la seguridad de que estamos legando a los futuros historiadores una materia viva apropiada para el análisis de nuestra generación.

Permitidme, todavía antes de comenzar, ordenar las fichas de este minúsculo archivo periodístico, en cuatro grupos. Son:

1.—Antecedentes;
2.—Guerra;
3.—Tratados, y
4.—Personajes.

1.—ANTECEDENTES

Entre los antecedentes de la guerra del 14 hay una ficha con nombre propio: "Sarajevo". Hasta el 28 de junio, Sarajevo no era más que la capital de Bosnia, una de las provincias anexadas al imperio austro húngaro. El 28 de junio un estudiante servio mató en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Francisco José. El disparo clavó el nombre de la población en la actualidad europea. A los detalles del crimen se unieron, en los días sucesivos, las reclamaciones de Viena. Como estas reclamaciones precipitaron la reacción en cadena de alianzas que precedió a la guerra, durante algún tiempo se confundió un simple suceso policial con la causa de la guerra. Llegó a decirse, que el disparo del 28 de junio. en Sarajevo, había matado a nueve millones de hombres en Europa. Pero eso no es más que una frase. Casi un año antes del asesinato de Francisco Fernando, Viena había sondeado la opinión de Roma sobre su proyecto de extender su predominio en los Balcanes. Fué la frialdad de Roma, abstraída con su colección de desiertos africanos, la que detuvo momentáneamente la ambición de los condes austríacos. Separemos, pues, la ficha de Sarajevo. A fin de cuentas, no fué más que un pretexto.

Las causas, los antecedentes lógicos de la primera guerra mundial, hay que fijarlos en las ambiciones de predominio, —en Europa y fuera de Europa—, de las grandes potencias de entonces. Ni una sola está exenta del pecado de codiciar las tierras ajenas. Al término de su consolidación nacional, los modernos estados europeos extendieron sus brazos codiciosos para clavar sus empresas de explotación económica sobre las calientes tierras de Africa, sobre los débiles y milenarios pueblos de Asia, sobre las estratégicas islas del Pacífico. Cada potencia tiene su ficha. Todas están manchadas de sangre humana. Repasémoslas, en sus líneas sobresalientes, siquiera sea a partir de 1890.

Inglaterra, —he aquí la primera ficha—, fué la precursora de esta era negra de la civilización. Ya en 1814 había obtenido la región del Cabo Buena Esperanza. Cuando en 1875 adquirió la mayoría de las acciones del Canal de Suez, dió rienda suelta a sus proyectos de unir sus posesiones africanas y asegurar sus caminos a la India. Los corsarios habían cumplido su cometido. Los nuevos agentes de predominio se llamaron en este período "exploradores". sus aventuras llevan una etiqueta privada que dice "fomento económico", o un sello oficial con la palabra "civilización". Después de todo, igual da. Un día, con un pretexto cualquiera, o sin pretexto alguno, llegan los soldados y plantan el pabellón del imperio. Las cancillerías europeas se ponen de acuerdo luego para cambiar el color de una región en el mapa del mundo. Y sigue la explotación. Como es lógico suponer, el negocio tiene pronto poderosos competidores. La diplomacia inglesa comienza a obviarlos, uno a uno. En 1891, se pone de acuerdo con Italia sobre Africa; en 1892 firma con Alemania una convención sobre el Camerun; en 1893 deja a Francia las manos libres en Siam; en 1895 se reparten copias del plan Salisbury para el reparto de Turquía; en 1898 obtiene bases navales en China e impone su predominio en Fashoda; en 1899 inicia una sangrienta guerra contra los boer; en 1900 se anexa Orange.

Francia trata de rehacer el prestigio perdido en Sedan a costa de sus empresas en Africa y en Asia. En 1891 llega a Madagascar, para consolidar su conquista cinco años más tarde; en 1893 se extiende a Siam; el 96 se pone de acuerdo con Italia sobre Túnez; el 98 choca con los ingleses en Fashoda, pero pronto se arregla y sigue; el 900 trata con Roma sobre el Mediterráneo; el 904 arregla con España la situación de Marruecos; el ocho tiene un incidente con Alemania, pero el nueve logra zanjarlo.

Alemania tarda en lanzarse a la cacería colonizadora. Después de Francfort, Bismark quiere que la reciénnacida unidad alemana haga la digestión de las tierras arrancadas a sus vecinos europeos. Alienta por ello las ambiciones de Francia fuera del continente. Se regocija del incidente de Fashoda. Intenta convertirse en el gran moderador de las desavenencias entre los estados amigos. Pero el káiser Guillermo II tiene una opinión distinta.

Vuelve los ojos hacia el Asia Menor. Sueña con el ferrocarril Berlín-Bagdad. Firma un tratado con los turcos. Se apodera del Camerun, ocupa Kiwchow, planta su pabellón en Angola, compra las Marianas, Las Carolinas y las Palau, desembarca en Tánger, convoca a la conferencia de Algeciras, amenaza a Agadir. Al hacer el recuento, comprende que ha llegado tarde. Le ha tocado lo peor. Entonces acuña su célebre frase: "Alemania quiere un lugar bajo el sol de Africa".

Italia se dirige a Eritrea en 1890, engaña a sus aliados para ponerse de acuerdo con Inglaterra y Francia sobre el norte de Africa, se lanza sobre Abisinia y es derrotada, pero luego cae sobre la moribunda Turquía y clava su pabellón en Túnez.

Rusia trata de extender sus fronteras. Primero rumbo al este, luego sobre Turquía, choca con Inglaterra en la frontera India, pero se rehace y ocupa la Manchuria, donde tiene un incidente con Japón, que le inflige inesperada derrota; vuelve después los ojos hacia los Balcanes, fomenta la liberación de los eslavos y choca allí con Austria. ¿La alianza de los Tres Emperadores? ¿El tratado de Biorko con el Káiser? Papeles, proyectos inútiles, cuando se oponen a un desorbitado afán de predominio.

El imperio austro húngaro estaba ya condenado a muerte al comenzar el siglo. Francisco José firmaba los documentos trascendentales, pero ya no tenía voluntad ni para intrigar. El acuerdo logrado con Rusia en 1897 sobre los Balcanes, y el firmado con Italia el mismo año sobre Albania, carecían de vigencia sin una acción directa. Para dársela, se hizo respaldar por el Káiser. Así obtuvo la Bosnia y la Herzegovina. Así trató de intervenir en las guerras balcánicas. Así, el domingo 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando fué a Sarajevo. Y, en Saravejo, un disparo y. . . el pretexto para la primera guerra mundial.

La sangrienta lucha estaba anunciada mucho antes. Los carteles internacionales decían así: La Triple Alianza, —Alemania, Austria-Hungría e Italia—, contra la Triple Entente, —Francia, Rusia y la Gran Bretaña.

A última hora hubo un pequeño cambio: Italia anunció su neutralidad.

Pero los otros protagonistas apenas si dieron importancia a este oportuna retirada por el foro. La sinfonía de los Krupp y los Schneider acababa de iniciarse en el frente occidental.

2.—GUERRA

La guerra empezó en los Balcanes, se extendió a Rusia y en seguida saltó a Francia. Fué el 4 de agosto cuando los alemanes invadieron a Bélgica. ¿Por qué a Bélgica? Muy sencillo. Porque el Plan Schlieffen —ideado años antes—, suponía, con aparente razón, que era más fácil arrollar al pequeño ejército belga y penetrar en Francia por el norte, que asaltar las fortalezas construídas por los franceses en el este, desde Verdún hasta Belfort. El Estado Mayor Alemán calculaba que le bastarían seis semanas para llegar a París y derrotar a los galos. Luego se volvería sobre el gigante ruso, a quien su aliado austrohúngaro debería haber contenido, y terminaría la guerra con relampagueante rapidez. Pero la invasión de Bélgica facilitó a los gobernantes ingleses el pretexto que necesitaban para decidir la voluntad del pueblo británico. Además, el pequeño ejército belga ofreció al invasor una resistencia heroica e inesperada, sobre todo ante las fortalezas de Lieja. El itinerario de la victoria germana sufrió un retraso que permitió a los franceses detener su impulso en el Marne y salvar a París.

¿Después? Los alemanes descargaron todo su poder sobre los rusos. Los derrotaron en Tannenberg y en los Lagos Mazurianos. Volvieron sobre Francia, intentaron combatir a la Gran Bretaña en el mar, acudieron en auxilio de Turquía, fracasaron frente a Verdún, se empeñaron en la gigantesca batalla del Somme, que duró cinco meses y causó más de un millón de bajas, y en enero de 1917, —a los dos años y medio de haberse lanzado a la bélica aventura—, comprendiendo que los continuos movimientos de sus ejércitos amenazaban convertir la partida bélica en unas sangrientas tablas, decidieron lanzarse a la guerra submarina sin restricciones. Esta fué la segunda gran equivocación de los alemanes. Si la invasión de Bélgica sirvió de pretexto a los ingleses para precipitar su movilización y enviar sus tropas al continente, la campaña submarina sin restricciones decidió al presidente Wil-

son a sumar el poder de Norteamérica en la balanza de los aliados. El dos de abril de 1917, Woodrow Wilson se dirigió al Congreso de Washington, en solicitud de una formal declaración de guerra a los imperios centrales. Norteamérica —advertía—, no va a la pelea sólo en defensa propia, sino también en defensa de los gobiernos libres, de la civilización y de la humanidad. Agregaba en su histórico mensaje: "El mundo debe ser salvado para la democracia". Cuatro días más tarde, el Congreso declaraba la guerra a Alemania.

La propaganda germana intentó burlarse del sable de palo de los soldados yankees. Sus expertos calcularon que la movilización norteamericana sería lenta, y que sus ejércitos tardarían en adquirir la experiencia necesaria para pesar en la balanza bélica. Pero se equivocaron. Tres meses después de la declaración de guerra, el general Pershing llegaba a Europa. En el propio Verano de 1917 desembarcaron en Francia los primeros contingentes de tropas yankees. Hasta principios de 1918, llegaron a razón de 30,000 hombres mensualmente. A partir de marzo, aumentaron a 75,000. Desde mayo, los aliados recibieron un refuerzo mensual de 250,000 norteamericanos cada treinta días. En noviembre había más de dos millones de soldados de Estados Unidos en Europa.

Mientras los norteamericanos desembarcaban en Francia, y tomaban parte en la segunda batalla del Marne y en la victoriosa acción del Mosa, en Rusia estallaba la revolución. Las huelgas y motines comenzaron en marzo de 1917. Nicolás II abdicó el día 15. El Gobierno de Kerensky intentó proseguir la guerra. Sufrió serios reveses. El 7 de noviembre fué sustituído por los bolshevikes, que firmaron un armisticio el 5 de diciembre y suscribieron el Tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918.

Los alemanes intentaron entonces su último esfuerzo. Fracasaron, y perdieron la iniciativa. Y con la iniciativa la guerra.

El 11 de noviembre de 1918, sus representantes firmaron en el bosque de Compigne el armisticio impuesto por el mariscal Foch.

La guerra iniciada en agosto de 1914 había terminado, después de cuatro años, tres meses y una semana de duración. Las estadísticas arrojaron cifras terribles: ocho millones y medio de muertos, más de veintiún millones de heridos, cerca de ocho millones

de prisioneros y personas perdidas; cientos de ciudades arrasadas y un abismo de odios y miserias entre dos porciones de la humanidad.

3.—TRATADOS

Cuatro días después de la firma del armisticio, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Woodrow Wilson, embarcó hacia Europa. Durante varias semanas, los pueblos vencedores lo agasajaron como al auténtico símbolo de su triunfo. En las reuniones de los estadistas, sin embargo, los jefes de los gobiernos aliados pronto comenzaron a sobresaltarse ante lo que dieron a considerar como "ingenuidad" de sus planes. Es cierto que sus ideas generales sobre los tratados de paz habían sido expuestas en el famoso discurso de enero de 1918. Pero, ¿cómo admitir que aquellos conceptos, tan hermosos en la teoría, deberían ser llevados inflexiblemente a la realidad? Ni uno sólo de los otros "tres grandes", aceptaba la intangibilidad de los "14 puntos de Wilson". Cada quien quería algunas pequeñas ventajas para su patria. De ahí nació la tragedia de los tratados de paz.

Aunque la guerra había sido una, los tratados fueron cuatro. A cada uno corresponde una borrosa ficha en el archivo periodístico de sucesos y personajes de principios del siglo XX. Tan borrosa, que un cuarto de siglo después de su nacimiento, ni uno sólo de los dictados puestos en sus páginas quedó en pie.

El Tratado de Versalles fué firmado el 28 de junio de 1919, siete meses después del armisticio. Aparte de las condiciones impuestas a Alemania, lo más importante del documento fué el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Para darle vida a la Sociedad de las Naciones, Wilson sacrificó, unas tras otras, sus más generosas concepciones sobre una paz justa y perdurable. Por eso, tal vez, pudo regresar a su patria con la idea de que había salvado el mejor instrumento para la convivencia pacífica de los hombres en el futuro. Pero el contenido ferozmente nacionalista de los tratados de paz, dejó intactas las semillas de las ambiciones y los rencores que habían precipitado el conflicto recién terminado. Así quedó inutilizada la acción de la Sociedad de las Naciones.

Al Tratado de Versalles sucedió el de Saint Germain, firmado el 10 de septiembre de 1919 con Austria. El 27 de noviembre Bulgaria suscribió el Tratado de Neuilly. El 10 de agosto de 1920, Turquía firmó el de Sevres.

Así, en cutro ciudades francesas, se puso fin a una guerra que había durado más de cuatro años, y de cuya tragedia habían surgido nada menos que catorce nuevas repúblicas.

El proceso iniciado en Versalles a principios de 1919 y terminado en Sevres en el segundo semestre de 1920, fué un proceso trabajoso e inútil.

Y más que inútil, contraproducente en algunos aspectos.

4.—PERSONAJES

La priema guerra mundial fué pródiga en estadistas, estrategas y héroes. En su inmenso crisol se forjaron recios caracteres. Sus grandes vicisitudes sirvieron para revelar figuras excepcionales. Entre los vencedores, y entre los vencidos, surgieron, en esta y en aquella etapa, arquetipos del valor y de las virtudes populares, que circunstancialmente merecieron los honores de la fama. En el fichero del archivo periodístico figuran docenas de nombres ilustres... Ahí están, Joffre, el milagroso vencedor del Marne; Petain, el irreductible soldado de Verdún; Clemenceau, "el tigre", el feroz defensor de Francia, y Foch, el glorioso mariscal de la gran victoria aliada... Ahí están, Jellicoe y Beatty al frente de la armada británica; y Lloyd George, y Lord Kirchener, héroe y mártir, y John French, el jefe de los ejércitos expedicionarios británicos... Ahí está, en un marco solitario de grandeza, la figura extraordinaria del rey Alberto de Bélgica, el monarca más querido por su pueblo en esta época... Están los primeros éxitos de dos hombres que capitalizaron el interés de los pueblos democráticos en la segunda guerra mundial: Winston Churchill, primer lord del almirantazgo entonces y Franklin Delano Roosevelt, subsecretario de Marina de los Estados Unidos... Pero ahí está, también, el más grande entre los grandes hombres que rigieron los destinos humanos durante el dramático quinquenio de 1914 a 1919. El gran conflicto —acabamos de advertirlo—, fué pródigo en hé-

roes y mártires; tuvo sus estadistas y sus estrategas... Pero, si examinamos con detenimiento las figuras sobresalientes, si repasamos con cuidado sus más destacados sucesos, llegaremos a la conclusión de que la Primera Guerra Mundial no tuvo más que un apóstol: el presidente Wilson.

La vida de Wilson es sencilla. De profesor universitario a gobernador del estado de New Jersey; de gobernador a presidente de los Estados Unidos; de presidente a jefe de una ideología democrática; de jefe de una ideología victoriosa a apóstol de la paz entre los hombres... Fué una línea recta y ascendente la que siguió, desde 1910 hasta 1919, es decir, desde su instalación en el Gobierno estatal de New Jersey, hasta su violento choque con la realidad de la política europea en Versalles.

Regresó a la patria un poco decepcionado, pero dispuesto a luchar por su ideal. Había salvado el instrumento de la paz futura. La negativa del Senado a aprobar el Tratado de Versalles lo sorprendió. Pero no se dió por vencido. Inmediatamente organizó una jira por el país. A pesar de sus años y de sus quebrantos físicos, partió de Washington con el propósito de convencer a sus compatriotas de la virtualidad de sus ideas. El pueblo lo recibió entre asombrado y comprensivo. Ya había recorrido una buena parte de la Unión y empezaba a recoger el fruto de su prédica, cuando repentinamente, un golpe de sangre de su corazón lo fulminó. Cuando regresó a Washington, en un sillón de inválidos, estaba ya vencido. Meses más tarde murió con la sensación de la derrota de su ideal.

Pasaron los años. Los pueblos de Europa volvieron a la lucha. Sin quererlo, los norteamericanos se vieron envueltos en la vorágine del conflicto. De nuevo fué preciso quemar miles de millones de pesos y sacrificar millones de preciosas vidas humanas, para lograr la victoria de la democracia.

Fué entonces cuando sus compatriotas, cuando todos los hombres libres se dieron cuenta de que la idea de aquel ilustre profesor de Princeton —en ocasiones tenido como iluso por sus contemporáneos— recobraba su hermosa virtualidad.

Si algún día puede asegurarse la paz entre los hombres, y esta paz se logra por medio del justo funcionamiento de un organismo

internacional —llámese Organización de Naciones Unidas o Sociedad de Naciones—, habrá que reconocer que el alto ideal humano tuvo un gran apóstol: el presidente Woodrow Wilson.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Para iniciar el interrogatorio tiene la palabra el Dr. Carlos Rafael Rodríguez.

DR. RODRIGUEZ: En su hermosa conferencia, Dr. Martínez Márquez, después de trazar los antecedentes económicos de la Primera Guerra Mundial, sintetiza en la figura de Wilson, el más eminente de los Estadistas de la época. Como recuerda el Dr. Martínez Márquez, hay dos versiones sobre la figura de Wilson. Una, la versión europea, peyorativa, pudiéramos decir, que nos dió Bernard Kames en su libro: "Las consecuencias económicas de la Paz", presentándonos a Wilson como un americano un poco simple, demasiado ingenuo, frente a la capacidad de los estadistas europeos más maduros. Otra versión es la que nos ha ofrecido el Dr. Martínez Márquez. Yo me pregunto sin embargo, rastreando un poco en los 14 puntos, sobre todo en los puntos 2º y 3º, en que se proponía la libertad de comercio, la libertad de inversiones, etc., ¿no se ve que la presencia de Wilson en el escenario europeo en aquel momento, representaba también el advenimiento a la escena mundial, en plan de conquista económica, de una nueva potencia: los Estados Unidos?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Es muy posible. Pero de lo que sí estoy seguro es de que ésa no fué la intención de Wilson. Se ha dicho y se ha reconocido que Wilson sufrió su derrota precisamente por no haberse acompasado a las ambiciones, a la rapacidad, de los estadistas europeos. En mi modesto modo de pensar, Wilson fué un hombre excepcional. Puede ser tachado, quizás, de idealista; por eso, en la conclusión de mi conferencia, digo que si algún día hay paz entre los hombres, será poniendo en vigor las ideas que Wilson expuso.

SR. FRANCHI DE ALFARO: Yo quisiera, Dr. Martínez Márquez, que usted me explicase cuál fué el motivo de ese fenómeno de Wilson, que salta de Profesor universitario a Gobernador de New Jersey, y luego asciende a la Presidencia de la República. De haber vivido en un período de paz, ¿no hubiera sido siempre Wilson un anónimo profesor universitario, que hubiera fenecido como fenecemos todos, sin tener otro futuro?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Bueno, yo creo desde luego que hubiera fenecido de todas maneras como feneció, como todos estamos esperando morir. Pero creo que él, como Presidente de la Universidad

de Princenton elevó a la Universidad de manera extraordinaria. A propósito de su teoría sobre el equilibrio de los poderes, sobre la manera de gobernar en las democracias, publicó un libro notable, que en la época mía de estudiante era un libro modelo y contribuyó mucho a que los americanos lo eligieran primero Gobernador de New Jersey. Ya en el plano de la política, Wilson expuso una serie de teorías notables, por ejemplo, sobre la reserva del Banco Federal Americano. Ustedes saben que el sistema bancario americano fué absolutamente modificado, y que la actual reserva federal, que es el sistema bancario más sólido que se conoce en el mundo, fué ideado y proyectado por el Presidente Wilson. Además, él prometió en su campaña electoral, y llevó a la realidad en la práctica, modificaciones de las tarifas aduaneras en los Estados Unidos, y llevó adelante una ley, que rige actualmente con algunas modificaciones en Norteamérica, sobre los **trusts.** Wilson fué, en realidad, un hombre que se destacó extraordinariamente sobre la mentalidad de su tiempo. Por esto quizás, porque sus concepciones se proyectaban demasiado hacia el futuro, es por lo que se le llamó un idealista. Pero yo quisiera que siempre hubiera idealistas como Wilson, dispuesto a señalar un futuro mejor, y sobre todo, dispuestos a llevar los ideales a la realidad honestamente, cuando llegasen a gobernantes.

DR. MAÑACH: Yo pudiera añadir algo a la respuesta esa del Dr. Martínez Márquez. Yo era estudiante en los Estados Unidos en esa época, y puedo asegurar que, frente a la corriente de los "politicians", de los políticos "politiqueros", que decimos aquí en Cuba, de más o menos categoría, hubo siempre, había ya en esa época, una corriente de opinión americana, que contemplaba como posibilidades presidenciales, dos o tres figuras muy destacadas en la vida americana, una de ellas era el de Senador Lodge, otro fué Holmes, luego Presidente del Tribunal Supremo, y Wilson. De manera que no fué una improvisación; estaba sonando mucho en la opinión pública.

¿Otra pregunta?

DR. GASPAR BETANCOURT: ¿Cree el Dr. Martínez Márquez entonces que la pregunta que se ha hecho en cuanto a la visión política del eminente Woodrow Wilson no sea más que una cosa humorística? ¿Usted cree que hay un sentido práctico en Wilson en algunos momentos?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: En las conclusiones de mi conferencia no he citado a Wilson precisamente como un estadista extraordinario, sino como un apóstol de la idea de la paz. El fué, ante todo, eso: un idealista, un apóstol. Quizás la Humanidad no está todavía, a pesar del tiempo transcurrido desde que murió Wilson, preparada para los puntos de vista de él, quizás no llegue a estarlo nunca. De todas maneras él tiene que ser considerado como el apóstol de una idea de paz, de la paz por medio del arreglo jurídico, pacífico, de todas las diferencias internacionales.

DR. GASPAR BETANCOURT: Al fin y al cabo eran las ideas de un Profesor, pues. Muchas gracias.

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Profesor de Filosofía y de Derecho.

SR. REYNOSO: ¿No hay un poco de actitud beatífica en Wilson, cuando usted dice que se consagra, con la paciencia de un hermano franciscano, a construir la paz? ¿y no está en contradicción eso con el Wilson que se larga a la guerra por defender los mercados económicos de los Estados Unidos?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Desde luego, ése puede ser un punto de vista. Nadie sabe por que se lanzó Wilson a la guerra. Debemos atenernos, primero que todo, a lo que él dijo, y después a lo que hizo. Lo que dijo fué que se lanzaba a defender el derecho y la libertad. Lo que hizo fué, efectivamente, no aprovecharse de eso. En los 14 puntos que llevó y defendió en Europa, estaba precisamente eso: la libertad de comercio. Así que a mí me parece que no corresponde ni a lo que él dijo ni a lo que él hizo, aunque sí a la realidad posterior, desde luego, lo que dice el que me interroga.

UN OYENTE: Dr. Martínez Márquez: yo quisiera saber cuáles fueron las causas del fracaso de las Naciones Unidas.

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Lo dije casi explícitamente. Desde luego, no me refería a las Naciones Unidas, sino a la Sociedad de Naciones. Pero yo creo que sigue siendo el mismo: la rapacidad y el exceso de nacionalismo de las naciones, de las grandes potencias, es la que hizo fracasar la Sociedad de Naciones y la que es posible que haga fracasar, aunque yo nunca lo desearía, a las Naciones Unidas.

DR. NOEL ENRIQUEZ: Dr. Martínez Márquez, ya que usted hace la biografía rápida de Wilson y expone relieves y contornos personales de este americano, presentándolo como un apóstol de la democracia, que ensangrentó y empobreció a los Estados Unidos a nombre de esa democracia, ¿cómo se concilia esa finosomía de prócer de la democracia con la del Wilson que ordena la ocupación de Nicaragua, de Santo Domingo ocho años?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: La ocupación de Nicaragua y de Santo Domingo, específicamente ordenadas por Wilson, son cosas con las cuales Wilson transigió más bien que dirigió, a pesar de ser Presidente. La persona que me interroga conoce perfectamente cuáles son las realidades dentro de la democracia americana, cómo son las realidades dentro de todas las democracias. No creo que sea este el momento de ventilar cuál es el sistema preferible para que esas realidades no se presenten. Pero yo creo que no hay una sola nación con poder en la historia del mundo, que no haya hecho cosas peores que las que hicieron los Estados Unidos. Por lo tanto, calculo que el pecado de Wilson, que desde luego como cubano me parecería mortal; desde un punto de vista universal es quizás un pecado venial. Siempre he dicho y sostengo que

si la democracia cubana, en lugar de estar a 90 millas de Cayo Hueso, hubiera estado situada cerca de cualquiera de las potencias europeas anteriores o posteriores al momento de la Guerra del 14, Cuba hubiera sido una nación subyugada. Esa es la Historia de la humanidad. Eso que señala el señor que me ha interrogado es un pecado, pero creo que es un pecado venial.

DR. NOEL ENRIQUEZ: De modo que el doctor entiende que un atropello consumado por los Estados Unidos, contra dos naciones libres de América, está santificado por los atropellos hechos por otros Estados...

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Me perdona, yo no he dicho que esté justificado ni santificado. He dicho que es un pecado y es ésta la primera vez que oigo decir que se santifican los pecados.

SR. DAGOBERTO CANTERA: Mi pregunta se basa precisamente sobre las consecuencias de la Guerra del 14. Las ideas de los que intervinieron en ella, directa o indirectamente, ¿no dejaron abonado el sendero para el conflicto bélico que nos atacó hace algunos años, es decir, la Segunda Guerra Mundial?

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Sin duda de ninguna clase. No había más que un freno, que era la Sociedad de las Naciones, y nació muerta ya.

LEONEL SOTO: De las palabras del conferenciante, más o menos se deduce que la Humanidad no está aún preparada para recibir el legado de Wilson, la solución de los problemas internacionales mediante la negociación o mediante los acuerdos de carácter internacional y demás. Yo quisiera saber si el Dr. Martínez Márquez opina que en la época actual es posible resolver los grandes problemas de la guerra y la paz internacionalmente ,mediante el espíritu de negociación o si, por el contrario, va a tener que recurrir a la violencia para llegar a un determinado estado que le permita convivir en paz.

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Yo creo que la humanidad ha ganado sin duda de ninguna clase en virtud de haberse extendido la cultura. A los pueblos cultos, que saben leer y escribir, que tienen nociones de lo que ha ocurrido en el pasado y de lo que pueda ocurrir en el futuro, es muy difícil llevarlos a la guerra. El problema de la cultura es elemental, y creo que las Naciones Unidas, en este momento, están haciendo un esfuerzo extraordinario por llevar la cultura a todos los pueblos. Cuando todos los pueblos puedan entenderse en el idioma de la justicia, en el temor de verdad a la guerra, que a fin de cuentas no conduce absolutamente a nada, habrá llegado a su momento. Pero me temo mucho que todavía no haya llegado.

VI

Carlos Rafael Rodríguez

La Revolución Rusa y sus Derivados

TODAVIA el resplandor de los disparos alumbra la silueta del Palacio de Invierno donde refugia Kerensky su Gobierno Provisional. En el Smolny, antiguo Liceo de señoritas aristocráticas convertido en sede revolucionaria, un hombre vivaz, de modesta apariencia y taladrantes ojos mongólicos, anuncia al mundo: "El Poder del Estado ha pasado a manos del Soviet de Diputados, Obreros y Soldados"... Si el europeo universal que anticipó el alborear de una época nueva en los fogonazos de Valmy, hubiera sido testigo de ese minuto, habría repetido su pronóstico. Porque... aquel siete de noviembre era otro cambio de rumbos en la Historia humana.

Nadie discutirá, en efecto, el significado de esa sacudida histórica. No se trataba sólo de un cambio en los modos de gobernar, de una sustitución radical en el equipo gobernante, o de alteraciones, más o menos profundas, en la arquitectura social de un país. Lo que se produjo el 7 de noviembre de 1917 y registró el comunicado escueto fué una subversión completa en las bases de la sociedad y del Estado, una genuina **revolución** como no había ocurrido otra desde 1789. Advenía al poder político una clase social, el proletariado, que reclamaba la dirección de la historia para implantar un régimen nuevo, en que la burguesía, promotora del otro gran vuelco, era despojada del mando, se abolía todo derecho a la propiedad sobre los medios productivos borrando de

un solo golpe la tesis filosófica que desde Locke pretendía otorgarle validez eterna y llegaba a realidad el anuncio que sonó a divagar utópico cuando dos alemanes exilados lo formularan sesenta y nueve años antes en su Manifiesto Comunista: la "expropiación de los expropiadores".

Que la teoría socialista iba a ponerse a prueba, precisamente, en la Rusia de los Zares, no pudieron preverlo Marx y Engels, a pesar de que confiaron siempre en el ímpetu revolucionario de los rusos. La revolución les parecía más próxima allí donde el desarrollo económico capitalista engendraba, como contrapartida, una clase obrera numerosa y donde ese proletariado había tenido la posibilidad de nutrirse, durante mucho tiempo, con las más avanzadas doctrinas revolucionarias. Por ello en el propio **Manifiesto** señalaban a Alemania como el terreno propicio para implantar primero el socialismo.

La Historia tiene, sin embargo, caminos en apariencia imprevistos. Por un concurso de circunstancias que exigirían muy largo examen, en noviembre de 1917 se daban en Rusia las condiciones para que la clase obrera asumiera el control político. Correspondió a Lenin, en la compañía de Stalin, advertir con genio político aquel complejo de posibilidades que la socialdemocracia occidental —castrada por el reformismo— no quería ver. El imperialismo, fenómeno económico posterior a Marx y Engels, sólo entrevisto por el último, había hecho del capitalismo un sistema universal. Lenin y sus compañeros bolcheviques comprendieron que no era ya indispensable, ni siquiera hacedero, quebrar el sistema allí donde se acumulaba el mayor desarrollo industrial sino donde se producía "el eslabón más débil de la cadena". En los finales de 1917 era Rusia ese eslabón frágil. A determinarlo coincidían varios factores decisivos. Examinémoslos.

La guerra, realizada por el zarismo en condiciones desastrosas para el pueblo ruso, había producido el resquebrajamiento social más profundo conduciendo a la caía del Zar. Sólo el Partido de los bolcheviques ofreció la Paz y recogió, así, el ansia de los millares de campesinos movilizados, que, votaban contra la guerra "con sus pies", según decía sagazmente Lenin, desertando en masa de los ejércitos rusos.

Esa misma guerra, al mantener frente a frente a los dos grupos más importantes de las potencias europeas, les impidió intervenir a tiempo contra la Revolución Rusa, dándole oportunidad de consolidar y organizar sus fuerzas.

Aunque Rusia no era un país industrial, sino un inmenso feudo agrario, se había producido en aquel país una concentración industrial superior a veces a la de los países europeos más avanzados y que daba singular preeminencia a la clase obrera en las grandes ciudades.

Por otra parte, a diferencia de la burguesía inglesa, francesa o alemana, —viejas formaciones sociales equipadas para hacer frente a la rebelión obrera—, la burguesía rusa, era relativamente débil, estaba mal organizada y carecía de experiencia política.

Esa burguesía —y aquí encontraremos el quinto factor— no podía recoger las exigencias de la inmensa masa de campesinos, base del ejército ruso, que aspiraban a un reparto total de las tierras. De este modo se dejó a los bolcheviques el aliado necesario. Lenin y sus compañeros siguieron el consejo de Marx y apoyaron la revolución obrera en una insurrección campesina.

Por último, en Rusia se había desarrollado un partido obrero de nuevo tipo, que se desentendió de los arrequives puramente reformistas de las organizaciones socialdemócratas europeas, se dió una forma, a la vez firme y flexible, sustentada en disciplina de acero y recuperó el espíritu revolucionario del marxismo, adoctrinando a la clase obrera rusa en la idea del inevitable derrocamiento del zarismo y la burguesía, para dar paso a la sociedad socialista.

Tales concausas dieron origen a la Revolución Rusa. El fallido "asalto al cielo", como llamara Carlos Marx al trágico intento de la Comuna adquiría realidad en el más atrasado de los grandes países de Europa.

Cuando ese régimen soviético logró vencer el asedio de catorce ejércitos extranjeros dirigidos por la estrategia de Winston Churchill, muchos comprendieron que el socialismo no iba a tener la vida efímera que sus adversarios le asignaban. Las hazañas de Moscú y Stalingrado, la derrota del nazismo, la solidez moral y social que mostrara la URSS en los días azarosos de la II Guerra,

confirman que la Revolución Rusa, realizando a paso de carga las transformaciones profetizadas por Marx y Engels, ha dejado de ser un "experimento", como los comentaristas preferían designarla, para convertirse en un sistema social estable que disputa al capitalismo el futuro del mundo.

No entra en los límites de esta lección desentrañar los caracteres del nuevo sistema social. Pero vale la pena consignar, en tránsito, que no se trata, como la pasión adversaria le atribuye, de una apoteosis del Estado a expensas del individuo, sino del esfuerzo, en vía ascendente, por crear las condiciones de seguridad y bienestar colectivos que permitan al individuo realizarse por entero. Ha sido precisamente Stalin quien afirmara: "El capital más precioso es el hombre". La **dictadura del proletariado** expresión técnica que nada tiene que ver con la orgía de terror que en muchos evoca por efecto de la propaganda, es el instrumento gubernativo de la clase obrera en el poder después de haber destruído el viejo aparato estatal de la burguesía y el zarismo. La revolución soviética ha elevado a la clase obrera rusa, tal vez la más preterida de la Europa prerrevolucionaria, y al campesino, el viejo **muzhik** de los relatos tolstoyanos, a niveles sociales, de cultura y morales que ningún otro ciudadano común tiene hoy en parte alguna de la tierra. Las llamadas "grandes obras del período comunista" que harán fértiles regiones hasta ahora desérticas, cambiarán el cauce de los ríos y unirán a la URSS con vías fluviales, no serían posibles en otro país. En cuanto a las realizaciones de la cultura, basta decir que hay ahora en la URSS un millón doscientos mil estudiantes universitarios y que el mayor orgullo de los moscovitas en este momento es el de mostrar la Universidad que construyen en la capital soviética y que será, según ellos, la más hermosa y mayor de la historia.

En definitiva la Revolución Rusa se ha transformado en un régimen socialista perdurable. Pero es más que eso. Para millones de hombres constituye el foco del sistema social destinado a substituir al capitalismo en breve plazo. De ahí que no sea posible hablar de esa Revolución como de un circuíto cerrado y que el título de esta lección aludiera, inevitablemente, a sus derivaciones.

La Revolución del 7 de noviembre de 1917, en efecto, no es rusa más que geográficamente. Todos los intentos de atribuirle un origen místico oriental, de encontrar en Dostoyevsky y sus personajes alucinados el antecedente de la rebeldía que la produjo, son literatura ociosa, digresiones a costa de la realidad histórica. El marxismo es una doctrina de raíz tan europea, tan occidental como el capitalismo que la engendró. Lenin ha señalado sus tres fuentes: el socialismo francés, la filosofía alemana y la economía política inglesa.

De aquí que siendo mundiales los términos del dilema capitalismo-socialismo, universales hayan sido también las repercusiones del 7 de noviembre.

Muchas veces se ha querido contraer erróneamente esa influencia exterior de la Revolución Rusa a lo que constituye su aspecto más específico y menos directo: la creación y actividad de la Internacional Comunista. Cierto que el triunfo de los bolcheviques facilitó el surgimiento de la nueva internacional, cuya necesidad —por otra parte— había predicho Engels cuarenta años antes. Cierto también que la Internacional Comunista tuvo, en sus días, un papel político inocultable. Pero ese organismo fué una **consecuencia** del crecimiento impetuoso de las luchas anticapitalistas, aunque actuara después para activarlas y orientarlas. Y es allí, en la gran batalla social de la clase obrera y de los pueblos colonizados, donde encontraremos las repercusiones más importantes de la Revolución Rusa. La obligada brevedad de esta lección nos fuerza a enumerarlas tan sólo.

1.—Por vez primera se puso a prueba, la validez del capitalismo en contraste con un régimen socialista. El capitalismo, que desde sus inicios había debido vencer periódicamente las crisis económicas, entraba en una crisis política general que sustraía de su órbita a la sexta parte del mundo y ciento sesenta millones de habitantes. A partir del 7 de noviembre surgió por todas partes la idea de una inevitable "reforma" del capitalismo que ha impulsado el "New Deal", las teorías de Lord Keynes y los planes de "seguridad social' tipo Beveridge. Otro de los signos ostensibles de esa crisis ha sido que la burguesía se sintiera incapaz de man-

tener los viejos medios de dominación y la democracia parlamentaria empezara a ser reemplazada por el fascismo.

2.—La Revolución Rusa vino a darles a las masas proletarias confianza en sus propias fuerza y fe en la posibilidad del socialismo. Hasta entonces, Menenio Agripa y sus seguidores parecían tener razón. Los sin fortuna, los humildes, lucían predestinados a obedecer. El 7 de noviembre comenzó a alterarse esa vieja creencia. Para decirlo con palabras de uno de sus promotores, la Revolución Rusa "ha demostrado claramente que el proletariado **puede** gobernar con éxito un país **sin** burguesía y **en contra** de la burguesía, **puede** construir con éxito la industria **sin burguesía** y en contra de la burguesía, **puede** dirigir con éxito toda la **economía** nacional **sin** burguesía y **en contra** de la burguesía, puede construir con éxito el socialismo a pesar del cerco capitalista". En Cuba tenemos testimonio de ese efecto vigorizante del triunfo soviético en el ánimo proletario, pues aunque la doctrina socialista había surgido en medio de los afanes mismos de la independencia, con Tejera, Roig y Baliño, sólo después del 7 de noviembre cristalizará entre nosotros una organización comunista.

Las consecuencias que esto ha tenido en el orden mundial son más profundas y desembocaron, después de la II Guerra, en la formación de las Democracias Populares europeas, regímenes de tránsito hacia el socialismo y en el fortalecimiento innegable de los Partidos Comunistas que son los mayores partidos políticos en países tan decisivos como Francia e Italia.

3.—La Revolución de Octubre dió a los países sometidos a coloniaje o semicoloniaje una perspectiva de liberación.

No se trata —como a veces se sostiene— de que el comunismo haya avivado artificialmente una querella entre las metrópolis y sus súbditos. Esa pelea tenía casi un siglo de vigencia. Pero al establecer con los países asiáticos del viejo imperio ruso, un nuevo tipo de relaciones basado en el reconocimiento de su igualdad política y su soberanía, y al mostrar que las potencias imperialistas podían ser derrotadas por un pueblo reputado como inferior, la Unión Soviética abrió horizontes de esperanzas, que pusieron en marcha a millones de hombres. La Revolución China es la más

importante consecuencia histórica en ese aspecto. Los sucesos actuales de Irán y Egipto, Indonesia y Malaya, el que la doctrina antimperialista se esparciera por América Latina, la incitación del sentimiento nacional en todas partes, tienen su punto de apoyo en el hecho soviético.

4.—La Revolución Rusa empezó a decidir la batalla ideológica en el seno de la clase obrera a favor de las fuerzas más dinámicas y revolucionarias cuyo centro impulsor pasó a ser el Partido de los bolcheviques rusos. La bancarrota de los socialistas de derecha es ahora evidente.

Tales son, en esquema premioso, algunas de las más importantes derivaciones de la Revolución Rusa en lo político y social. Pero un hecho histórico de tanta hondura no podía reducir sus consecuencias a ese plano. El 7 de noviembre y su desarrollo ulterior, han influído en los modos de pensamiento y de conducta universales de los últimos treinta y cuatro años. El profesor inglés Carr ha podido hablar del "impacto soviético en el mundo occidental". Ese impacto se refleja en la ciencia y el filosofar, al traer al materialismo-dialéctico —que tantos pensadores apresurados mandaron a retirar prematuramente— a un primer plano ideológico; se advierte en las corrientes sociales de buena parte de la estética contemporánea, es ostensible en la economía política y penetra hasta en las nociones de urbanismo. Podría afirmarse que a partir del 7 de noviembre y en particular después de la II Guerra Mundial, el mundo contemporáneo gira en una órbita cuyo centro reside en el fenómeno soviético y que se piensa y actúa condicionado por su existencia, a favor o en contra de la nueva sociedad que insurge; pero sin que nadie se atreva a pasarla por alto.

De ahí que comenzáramos esta lección empalmando la madrugada del Smolny con los fuegos en los vivacs de Valmy. Ambos son deslindes entre épocas.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Inicia las preguntas el Dr. Guillermo Martínez Márquez, en justa correspondencia a la curiosidad de su compañero de mesa.

DR. MARTINEZ MARQUEZ: Compañero Carlos Rafael Rodríguez: ante todo, que no soy lo que podría llamarse un especialista en el estudío de la Revolución Rusa. Reconozco, además, que él, Carlos Rafael Rodríguez, es uno de los cubanos que más conoce y más ha demostrado que conoce no ya el movimiento de los hechos, sino la filosofía que llevan estos hechos. Sin embargo, observo que en su conferencia, en la parte que se refiere a los hechos de la Revolución Rusa, señala solamente a dos figuras: a Lenin y a Stalin. Me parece de verdad injusto no mencionar al Napoleón de la Revolución Rusa: a León Trotsky. Quisiera que me explicará si es posible, y ya veo que de hecho si ha sido posible, pero si hay justicia en omitir el nombre de Trotsky, de una brevísima reseña de hechos de la Revolución Rusa.

DR. RODRIGUEZ: Yo hubiera tenido necesidad de extender excesivamente mi conferencia, si me decidiera a mencionar a las personalidades que influyeron positiva o negativamente en la Revolución Rusa. La influencia de Trotsky en la Revolución Rusa es, como se ha demostrado por la historia, una influencia negativa.

DR. MAÑACH: Me permite interrumpirle, Dr. Carlos Rafael Rodríguez, para hacerle un ruego al público. En la Universidad del Aire lo único que nos interesa es la verdad. No nos interesan los apasionamientos en un sentido o en otro. De manera que vamos a conservar nuestra serenidad, a tratar de esclarecer las cosas respetando el punto de vista de cada cual.

DR. RODRIGUEZ: En primer término, el factor más decisivo en la Revolución Rusa fué el Partido Bolchevique. El Partido Bolchevique nació en el año 1903, en el Congreso de Londres, y en 1903, cuando surgió bajo la dirección de Lenin el Partido Bolchevique, Trotsky figuraba en el grupo de los Mencheviques. Trotsky ingresó en el Partido Bolchevique en el año 1917, después de la Revolución de Febrero y en vísperas de la Revolución. Por consiguiente, los 14 años que sirvieron para modelar, bajo la dirección en el exilio de Lenin y dentro de la Rusia Zarista, bajo la dirección de Stalin, de Molotov y otros, el Partido Bolchevique, no tiene ese Partido la menor huella de la impronta de León Trotsky, como no sea como uno de los adversarios que en el año 1912 figuraba ya en el bloque de Agosto, bloque anti-bolchevique, anti-revolucionario, execrado por Lenin. En el año 1917, Trotsky ocupó un cargo que le ha valido, sobre todo a través de la propaganda que él mismo se hace a través de su historia en la revolución Rusa, el título de Napoleón soviético; pero la Historia no puede escribirse simplemente con frases, sino con los hechos, y la Historia demuestra que si a la cabeza de los ejércitos rusos no hubieran intervenido decisivamente, después de los fracasos de Trotsky, algunas de las figuras más notables del Partido Bolchevique, empezando por Stalin, la Revolución Rusa habría perdido militarmente la guerra. Desde el punto de vista ideológico, por consiguiente, y desde el punto de vista práctico, la influencia de Trotsky en la Revolución

Rusa es puramente negativa. Hay toda una cantidad de datos, que lo prueban; yo no quiero hacer una nueva conferencia sobre este problema, pero podríamos abundar.

SR. AMADEO PACIFICO: Ya que el doctor ha dicho que el Estado soviético es un nuevo orden, ¿cuál es la explicación que nos dá de los Campos de Concentración, la negación de la libertad a todos los hombres que tengan ideales, sean socialistas, anarquistas, sindicalistas...? ¿Puede decirnos el doctor, si la masonería puede existir en Rusia? ¿Puede decirnos el Dr. Rodríguez si hay libertad de expresión en Rusia y si podemos los extranjeros entrar en Rusia para averiguar cómo se vive, y si dejan salir a los rusos hacia el extranjero, o sea, hacia el Occidente? ¿Puede decirme también, por último, Dr. Rodríguez, si el Imperialismo ruso, que tanto ataca al Imperialismo capitalista inglés, es inferior al imperialismo americano o es superior tanto en lo político como en lo económico, ya que quiere dominar el mundo por su ideología; y quiere decirme por último, si no es verdad que los Partidos Comunistas de todos los países son la Quinta Columna para destruir el sistema de libertad, de democracia y de justicia, e imponernos la dictadura que llaman del proletariado, y no es nada de proletariado, sino que es un Partido mal llamado Comunista? Nada más.

DR. RODRIGUEZ: Cuando yo escribí el tema que me confió el Dr. Mañach, procuré, tratándose de la Historia, seguir el consejo del célebre filósofo alemán, y escribirla **sine ira et studio**; pero dado el ruego que me había hecho el Dr. Mañach, en cierta forma innecesario, creí necesario poner un poco más de estudio, es decir, un poco más de objetividad que de ira. Sin embargo, como hay ciertos señores que vienen a utilizar la Universidad del Aire para hacer propaganda y atacar las ideas de los disertantes, yo me veo obligado a poner ahora un poco más de ira que de estudio. En primer término, si el Sr. Pacífico, desea averiguar si los cubanos pueden entrar en la Unión Soviética, le ruego que extienda esa pregunta al Sr. Ismael Rosell y a su compañero el Sr. González, dirigentes de la fábrica Trinidad y Hno., concejales ambos del Partido Ortodoxo, y a otro grupo de obreros de distintos partidos políticos, que visitó recientemente la Unión Soviética, a pesar de haberse mostrado muchas veces, y seguirse mostrando todavía, adversarios del Comunismo en la vida política de nuestro país, y verá entonces el Sr. Pacífico, que se puede entrar en la Unión Soviética y se puede tener una visión objetiva y además se sale con bastante buena salud y muy bien tratado. En segundo término, vamos a entrar en el problema de hondura. El Sr. Pacífico habla de libertad y me pregunta si hay libertad en la Unión Soviética y alude a los Campos de Concentración de Trabajo. En eso el Sr. Pacífico se hace eco de un tema muy grato a los imperialistas de Washington; pero creo que la Historia de las Naciones Unidas recoge, además de las declaraciones del Sr. Austin, un documento muy serio de la Federación Sindical Mundial, en que hace una

denuncia y una exposición de la situación de la clase obrera en los distintos países, y habla de los campos de trabajo en todas partes y examina la situación de Rusia. Los llamados Campos de Concentración, según el estudio hecho por el Profesor sociólogo norteamericano cuya obra tradujo para la Universidad de La Habana el Profesor Agramonte, no son tales Campos de Concentración, son Campos de Trabajo para delincuentes, que, a diferencia de los delincuentes de aquí, que salen de la Cárcel a la fuerza para ser Representantes a la Cámara, tiene el Régimen Soviético buen cuidado de regenerar a través de un sistema que figura en sus Códigos sociales, y que ha sido muy alabado por juristas de todas las ideologías y de todas las denominaciones. De modo que las cárceles soviéticas no son campos de Concentración, sino Campos de Trabajo para regeneración. Un país, como la Unión Soviética, de tantos millones de habitantes, forzosamente tiene que tener cárceles un poco mayores que la de Isla de Pinos, porque es un país que está en proceso de construcción y de reconstrucción. Un examen metódico y seguro de los Códigos Soviéticos, demostrará, a toda persona no apasionada, no instrumento de propagandas adversarias a la Unión Soviética, la realidad de esto que han reconocido juristas muy serios y muy competentes. En tercer término, ¿a qué se refiere el Sr. Pacífico cuando habla de libertad o falta de libertad en la Unión Soviética? ¿Libertad para quién y para qué? ¿Libertad de qué clase y para qué clase? ¿Libertad contra qué y contra quiénes? Esa es la pregunta que nosotros tenemos que formular. ¿Hay libertad en este momento en los Estados Unidos para los que quieren la paz? Para que no. El Profesor .... uno de los más eminentes ciudadanos negros de Norteamérica, profesor universitario, ha estado sometido a un proceso de largos meses, sólo por defender la paz, a pesar de que todo el mundo sabe que no tiene una militancia comunista. Pongo el caso del Profesor antes citado, porque es el más eminente; pero hay miles de norteamericanos que hoy en día están en la cárcel por defender la causa de la paz.

En la Unión Soviética esto no podría producirse de ninguna manera. Los defensores de la paz son allí ciudadanos estimados y respetados. La libertad de la Unión Soviética no es libertad para la explotación, no es libertad para que un grupo o minoría económicamente poderosa imponga su voluntad a la mayoría depauperada. Es la libertad de millones de hombres y mujeres a los cuales hemos tenido muchos cubanos la oportunidad de ver felices y gozosos para desarrollar a plenitud sus capacidades individuales. En sus palabras, el Sr. Pacífico dejó entrever que el sistema socialista, el nuevo orden que él decía, es un orden que aplasta a los individuos, que liquida la personalidad humana. Si recordamos las prédicas de las grandes figuras del socialismo, veremos que en el año 1848 fué el Manifiesto Comunista el primer documento político que habló de la necesidad de preservar la dignidad de la persona humana, emparentándose en eso con José Martí, que quería que la dig-

nidad plena del hombre fuera la base primera de nuestra República. El desarrollo de las potencialidades del individuo para el socialismo está condicionado al desarrollo de su personalidad económica, como productor, como libre productor, y eso la ha garantizado a través de su sistema, la Unión Soviética. Hay una plena libertad allí de expresión para los obreros, a través de sus sindicatos, a través de sus organismos de clase. Es curioso por ejemplo, que cuando se habla de la falta de libertad de expresión en la Unión Soviética, el Padre Rubinos haya podido, sin embargo, escribir durante 15 ó 20 días en el **Diario de la Marina**, hace 5 años, una cosa que él consideraba que era una diatriba contra el régimen socialista soviético, simplemente a base de las quejas dadas por los trabajadores al periódico "Pravda" y que el periódico "Pravda" publicaba rigurosamente en sus páginas. De modo que si estas cosas que el señor Padre Rubinos creía que eran la negación absoluta de las ventajas del régimen soviético figuran libremente en las páginas de la prensa más importante de la Unión Soviética, podemos darnos cuenta de hasta qué punto interviene el pueblo en las deliberaciones políticas y en la vida total de la Unión.

Yo estoy dispuesto a continuar esta discusión **ad eternum**, pero siempre que nos mantengamos en una base de respeto mutuo. El Sr. Pacífico aprovechó la oportunidad para hablar del Partido Comunista, del Partido Socialista Popular, que yo represento, como una Quinta Columna, y yo no quise responderle que él era un agente de la Embajada Americana, porque me parece que no corresponde al tono de la discusión que nosotros debemos tener en esta Universidad del Aire. Vamos a discutir, pero sin epítetos y sin insultos. Yo estoy dispuesto a discutir aquí hasta que sea necesario.

DR. MAÑACH: Sobre todo sin injurias personales ni colectivas de ninguna clase. Otra pregunta.

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Doctor, usted nos ha dicho que el caso de la Revolución Rusa ha dejado de ser un experimento y que ya es un sistema estabilizado. De acuerdo con esto, yo quisiera saber si cierto absolutismo que elimina a los disidentes, el desprecio a la vida y el trabajo forzado están implícitos en la Teoría Marxista o son una adición.

DR. RODRIGUEZ: En primer término, yo no he reconocido, porque no existe, el famoso desprecio a la vida y los campos de trabajo forzado. He aclarado que lo que se considera, por algunos, Campos de Trabajo forzado, son simplemente cárceles donde el trabajo es el medio de regeneración del delincuente. Esta es una teoría que existe en la Política Criminal de nuestros días, de modo que no es nada que hayan inventados los soviéticos. En segundo lugar, la idea de la violencia como una fase necesaria para el establecimiento del poder político es una idea que está sostenida desde el Manifiesto Comunista, y antes por Marx y Engels, puesto que el marxismo parte de la conclusión de que todo Estado es una dictadura, dictadura no en el sentido vulgar de la

palabra, sino en el sentido científico, es decir, un poder que en definitiva se apoya en la violencia. Partiendo de ese criterio científico, los marxistas estimamos que, por ejemplo, Cuba, que es un Estado donde hay ciertas normas al parecer democráticas, es una dictadura de la burguesía y de los terratenientes, es decir, el poder en que la burguesía y los terratenientes tienen en sus manos la decisión suprema. En ese sentido, Marx, Engels y después sus seguidores, creyeron que no podría advenir el socialismo si el proletariado no tomaba el poder político, destruía el poder político anterior, es decir, el Estado burgués, y construía el poder político para sustituirlo, el Estado proletario, con cierta base de la violencia. Pero la violencia no es toda la característica de la dictadura del proletariado. Como decía Lenin, la dictadura del proletariado tiene una fase de violencia y tiene, además, una fase constructiva. En el año de 1939, en el décimo octavo Congreso del Partido Bolchevique, hablando de estas cosas, Stalin decía que ya para el régimen soviético la hora de la violencia interior, es decir, la hora de destruir las clases sociales hostiles al sistema socialista, había pasado, y que los instrumentos represivos del Estado soviético debían ceder el paso a un Ejército lo suficientemente fuerte para hacer frente a la violencia exterior, que era entonces la única que amenazaba al sistema soviético, y que el sistema soviético debía empezar a desarrollar a plenitud sus características no violentas, es decir, sus características constructivas. De modo que creo en esa forma haber explicado la pregunta.

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, ocurre una cosa muy interesante en cuanto a los lugares donde se producen las revoluciones que tienen más repercusión, por ejemplo, la revolución soviética y también el Partido Aprista nacido en el Perú; que en pueblos relativamente atrasados, como lo son Rusia y el Perú, se producen esos movimientos que requieren más madurez en el ánimo de los que integran esa población, y entonces resulta que, por lo general, no se encuentra favorecido el terreno para producir un cambio total del sistema que ya tenían establecido, y estando, por ejemplo, Rusia durante cientos de años, esclavizada bajo el Zarismo, se ha hecho imposible darle la libertad al pueblo ruso, como no podemos darle libertad a un pájaro que está acostumbrado a estar siempre en una jaula, y desde luego, se le saca fuera y se muere. Luego, yo creo indudablemente en los buenos sentimientos de los líderes y de las clases intelectuales que han promovido el desarrollo de la Revolución Rusa; pero también creo que no es toda la culpa, a pesar de que no simpatizo con el comunismo, no es toda la culpa de los dirigentes del Kremlin, sino también de la falta de madurez que tiene el pueblo para resistir ese empuje ideológico. ¿Qué opina usted de eso?

DR. RODRIGUEZ: Es una opinión. Desde luego, yo expliqué las razones históricas que produjeron que en un país, el más atrasado de las grandes potencias de Europa, se diera la Revolución soviética. Evidentemente, ya quisiéramos nosotros tener una parte de las libertades que

tiene el pueblo soviético, de modo que en eso no comparto la opinión del Sr. Franchi Alfaro; pero sin duda el hecho de que en ese país, como decía Lenin en el año 1918, tenía en ese instante 5 regímenes sociales distintos, desde, prácticamente casi el comunismo primitivo, en algunos aspectos, el feudalismo, el capitalismo de Estado, hasta el socialismo, era mucho más difícil construir la Revolución que en un país como Alemania, al cual habían seleccionado Marx y Engels como el terreno más propicio para el desarrollo de sus teorías filosóficas y políticas. No es lo mismo un capitalismo plenamente desarrollado, donde ya se pueden tomar los controles de la sociedad y empezar a dar desde el primer momento un alto nivel de vida, que realizar la enorme transformación que en lo agrario y en lo social ha tenido que hacer la Unión Soviética, como paso previo para construir la sociedad socialista.

Yo le doy toda la razón al Sr. Franchi Alfaro.

SR. BRETAU: Dr. Carlos Rafael Rodríguez, a reserva de que me supongan representante de alguna Embajada, voy a hacerle 2 preguntas: 1ª) Si existe tanta libertad en Rusia para los trabajadores y los funcionarios del Estado, inclusive para el Ejército, ¿cómo se explica que se prohibe en lo absoluto, se trata de suprimir absolutamente, el contacto de ese pueblo y todos sus funcionarios con los pueblos occidentales? ¿por qué motivo ha habido deserciones de aviadores y soldados en los pueblos que están, perdone esta irreverencia, detrás de la Cortina de Hierro, y deserciones también de funcionarios de Embajadas soviéticas, que ellos más que nadie deben estar perfectamente percatados de las bellezas del régimen. 2ª)...

DR. MAÑACH: ¿No le parece, Sr. Bretau, que ya con una por lo pronto basta y después...

SR. BRETAU: Se complementa una con la otra.

DR. MAÑACH: Es que cien ráfagas de ametralladora son demasiado...

SR. BRETAU: No, no, porque se complementan. 2ª) Habló el disertante de la moral de la URSS en la Segunda Guerra Mundial en pro de las democracias. ¿El acto más significativo de esa moral de la URSS en pro de las democracias fué el Pacto Molotov-Ribbentrop?

DR. RODRIGUEZ: Vamos a empezar por la segunda para poder entonces explicar la primera, pero no veo yo las conexiones que pueda haber entre una y otra. En el año 1939, la Unión Soviética, por la boca del que entonces era Ministro de Relaciones Exteriores: Molotov, se dirigió a Inglaterra y a Francia proponiéndoles la concertación de un pacto de mutua ayuda que garantizara al estado polaco y que permitiera hacer eficaz el Pacto en defensa de Checoslovaquia, en ese momento, ambas amenazadas por el nazismo. El Sr. Chamberlain, que entonces era Primer Ministro de Inglaterra, y el Sr. Daladier, que lo era de Francia, no tuvieron empacho en marchar a Munich a capitular allí, en nombre de las llamadas democracias occidentales, después de haber traicionado pri-

mero a la España popular, y a entregarse al nazismo, y Francia le hizo saber a la Unión Soviética, con quien tenía hecho un pacto mutuo, que dejaba de cumplir el pacto de amistad y ayuda mutua y de apoyo a Checoslovaquia, porque las circunstancias se lo imponían. Y a la propuesta de que se hiciera un acuerdo tripartito para garantizar a Polonia se envió, como todo el mundo sabe, a un funcionario de tercera categoría del Ministerio del Exterior británico, el Sr. William Strand, para que conferenciara con el Primer Ministro y con el Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS. Una conducta tan intolerable y tan a las claras deseosa del rompimiento de relaciones prácticas con la Unión Soviética, determinó, no el Pacto Molotov-Ribbentrop, sino el pacto de no-agresión entre la Unión Soviética y la Alemania. De modo que el llamado pacto, la raíz del pacto de no-agresión, está en la política de apaciguamiento de Chamberlain y de Daladier, que impusieron a la Unión Soviética, en defensa propia, concertar el pacto que no querían, el pacto que no proponían, sino el pacto que estaba tratando de rehusar. Vamos hacia atrás en vía de regreso. Sobre la falta de contacto de la Unión Soviética, de los ciudadanos de la Unión Soviética, con los ciudadanos occidentales. Actualmente se están celebrando toda una serie de conferencias internacionales. La Unión Soviética ha enviado amplias delegaciones a esas conferencias internacionales, sólo que casi ninguna de ellas ha podido celebrarse por prohibición de los gobiernos de las llamadas democracias occidentales en territorios de estas democracias. Por ejemplo, la delegación soviética había preparado una delegación de más de 200 miembros para ir a Londres al Congreso Mundial de la Paz, y el Congreso fué prohibido, y tuvieron que reunirse en Varsovia. Pero por otra parte, están yendo constantemente a la Unión Soviética cientos de miles de personas de todos los países de Europa en plan de visita y de intercambio cultural. Ahora, qué sucede, este es un mundo, Sr. Bretau, en guerra, y no es un mundo en guerra porque la Unión Soviética lo quiera, es un mundo en guerra porque un complejo de circunstancias, entre ellas la política cada vez más agresiva seguida por el Sr. Truman y sus colaboradores, lo impone. En un mundo en guerra, todos los países empiezan a tomar sus garantías previas. La Unión Soviética ha vivido en un cerco capitalista implacable desde el año 1917 hasta nuestros días. En el año 1918, se lanzó una acometida de catorce ejércitos contra el naciente estado socialista. De ahí en adelante, el influjo de espías y de elementos contra-revolucionarios enviados desde el exterior hacia la Unión Soviética fué tan considerable, que dió origen a los famosos procesos de Moscú del año 1935. Yo no culpo, sino que aplaudo a la Unión Soviética, lo mismo que a la Francia revolucionaria de su tiempo, si impide que a su territorio lleguen agentes contra-revolucionarios bajo la dirección de los sistemas de servicio del espionaje del exterior. Por otro lado, con relación a la alusión que usted ha hecho a la Cortina de Hierro, depende de dónde consideremos el aspecto y cómo lo entendamos.

Yo creo que, por ejemplo, los 1,500 delegados extranjeros, sacerdotes católicos, sindicalistas, incluso anarquistas franceses y gentes de distinta ideología de Italia que estuvieron en Varsovia, no tienen por qué hablar de la Cortina de Hierro, porque transitaron de un territorio a otro sin ninguna dificultad. Un mes antes, yo traté de entrar en los Estados Unidos y me tuvieron cuatro días en Ellis Island. De modo que todo depende del lugar donde uno se sitúe para ver dónde está la Cortina de Hierro.

En un mundo en guerra, como éste, evidentemente no es posible evadir las consecuencias de esa guerra. La guerra contra la Unión Soviética tiene todo tipo de manifestaciones. La Unión Soviética es un mundo en construcción; a veces, algunos de los observadores y de los críticos se ha quejado de que algunos de los dirigentes soviéticos fueran eliminados de la vida política de la U.R.S.S. en los procesos del año 1935. Pero las lecciones de la Historia son en esto muy ilustrativas. Si nosotros echamos la mirada un poco atrás y observamos la Revolución Francesa, de 1789 a 1793, vemos las luchas intestinas en el seno del campo revolucionario, que dieron origen a aquella frase, un poco demodé, un poco décimo-nona, de que la Revolución devoraba a sus propios hijos. La Unión Soviética no ha podido sustraerse a todo tipo de lucha del imperialismo extranjero agresor contra su país. La conquista de ciudadanos soviéticos a través de ese sistema es una cosa que efectivamente existe. La Unión Soviética no le puede ofrecer a todos los cracchingos (?) que hay en la Unión Soviética la oportunidad de ganarse 200 ó 300 mil dólares. El sistema moral que tiene la Unión Soviética ha sido lo suficientemente sólido para que ,de miles de funcionarios, se hayan conocido solo dos, tres o cuatro casos, como el de Krachenko, que cedieron a la sugestión del imperialismo norteamericano y de la red de espionaje de cientos de miles de dólares, Krachenko se ha hecho casi millonario vendiendo malos libros en el extranjero, colocados por el aparato de propaganda antí-soviético... Yo creo que los casos son, en realidad, mínimos. Si comparamos la estabilidad moral de la Unión Soviética con la Francia revolucionaria de 1789, veremos que hay una enorme diferencia entre uno y otro sistema, a pesar de que la Revolución Francesa fué un hermoso ejemplo histórico.

MENCHERO: Dr. Carlos Rafael Rodríguez, usted nos habló de dos partes en la Revolución, una fase en que hay violencia y otra que está justificando la violencia en la fase constructiva. Bien, apoyándome en eso, ¿usted cree que se puede llamar construcción al ahogo, a la destrucción del espíritu de libertad, al ansia de personalidad del ente humano, al ansia de tener algo? Vamos a hablar un poco más claro; la destrucción de la libertad, a la destrucción del sentido de la individualidad? En Rusia, en la actualidad, creo que hay un movimiento en Ukrania ¿no? Ha habido exterminio de campesinos en Ukrania, hay

brotes de rebelión, a cada rato, que los sofoca el ejército; bien, ahora me voy a ajustar a una manifestación que hizo un conferencista en la Universidad al terminar su conferencia, el Dr. Juan Luis Martín, advirtiendo que comunistas eran bien los fanáticos, los idiotas y le adapto una frase más: los "vivos", que se aprovechan del proletariado para explotarlo, se aprovechan de la discriminación racial...

DR MAÑACH: Bueno, esa de "vivos" es una calificación polémica que no tiene ningún sentido...

DR. RODRIGUEZ: Eso no es una pregunta, es una insolencia.

SR. MENCHERO: Siento mucho haber dado cauce a este apasionamiento mío, pero debido a una ofensa que se infirió a un señor aquí al lado, o sea, del público, creí mi deber hacer esa aclaración.

DR. MAÑACH: Con calificativos no se llega a nada, así es que vamos a hacer preguntas de sentido objetivos.

SR. REYNOSO: Una pregunta sobre la conferencia. Me llama la atención que el Dr. Carlos Rafael Rodríguez diga que en un país atrasado, en contradicción con lo que expresaba Marx, haya podido ser realizada la Revolución social. ¿No cree el Dr. Rodríguez que en un país donde los obreros tengan un standard de vida superior y una cultura amplia, es imposible que en esa clase obrera haya dictadura?

DR. RODRIGUEZ: En primer lugar, yo creo que el Sr. Reynoso confunde un poco los términos, porque, tal y como he venido sosteniendo, no se trata de una dictadura sobre el proletariado, sino de una dictadura que ejerce el proletariado sobre la burguesía y los remanentes de los demás regímenes sociales, para destruir su aparato de dominación. Sr. Reynoso, en el año 1906 ó 7, cuando Stalin ingresó en el movimiento revolucionario, ingresó como estudiante, y desde entonces hasta el año 1917, Stalin fué un revolucionario que dedicó su vida íntegra a la Revolución. Por consiguiente, pasó la mayor parte del tiempo, o bien en Siberia, donde estuvo deportado siete veces, o bien en la cárcel, o bien en el trabajo revolucionario. De modo que el gran mérito de Stalin consiste en no haber ido a las fábricas como un obrero más, sino en dedicar toda su existencia a la causa de la clase obrera, pasando incomodidades. Pero el Sr. Reynoso sabe bien que para representar la ideología del proletariado no se necesita ser un proletariado, no haber trabajado jamás.

DR. MAÑACH: Es evidente que no podemos desgraciadamente recoger todas las preguntas del público porque no tenemos tiempo, se me acaba de notificar que la grabadora tiene que ser utilizada a partir de las 5:30, de manera que ya las últimas preguntas no se podrán recoger. Dejo esta advertencia hecha para que no se vaya a suponer, cuando salga el CUADERNO correspondiente de la Universidad del Aire, que la discusión ha sido mutilada en forma alguna.

VII

Antonio Ortega

Las Democracias y Roosevelt

NO sé en qué año situar exactamente el kilómetro cero de esta etapa contemporánea de la Historia del Mundo que me ha tocado glosar apresuradamente desde esta cátedra prestigiosa de la Universidad del Aire; porque ni las eras ni las épocas ni siquiera las etapas comienzan en un momento determinado, a partir de un suceso específico. En efecto, son múltiples los factores que dan fisonomía a una generación, diferenciándola de las demás, y estos factores no se producen simultáneamente, sino en distintos instantes, aunque desde lejos parezcan formar parte de un todo perfectamente eslabonado, lógico y concreto.

Desde esa lejanía, por ejemplo, las dos últimas guerras mundiales, y la que están preparando ahora los diplomáticos de ambos bandos, se verán como una sola contienda mundial, como un único conflicto bélico, con unas largas pausas intercaladas a lo largo del mismo a fin de que los beligerantes pudieran tomar resuello para recomenzar la matanza.

Por todo ello es difícil precisar el inicio de esta etapa de la Historia del Mundo; pero como por lo limitado del espacio de que dispongo necesito ser breve y conciso, y como, por otra parte, toda meta presupone un punto de partida, fijaremos éste en 1933, en aquel año convulso y dramático en el que, en medio de una de las más graves crisis mundiales de todos los órdenes, toma posesión de la Presidencia de los Estados Unidos de la América del Norte, Franklin Delano Roosevelt, un paralítico.

En su primer discurso presidencial —sentado, porque ni sobre sus muletas podía mantenerse erguido—, dijo este hombre a su pueblo:

—"Este es sobre todo un momento para decir la verdad, toda la verdad, libre y enérgicamente. Lo único que tenemos que temer es el miedo. Lo que nos oprime son solamente cuestiones materiales, a Dios gracias".

Pero eran sumamente graves aquellas cuestiones materiales, y no gracias a Dios precisamente; tan graves porque con ellas estaban enmarañadas las cuestiones espirituales, y no podían separarse unas de otras. El mundo se sentía estremecido por una de esas periódicas explosiones de intranquilidad que aquejan frecuentemente a las sociedades humanas. Estas crisis de inquietud colectiva, aparentemente no parecen tener sentido. Se manifiestan con profundas convulsiones de temor que se propagan en ondas, como ciertas epidemias. En un momento, las mentiras convencionales y admitidas, sobre las que se asienta la civilización, se desmoronan estrepitosamente. El temor se vuelve miedo y después pánico. Y en medio de la más confortable abundancia de bienes materiales, la necesidad asoma su feo rostro huesudo y ansioso. Claro está que estas crisis tienen sus razones ocultas, sus subterráneas motivaciones. La de 1933 también las tenía. Había inseguridad en el mundo, y esta inlocalizable sensación es una de las que más irritan, sordamente, a los seres humanos. La quiebra de los más sociables ideales morales era absoluta. Se vivía una vida tensa y sombría en la que las máquinas hacían trabajar torpe y monótonamente al hombre. Los ricos eran más ricos que nunca y los pobres más pobres que siempre. Estábamos a punto de liberar la energía concentrada en el átomo, pero Freud apenas si había conseguido asomarse a las más superficiales alcantarillas de la mente humana. La tierra rebosaba toda clase de bienes, pero todavía no habíamos aprendido la manera de repartirlos equitativamente. Se esperaba la tormenta.

Los primeros vientos soplaron cuando el 14 de febrero de 1933 cerraron todos los Bancos del Estado de Michigan. Diez y ocho días más tarde, un día antes de la toma de posesión del trigésimo segundo Presidente de los Estados Unidos, las moratorias ban-

carias se habían extendido todo a lo largo y a lo ancho de la nación más rica de la tierra. En tanto, Inglaterra, cautelosamente, abandonaba su vieja economía librecambista y su política liberal de "dejar hacer"; mientras Francia, conservadora hasta en sus revoluciones, se preocupaba en mantener el patrón oro a través de varios ministerios efímeros y preparaba la concertación de un tratado de alianza con Rusia que más tarde fué tramitado por Pierre Laval. En Alemania Adolfo Hitler había sido nombrado Canciller del Reich, en tanto Rusia celebraba una de sus grandes purgas políticas, expulsando del Partido Comunista a un millón de afiliados. China, al borde de la bancarrota, abandonaba el patrón plata, mientras Japón invadía Jehol. Gandhi, en Poona, ordenaba la reanudación de la campaña de desobediencia civil. La segunda República Española acababa de sofocar una de tantas sublevaciones militares —la de Sanjurjo— sin llevar a cabo ni una sola sentencia capital. Cuba se sacudía de encima la sangrienta y estúpida pesadilla del machadato.

Era difícil de entender aquel mundo convulso y atormentado, que rebullía incómodo tratando de cambiar de postura. Los problemas humanos, locales en un tiempo, se habían hecho nacionales y más tarde internacionales. Hoy abarcaban a toda la tierra. Las bombas que estallaban en Etiopía rompían simbólicamente los cristales de las casas de Ginebra y rizaban de ondas el lago Lemán. Los sollozos de los niños hambrientos de Benarés, agriaban las vitaminas fabricadas en Filadelfia para los rubios niños norteamericanos. Lo que se ventilaba a tiros en España valía mucho más que la vida de un marinero inglés. Nadie acertaba a explicarse estas lejanas y extrañas resonancias, pero era así. El mundo —un mundo en el que las noticias volaban a 30,000 kilómetros por segundo— se había hecho pequeño para sus moradores y todos nos tropezábamos en él, sin sentirnos solidarios. En tanto los aviones aumentaban su radio de acción, el hombre cada vez más se encerraba en un egoísmo cómodo y feroz, ajeno e indiferente a la realidad que hervía en torno de él.

Cuando más se interdependizaban nuestros problemas humanos, tanto más fortificábamos las cimas de nuestras montañas

fronterizas y tanto más ahondábamos en el cauce de los ríos que separaban, en los mapas, unas naciones de otras.

Por otra parte, insensiblemente, la humanidad estaba siendo llevada a una dramática encrucijada. El desasosiego colectivo había creado el ambiente propicio para que se desarrollaran los extremismos con todas sus soluciones violentas. Sólo se nos presentaba ante nosotros un dilema, y había que escoger pronto, pues no había soluciones intermedias. Y el dilema era éste: o libertad o seguridad. La alternativa no era cierta, pero había sido hábilmente presentada y esto era suficiente. En sus lineamientos brutales el conflicto podía reducirse a estos términos: O eres libre, pero estás obligado a resolver los propios problemas económicos por tu cuenta; o disfrutas de seguridad que tendrás que pagar al Estado con tus libertades. De un lado estaba lo más material, lo más perentorio, lo más imprescindible: el subsistir. Del otro lado lo menos tangible, lo menos apremiante, lo menos urgente: la dignidad. ¿De qué valía ésta sin aquél? La elección no era dudosa, una vez aceptado el dilema. Pocos vieron entonces la tercera solución. La tercera solución consistía en no aceptar el dilema. Roosevelt no lo aceptó y enseguida se puso a actuar con aquella su premura inteligente, aquella su alegría para obrar, que a veces parecía ligereza audaz, dignificada por la intuición; pero que no era otra cosa que amor al hombre —al "hombre olvidado", como lo llamara él— y tierna y cálida comprensión de sus defectos y virtudes. Preocupación por su destino.

Roosevelt —y la idea era de Wilson a quien tanto había admirado— pronto se dió cuenta con su intuición de estadista, que las viejas democracias liberales hacía tiempo que no caminaban bien, como si tuvieran alguna tuerca o biela estropeada en sus delicadas maquinarias. Roosevelt descubre esta lesión y no para la máquina, sino que se pone a arreglarla sobre la marcha Las viejas democracias no funcionaban bien porque seguían siendo regímenes exclusivamente políticos, porque no habían incorporado lo social a su repertorio ideológico, y porque al socaire de las libertades que eran su esencia habían penetrado arteramente, en su interior, los mercaderes del templo, quienes aprovechándose del clásico "laissez faire, laissez passer" turgotiano crearon el cáncer

del capitalismo que amenazaba con destruir todos los fundamentos del Estado democrático. Roosevelt ve este peligro; es un hombre de su época que sabe perfectamente que "el heroico esfuerzo para salvar la vieja justicia se convierte a la postre en pura injusticia". No trata de salvarla, pero sí le interesa que haya una nueva justicia, y que esta nueva justicia respete la individualidad humana; es decir, la dignidad del hombre. Comprende que "hay épocas en las que tienen que perecer determinadas formas de vida, por muy hermosas que sean, como tuvo que extinguirse el saurio en otro tiempo". Con Keyserling entiende —aunque tal vez por esta época todavía no lo haya leído—, que los hombres, incluso de talento, que viven sumidos en nobles ideas, entusiasmados con las bellezas clásicas y predicando su evangelio, no representan nada frente a la furia de un consecuente jefe comunista. "Sólo podrá creer tal cosa —dice el autor de "El mundo que nace"— quien sea tan perezoso o cobarde que resulte incapaz de ver la realidad tal cual es... En el estado actual, el mundo que nace no es un mundo donde sea posible una omisión productiva; los jefes bolcheviques son hoy los que marcan el paso. Sólo quien valga tanto como ellos, por el espíritu y la voluntad, tiene hoy porvenir histórico y puede significar algo en la situación ecuménica que empieza". Roosevelt tiene espíritu y voluntad y no es perezoso ni cobarde. Ni tampoco es comunista.

En su primer discurso como Presidente de Estados Unidos señala valientemente este estado de cosas y fustiga con toda rudeza a los responsables de tal situación. —"¿Quién tiene la culpa?", —pregunta—. Y se responde: "Los muchos que impidieron con sus invasiones de salteadores, con su testarudez e indecencia la distribución de los bienes humanos. Luego abdicaron repentinamente. (Se refiere al cierre de los Bancos en 1933). Expongo al juicio de la opinión pública —prosigue— las prácticas de los mercaderes inescrupulosos, rechazados por el corazón y el cerebro de los hombres. No conocen más que el dominio de una generación egoísta. No tienen visión y donde falta la visión perece el pueblo. Sí, esos mercaderes han abandonado sus altos sitiales en los templos. Nosotros queremos restaurar éstos, conforme a su antigua verdad. La

dicha no está fundada en el dinero, sino en el goce de toda acción creadora".

Y Roosevelt se sumerge —como si fuera en su piscina de agua caliente en Hyde Park— en la acción creadora. Está en su elemento. Facilita el retorno al campo de millares de hombres, al tiempo que instituye un plan de Auxilio Agrícola; disminuye los gastos de la administración, centraliza todos los fondos de emergencia, pasa un subsidio a los obreros que se hallan en paro forzoso, suprime la ley seca, acaba con el "gangsterismo"; reforma y se enfrenta a la intocable Suprema Corte de Justicia, se incauta del oro de los Bancos que deja bajo la custodia del Estado, destroza a los "trusts", se enfrenta a la Cámara y al Senado emplazándolos ante la opinión pública, preconiza y lleva a la práctica la Política de Buena Vecindad, pide y consigue que se dejen millones de hectáreas sin cultivar, al tiempo que acomete la gigantesca empresa del valle del Tennessee e inicia el plan de revitalización de tierras... Nadie sabe lo que va a hacer al día siguiente. Ni el mismo siquiera. En realidad no tiene un plan preconcebido, acabado... Obra de acuerdo con unas directrices generales, que él mismo se ha trazado, y luego actúa como demanden los acontecimientos. Todo esto lo lleva a cabo con el Senado y la Cámara funcionando, respetando los fallos de la Suprema Corte, sin rozar lo más mínimo las libertades individuales de sus conciudadanos, de acuerdo en todo momento con la ley... No, a Roosevelt no le interesa que prevalezca la antigua justicia si ha de ser pura injusticia. Sólo le importa hacer compatibles la libertad con la seguridad; el respeto a la dignidad humana con la satisfacción de las necesidades materiales. El lo ha dicho, esto "no es un sueño". "En el futuro que tratamos de asegurar —dice— vislumbramos un mundo que se basa en las cuatro libertades esenciales del hombre. La primera es la libertad de palabra y expresión **en todas partes del mundo.** La segunda es la libertad de todo hombre para adorar a Dios a su manera **en todas partes del mundo.** La tercera es la libertad para subsistir, lo cual, en términos universales, significa arreglos económicos que aseguren a los habitantes **de todas las naciones del mundo** una vida saludable en tiempo de paz. La cuarta es inmunidad contra el temor, que en términos universales significa la

reducción mundial de los armamentos a tal grado y de modo tan completo que ninguna nación esté en posición de cometer un acto de agresión física contra un vecino, en cualquier parte del mundo". (La oración no desmerece en nada de la de Gettysburg, una de las más hermosas que jamás haya pronunciado el hombre). Fijémonos en el "leit-motiv" de este Mensaje al Congreso del 5 de enero de 1941: "En todas partes del mundo". Es un "ritornello" obsesionante. Fijémonos también cómo a sus dos libertades puramente individuales, por decirlo así: —libertad de expresión y libertad de creencias—, añade las totalmente sociales de la libertad para subsistir y la de la inmunidad contra el temor.

Con Roosevelt, el viejo concepto liberal de la neutralidad del Estado ante las actividades del individuo, mientras aquéllas no se salgan de la ley; es sustituído por la nueva justicia —"la nueva distribución" o "el nuevo trato": el "new deal"— por la que el Estado interfiere en las actividades del individuo cuando éstas se convierten en antisociales. En el fondo, lo que se propone Roosevelt es volver a repartir los bienes de la tierra de una manera más equitativa, sin acudir a la revolución. Conforme su compatriota Henry George dió una solución evolutiva al problema de la tierra con su sistema del impuesto único —"single tax system"—; así Roosevelt trata de encontrar una solución a la injusta distribución de la riqueza por medio de sus impuestos sobre la renta —"income tax"—. Todo esto no es "comunismo", como le han gritado los reaccionarios; ni "socialismo" siquiera, como lo han calificado un grupo de millonarios; es simplemente llevar la democracia a grupos sociales privilegiados que creían poder vivir al margen del Estado y a quienes Roosevelt metió dentro de la ley, lo que todavía no le perdonaron.

Todo esto lo ha realizado a fuerza de palabras. Dice Ludwig que lo único revolucionario de Roosevelt era su lenguaje. Probablemente fuera más cierto decir que llevó a cabo una revolución en su país, sin extremismos de ninguna clase y por medio de sus maravillosos —casi mágicos— poderes convincentes.

¿En qué radican éstos? Sus famosas charlas radiales, "Junto a la chimenea", son un modelo de mensajes alentadores, expresados de forma sugestiva y sencilla, y capaces de ser comprendidos

por todos. Emana de dichas charlas un cierto tono de admonitoria superioridad, discretamente protector, que no ofende al oyente. Con los senadores sublevados a su autoridad solía tener idéntico éxito; bastaban unas palabras para traerlos de nuevo al redil.

Es difícil de comprender la mente de este hombre de excepción que a fuerza de ser sencilla parece tan complicada. No era como Wilson un profesor universitario, cargado de sensatez y de conocimientos; ni era como Hoover un hombre de presa, millonario en la madurez de su vida, pero que había tenido una infancia miserable. Roosevelt era un señorito de Washington, de vida fácil y desahogada, con tiempo de sobra para poder alimentar a tres o cuatro "hobbys" inocentes —la filatelia, el yatemodelismo, las figuritas para encima de la mesa —provisto de una cultura muy superficial —que iba de los libros de viajes y aventuras a los textos de geografía, y de aquí a las novelas policíacas— y a quien gustaba apasionadamente jugar a la política, que acaso fuera un "hobby" más en su existencia. Pero poseía dos cualidades innatas de inmenso valor, que de nada le sirvieron durante la primera parte de su cómoda vida amable, pero que tuvieron enorme importancia cuando sobre él cayó, de un solo golpe, la adversidad. Aquellas dos cualidades eran el coraje y la simpatía. La parálisis no sólo remodeló su cuerpo, haciendo de aquel muchacho alto y estrecho de hombros, un hombre de recio tórax, amplio cuello poderoso y robustos brazos. Sino que fortaleció también su alma; es decir, aceró aquellas de sus cualidades que más útiles podían serle en aquella dramática situación que se abría inesperadamente en su vida. ¡Casi duele pensar en la enorme provisión de energía que tuvo este hombre que consumir para arrastrar sus dos piernas inútiles durante casi un cuarto de siglo! No ya en el orden material, sino también en el orden moral. La enfermedad lo sentó en una silla de inválido para siempre y lo que le hizo perder de ligereza corporal se lo devolvió en madurez intelectual. La desgracia lo abatió de un solo golpe terrible, pero hizo asomarse, pensativo, al joven y alegre Roosevelt sobre los dolores de sus semejantes, al inclinarse sobre su propio dolor. La adversidad había tronchado todas sus esperanzas e ilusiones; pero esto le

fué muy útil para comprender las angustias, desencantos y frustraciones de los demás. Su invalidez no le crea ese complejo de resentimiento del lisiado, sino que sublimiza éste en un amplio y generoso amor, volcado hacia todos los que sufren, hacia esos millones y millones de "hombres olvidados", cuyas más inmediatas satisfacciones materiales les son negadas y cuya dignidad personal les es vejada constantemente. ¡Con qué distinción trata a sus oyentes, con qué amabilidad les ruega que le escriban a él, "personalmente, a la Casa Blanca"; con qué sinceridad se interesa por los pequeños problemas de cada uno! El lo explicaba en una ocasión, al hablar de las diferencias entre pobres y ricos y razonar su postura: "Esta diferencia es demasiado grande, hay que reducirla mucho... Los nacidos ricos están doblemente obligados a procurarlo. ¿No podía yo estudiar, viajar y cuidarme durante mi enfermedad? El que no tiene que procurarse su pan está más seguro y libre. Los que surgen de abajo conservan durante mucho tiempo recuerdos amargos de su juventud, y por lo mismo quieren menos a la gente. El nacido pobre tiene resentimientos, mientras que yo no los puedo tener. Este es mi motivo personal".

La guerra comienza a perfilarse en Europa.

Como siempre, España es la encargada de protagonizar el prólogo, haciendo su propia guerra civil, la tercera que vive en el curso de un siglo en el que hubo cerca de un centener de pronunciamientos militares.

Roosevelt ve venir la guerra y sabe que su pueblo no quiere pelear. La gente vive bien y una guerra es una actividad muy cara. Todavía recuerdan que en la primera guerra mundial costó $25,000 matar a cada uno de los enemigos que perecieron en la misma, aunque todavía no saben que la de Corea está costando alrededor de $100,000 por cada coreano del norte o chino comunista muerto. Roosevelt sabe que Estados Unidos tendrá que ir a la guerra o lo meterán en ella indefectiblemente, y se dispone a preparar a su pueblo psicológicamente para ese momento. "El pueblo de Estados Unidos, el pueblo de todas las Américas —dice— rechaza la doctrina del apaciguamiento, pues se da buena cuenta de que es el arma principal que esgrimen las naciones agresoras". Y señala concretamente: "La experiencia de los dos años pasados

prueba que ninguna nación puede apaciguar a los nazis. Nadie ha logrado domar a un tigre y convertido en gatito pasándole la mano suavemente por la espalda... No pueden aducirse razones a una bomba incendiaria". Roosevelt comprende que aquella guerra que arde en la lejana Europa es la guerra de Estados Unidos, incluso una guerra de supervivencia. El 7 de diciembre de 1941, el Japón empuja a Estados Unidos al conflicto. El brutal empujón se llamó Pearl Harbor. En pocos meses, Roosevelt pone a su nación en pie de guerra. Moviliza todos los recursos humanos e industriales de su país y crea el más poderoso Ejército y la más poderosa Armada del mundo. El, el paralítico Roosevelt, personalmente recorre la tierra de extremo a extremo. Es elegido para un cuarto período. Cuando faltan pocos meses para que se termine la contienda con la explosión de la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, inesperadamente muere Franklin Delano Roosevelt, de un derrame cerebral. Eran exactamente las 3.35 p.m. del día 12 de abril de 1945. En otra ocasión dije que "más allá de las sombras, Jorge Washington y Abraham Lincoln le esperaban".

¿Cuál ha sido la lección de este hombre, insigne por tantos conceptos, y hasta dónde resonará su histórico mensaje? ¡Quién sabe! La historia la escriben los que ganan y no siempre los que ganan suelen ser los más desapasionados, aunque debieran serlo. Pero de todas formas su alta calidad humana es innegable, aun para sus enemigos. Su dedicación a los humildes y su preocupación por conjugar la justicia social con la dignidad del individuo, es tal vez una de las más patéticas batallas que haya librado el hombre por su cabal integración. Roosevelt dió esta batalla con ánimo preocupado y corazón alegre al mismo tiempo. Tuvo fe en el hombre e hizo todo lo posible por sacar del olvido a millones de ellos. Al realizar tal obra, que "no era un sueño", dió un nuevo sentido a la democracia y con ello la vida de las colectividades humanas brilló con un nuevo fulgor. Peleó denodadamente por eso: porque los hombres pudieran hablar y expresarse libremente, porque pudieran rezar a su Dios como quisieran, para que tuvieran libertad de ganar su vida con el esfuerzo de su trabajo honrado, para que estuvieran siempre libres del miedo:

de la agresividad o de la rapacidad de sus semejantes. Y esto no lo quería sólo para su pueblo, sino para todos los pueblos del mundo. Por eso luchó, dando lo mejor de sí mismo —dándose entero— a la causa por él escogida. No fué un revolucionario al uso ni un retrógrado. Fué un hombre de su tiempo a quien le cupo en suerte laborar con tierno material humano usando como instrumento de trabajo sus palabras. Y laboró con amor. Para él parece haber sido escrita aquella fórmula de vida propuesta por Lawrence:

"¡Ser un hombre! Arriesgar primero su cuerpo y su sangre, y arriesgar luego su espíritu. Arriesgar en toda ocasión su propio conocimiento, y volverse una vez más un yo nunca podido conocer ni esperar".

DISCUSION

SR. BRETAU: Sr. Ortega, la conclusión que he sacado de su disertación, analizándola en la profundidad del cambio que produjo en la distribución de la economía de Roosevelt y en los Estados Unidos, es la siguiente: que Roosevelt demostró que el capitalismo, tal como hoy se desenvuelve, no puede desenvolverse de otra manera; ya ha dejado de ser un régimen rector y beneficioso a la humanidad, un régimen de ganancias despertando el lucro de manera desordenada, y que de llevarse a la práctica, ampliándola mucho más, poniendo al servicio del hombre todos los recursos de la Naturaleza, se puede arribar a un socialismo integral, libre por completo de la hipocresía de la democracia capitalista y del terrible realismo de la dictadura roja. ¿Es así?

SR. ORTEGA: Difiero del Sr. Bretau respecto a lo que él dice; pero pero yo estimo que Roosevelt realmente no trató de destrozar el capitalismo, al contrario, trató de que preservarlo. Lo que pasó es que quería socializarlo por así decir, es decir, quería que no estuviese todo el poder en sus manos, quería que el capitalismo tuviera una función social y sirviera para producir un bien colectivo. Todas las medidas de grandes impuestos que Roosevelt creó en ese aspecto fueron, para de una manera indirecta, sin revolución ni conmociones, lograr esa más equitativa distribución de la riqueza.

OYENTE: Dr. Ortega, de vivir Roosevelt, ¿opina usted que la crisis política y económica que hoy amenaza al mundo con una tercera y destructora guerra mundial, no existiera o que, en caso de existir, fuera menor?

SR. ORTEGA: Es difícil decir lo que pudiera suceder... Pero soy de los que creen que en la vida del mundo todavía los hombres de personalidad siguen contando, y que un hombre de la talla, de la figura, y sobre todo del poder de persuasión y conocimientos humanos que era Roosevelt, tal vez no tuviese una situación tan tirante como la que existe hoy. Partiendo precisamente del ejemplo que él dió con su vida y con su actuación, probablemente, la situación mundial sería menos tensa de vivir Roosevelt hoy.

SR. GERMAN PACHECO: Sr. Ortega, voy a hacer una pregunta que, aunque no se refiere propiamente a la disertación se relaciona con algo de la vida del extinto Roosevelt. ¿Qué razones de estado cree el Sr. Ortega que indujeron al Presidente Roosevelt, durante la conflagración española, a decretar el embargo de las armas destinadas a la defensa de un gobierno legalmente constituído, que si mal no recuerdo formaba parte de la Liga de las Naciones, y que había sido signatario del Pacto de no-agresión o de ayuda mutua de los países que formaban la Liga? Yo quisiera ver la opinión del Dr. Ortega, desde luego de acuerdo con su criterio; el mío no es favorable a la actitud de Roosevelt.

SR. ORTEGA: El señor me ha tocado una herida abierta. Efectivamente, Roosevelt tomó esa medida. Usted sabe perfectamente que los Estados Unidos, en cuanto a la política europea, han marchado siempre un poco a la zaga de las opiniones de Inglaterra y de Francia preferentemente. En cierto momento de la historia de la Guerra española, como sabe muy bien el que me interroga, las opiniones de Francia y de Inglaterra eran decisivas, y Roosevelt, siguiendo aquella política desastrosa que fué la de no intervención, se vió forzado, probablemente, a tomar una postura al margen de aquella pelea, sin ver los verdaderos alcances de la misma.

SR. JUAN JESUS CISNEROS: Desearía formularle esta pregunta al Dr. Ortega: ¿qué importancia dá usted a la política del Buen Vecino instaurada por Roosevelt en cuanto a sus relaciones con Cuba ¿Qué importancia tuvo para Cuba?

SR. ORTEGA: Bueno, para Cuba y para todas las naciones de la América Latina. Usted es demasiado joven para recordar la política de la estaca que había anteriormente; la América Latina era tratada, al menos en ese aspecto exterior que tanto molesta, con un desprecio y con una dureza que desde el tiempo de Roosevelt acá no lo tenemos. Solamente las razones económicas, por debajo, siguen siendo las mismas, pero al fin y al cabo son manejadas con guante blanco y no con la mano desnuda. En ese sentido, Roosevelt, con sumo respeto a la dignidad humana, estableció sus relaciones con la América Latina a base de un trato más cordial; un trato, si no de amigos, por lo menos de buenos vecinos.

DR. MAÑACH: Refiriéndome al aspecto interno, sobre el cual usted parece tener algunas dudas, querido Ortega, ¿no cree usted que Roose-

velt estrenó también el concepto de que convenía a los Estados Unidos el desarrollo económico interno de estos países como mercados para los productos industriales americanos?

SR. ORTEGA: Indudablemente, elevando el nivel de vida, el standard de vida de estas naciones, al mismo tiempo habría nuevos mercados para los Estados Unidos. De manera que era una medida, no solamente de educación internacional, sino una política práctica, económica.

SR. BEGUEZ CESAR: Sr. Ortega, ¿no cree usted que la Declaración de los Derechos del Hombre sea base y fundamento de todos los discursos de Roosevelt, fundamentalmente en cuanto a la justicia social?

SR. ORTEGA: La formación indudable de Roosevelt está indudablemente fundada en todos los Principios de la Revolución Francesa. Roosevelt precisamente por lo que defiende al individuo, por lo que defiende la acción individual y sobre todo por lo que le preocupa la dignidad individual del hombre, es un defensor y continuador de los Derechos del Hombre, cuya declaración hace unos años se formuló de nuevo. La famosa Declaración de las cuatro Libertades, está directamente influída por la Revolución Francesa, y por tanto por la Declaración de los Derechos del Hombre que por su formación, en Roosevelt es perfectamente explicable.

SR. OTTO JAHKEL: Leyendo la revista Saturday Evening Post, a la muerte de Roosevelt, pude apreciar una corriente muy poderosa en los Estados Unidos que acusaba a Roosevelt de manga ancha con los comunistas, por su ayuda a la guerra. ¿Tenían razón o no tenían razón?

SR. ORTEGA: Roosevelt ha sido muy atacado porque creó poderosos enemigos. Al hacerse cargo de la Presidencia, se enfrenta, no con la gente humilde, sino que con los Trusts y con los grandes poderosos de Estados Unidos. Esta gente le acusó en todas las formas, sirviéndose en gran parte de la Prensa de los Estados Unidos. A pesar de eso y de ser el pueblo norteamericano francamente anti-comunista en su mayoría, Roosevelt logró cuatro re-elecciones, aún en contra de la opinión de los periódicos, toda vez que tenía la opinión de esa mayoría enorme que era francamente anti-comunista. De manera que en Roosevelt era injusta la acusación a que Ud. se refiere.

SR. OTTO JAHKEL: Ahora, su opinión particular. ¿Usted no cree que gracias a esta política de Roosevelt, que consideraba aliados a los moscovitas, no se han cogido tanto terreno en Europa los Stalinistas?

SR. ORTEGA: Recuerde una cosa. La primera que dá entrada a Rusia es Alemania al declararle la guerra a Rusia; acto seguido, Winston Churchill, conservador en el gobierno inglés, fué el primero que sin consultar al Parlamento se apresuró, en un micrófono, a aceptar los hechos consumados y a decir que se ponía de parte de Rusia. Fué Winston Churchill, no Roosevelt, el que dió el primer paso.

SR. REYNOSO: Yo no sé si sabe un incidente que nos tocó a los argentinos en parte con el Sr. Roosevelt, Presidente de los Estados

Unidos, a la raíz de la condena de Albizu Campos como libertador de Puerto Rico. El Senador socialista argentino Alfredo Palacios le mandó un cable en nombre del pueblo argentino pidiéndole la libertad de Albizu Campos y Roosevelt contestó que el Sr. Albizu era un bandolero condenado por los Tribunales. El Sr. Palacios replicó que si aspirar a la libertad de un pueblo era ser bandolero, Washington y Lincoln eran bandoleros. Ahora ¿esa actitud de Roosevelt hacia Puerto Rico, sirve también para hacer de él el hombre más magnánimo y más demócrata que puede haber habido en América?

SR. ORTEGA: No es tanto tampoco lo que yo he dicho. Roosevelt era un hombre como todos los hombres, con sus defectos y sus virtudes. Que en casos particulares Roosevelt, y no personalmente, sino por razones históricas o por razones de ambiente o por razones circunstanciales, tuviera que ser injusto, desconocer, como ha desconocido en muchos casos, y enjuiciar duramente a personas que no debía enjuiciar, esó es distinto. Roosevelt, si usted va a ver, cometió muchísimos errores, y esto dá precisamente su talla humana; si hubiera sido un hombre que hubiese acertado siempre sería un santo, no sería un hombre. Roosevelt era un hombre, nada más que eso.

VIII

Rafael Sardiña

Las Extremas Derechas en Europa:

Mussolini y Hitler

EL triunfo de Benito Mussolini y Adolfo Hitler, si por triunfo entendemos llegar al poder y permanecer en él, es cosa imputable más a Europa que a ellos mismos. Triunfaron, bien lo sabemos hoy, no tanto por sus propios méritos, como por la falta de mérito de los demás. Cuando conquistaron el poder, se encontraba el poder prácticamente vacante. Mussolini en la marcha sobre Roma no encuentra enemigos. Hitler en el incendio del Reichstag y en el crimen de Munich, no encuentra acusadores ni Ley que le detenga. Ambos invadieron países pequeños porque los grandes países los habían abandonado a su suerte. Hoy resulta saludable lección histórica estudiar las condiciones políticas y económicas de la Europa que permitió a Hitler y a Mussolini triunfar. Cuesta esfuerzo explicarse el hecho en dos países civilizados, de los "camisas pardas" en Alemania o de los "haces de combate" en Italia, cuando sus Jefes aun no eran lo suficientemente poderosos para darse el lujo de tales organizaciones que funcionaban como ejércitos privados dentro de los Estados. En Montecitorio, Cámara de los Diputados Italianos, lugar donde el pueblo es representado, Mussolini toma posesión de su banco de Diputado, anunciando que su discurso será: ANTIPARLAMENTARIO, ANTIDEMOCRATICO Y ANTISOCIALISTA. ¿Qué hacían y pensaban las Potencias Aliadas de la Primera Guerra

Mundial cuando Hitler viola los Tratados de Versalles y de Locarno cuando aun no está armado, cuando frente a los argumentos de sus propios oficiales para no ocupar a la Renania, les da orden de regresar si encuentran oposición, por parte de Francia o de Inglaterra?

Con razón ha dicho Ortega y Gasset: "Cabe decir que la mitad de nuestro ser radica en lo que sean los demás, y no se debiera olvidar que, nuestro perfil depende en buena parte del hueco que los demás nos dejen".

Pero no estamos aquí buscando a quién imputar la desgracia de Europa y el crimen de la segunda guerra mundial, estamos aquí tratando de entender lo que sucedió y por qué sucedió. Antes que otro aspecto, conozcamos los supuestos comunes de fascismo y nazismo, que a mi juicio son: el método aplicado para llegar al poder; la debilidad de los Estados de Derecho de Alemania e Italia; y el trasfondo de la conciencia europea.

Benito Mussolini y Adolfo Hitler, llegaron a poseer lo que Malaparte llamará más tarde "la técnica del golpe de Estado" que consiste fundamentalmente en desprestigiar al adversario por cualquier medio, y cuando no sea posible desprestigiarlo, eliminarlo físicamente; esquivar la discusión de la causa profunda de las medidas del Gobierno contra quien va dirigida la táctica, e insistir sobre el mal inmediato que sufren las masas y ofrecerles soluciones fáciles y accesibles al pensamiento de la multitud. Este método provoca invariablemente la incapacidad del adversario para hacerse escuchar de la masa; la ilusión de ésta con una inmediata solución a todos sus problemas y la explotación de esta ilusión en beneficio de sus agitadores. En épocas como la nuestra, que mandan las masas, aun en las Dictaduras, este método es carta de triunfo. Adviértase, por lo que tiene de saludable, que de esta táctica fascista no nos hemos salvado del todo en los países democráticos. Las ideas son como la leche derramada, jamás pueden recogerse del todo. El segundo aspecto o supuesto común entre fascismo y nazismo es la debilidad como Estado de Derecho de Alemania e Italia en los momentos que estamos tratando. Alemania sufre una República que ha nacido "del bochorno de una derrota". Una República que su propio Presidente Hinden-

burg considera delegada del Káiser. Los elementos de desintegración en el interior son incontrolables. "Por las calles de Munich, escribe Hitler, corren carros armados tiroteando a los espantados transeúntes y nuestros propios camaradas ostentaban brazaletes encarnados sobre sus uniformes". Y agrega, "entonces todo se me apareció repentinamente claro: Alemania había sido apuñala a traición por los judíos (logreros de la guerra) y los malditos bolcheviques. En Italia, el Jefe del Socialismo Italiano proclamaba en el Parlomento que el Estado Italiano debería "expiar en el desorden, la quiebra y la miseria, el crimen de haber ganado la guerra". Y el 10 de Diciembre de 1919, cuando el Rey Víctor Manuel asiste a la apertura de la Cámara Italiana, sufre el desaire de ver cómo abandonan 156 Diputados el Parlamento dando vivas a Lenin.

Mientras esto ocurre en Italia y Alemania tiene Europa ante sí, la gran tarea de superar el liberalismo político y económico que le legara el Siglo XIX. Ya no se puede seguir manteniendo el viejo principio de "laissez faire", "laissez passer". Ya no puede decírsele al Estado lo que los liberales del siglo XIX le advertían: "Tú, Estado, tienes un solo deber: mantener el orden público y dar seguridad. Haz que en el sector económico ni siquiera se advierta que existes". En el siglo XX con la Fábrica y con la Industria, la Empresa Capitalista ha dejado de ser un hecho económico y se ha convertido en un hecho social, tanta es su magnitud, que por fuerza hay que atender. El propio Capital se ha arrojado en brazos del Estado y pide que el Estado intervenga para no ser devorado por los Sindicatos y los Carteles. Sin embargo Europa resultó incapaz de superar el liberalismo. Prueba de su incapacidad es su antiliberalismo y sus izquierdas y sus derechas, formas que ya debían estar superadas también, pues ambas se refieren y tienen por supuesto común el propio liberalismo. No se puede ser "anti" cuando resulta históricamente necesario asimilar lo que constituye el "anti". Con lo que fué, siempre hay que contar para proyectar lo que ha de ser. El porvenir no es incondicional, precisamente tiene las condiciones que le impone el pasado. Hoy es imposible concebir un régimen democrático sin un pasado liberal. Europa para dejar de ser liberal se abrazó a las

Dictaduras y como hemos dicho al antiliberalismo. Y como si fuera poca la tarea que tenía ante sí Europa a principios de siglo, se le suma otra no menos importante: la de superar el proyecto comunista. Liberalismo-Comunismo, tragedia y menú, que la Europa de la postguerra del 14 tiene que tragar y asimilar.

A menudo fascismo y nazismo se han identificado. Creo que no tienen otros supuestos comunes inmediatos que los apuntados. Veamos ahora sus diferencias.

Benito Mussolini nació el 29 de Junio de 1883 en la Romaña. Creció entre un padre violento, herrero y después tabernero y una madre débil, sensible e institutriz de campaña, a quien martirizaban sus nervios. Mientras el padre lo hace fuerte, la madre lo hace soñador y ambicioso. En plena adolescencia habla de Italia como de cosa propia y se prepara para empresas grandes. En 1902 visita a Suiza, toma un curso de Sociología de Wilfredo Pareto, estudia alemán, francés, inglés y español. En 1910 funda un periódico semanal "La Lotta di Classe" y se convierte en redactor político, crítico de arte, novelista y folletinista. Disputa, describe, imagina y lo toca todo con pasión. Por esta época escribe: Los nacionalistas quieren una Italia vasta; yo quiero una Italia cultivada, rica y libre. Este es el hombre que en Marzo de 1919 lo encontramos en un Club Local de la vieja Plaza del Santo Sepulcro en Milán, fundando con setenta y cinco compañeros de armas los famosos "haces de combate" que más tarde constituirían el Partido Fascista Italiano.

La doctrina fascista ha sido muy desorbitada: por Mussolini con sus obras; por los autores fascistas con su mala defensa y por los antifascistas con su despiadado ataque. Sin embargo veamos algunos principios fundamentales. La Nación no es una simple suma de individuos vivos, ni instrumentos de los Partidos Políticos, sino un organismo que comprende la serie indefinida de las generaciones, cuyas individualidades singulares no son sino elementos transitorios. Existe más que el individuo. El fin de la humanidad es producir grandes hombres y no masas esclarecidas. El Estado totalitario fascista es el Estado-Polípero, donde todos los ciudadanos ensamblados los unos a los otros, se elevan de la conciencia individual a la conciencia corporativa.

Mussolini ha leído los diarios filosóficos de Renán. Bien sabemos que Renán sueña con el sacerdocio de los sabios. De ahí su política aristocrática y su lucha contra la democracia, que cree fatal para la eclosión de las superioridades científicas y artísticas. Vendrá sin duda, una edad de oro y de hierro, dice Renán, en la que los hombres de ciencia, armados con los secretos más terribles, harán andar a su placer al rebaño humano.

En lo concerniente al porvenir y al desarrollo de la humanidad, el fascismo no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Es frecuente encontrar en los discursos de Mussolini citas de Heráclito y de Platón. Por eso subrayamos esta influencia. Heráclito antes de la era cristiana reprochaba a Homero el haber deseado el fin de todas las querellas entre los dioses y los hombres; porque de ocurrir, todo perecería, ya que no puede haber armonía sin lo agudo y lo grave, ni nada viviente sin lo masculino o lo femenino que son los contrarios. Todo al dividirse se reúne como la armonía del arco y de la lira, dice el texto de Heráclito.

Por último el fascismo cumple una resurrección, según Mussolini. No promete honores, ni puestos, ni provechos, sino el deber y el combate. No hay conciencia de Derecho, sino conciencia de Deber. El Duce es la vasta conciencia donde toda la vida nacional se refleja y repercute. Ha leído demasiado a Nietzsche. Desde sus tiempos en Suiza lo lee metódicamente. El "vivire pericolosamente" del filósofo alemán fué divisa fascista. No hay que olvidarse que Nietzsche como el Duce Italiano quiere jefes que obren, conquisten y dominen; que opone a las teorías cristianas la áspera alegría de la lucha y del sufrimiento; y a la piedad la fuerza; y a la languidez de la paz, el clima salubre de la guerra; y al santo el héroe.

Con este repertorio de ideas funda Mussolini el Estado Corporativo. Con él considera que ha realizado la gran tarea de Europa. En noviembre de 1933 dice a los obreros de Milán: "El Corporativismo queda muy por encima del bolchevismo y del liberalismo. Crea una síntesis nueva. Con el Consejo Nacional de las Corporaciones; el Gran Consejo Fascista y la Milicia quedan enterrados para siempre el viejo Estado representativo y liberal y se abre paso el Nuevo Estado Corporativo".

Jamás el Estado Corporativo a que se refería Mussolini tendrá las ventajas del Estado Democrático, tal como se entiende hoy la Democracia, puesto que en el siglo pasado no se puede hablar de democracia, sino como sinónimo de liberalismo. Pero a pesar de lo expuesto, el intento de Mussolini fué un intento serio, merece respeto.

Adolfo Hitler y el Nacional Socialismo Alemán fueron otra cosa de menos monta y más ruido. Fué un verdadero aparato de crimen y venganza, con elementos ideológicos muy pobres y primitivos. Hitler nació el 20 de Abril de 1889 en Austria. Creció entre un padre zapatero que le consideraba ocioso y lunático y una madre sirvienta, amargada por su oficio y su pobreza. En su adolescencia trató de ingresar en una Escuela de Bellas Artes y no pudo. En su primera juventud se ganaba la vida vendiendo por las calles estampas y tarjetas coloreadas por él. Al iniciarse la guerra se incorporó voluntariamente al Ejército, fué herido gravemente y por ello enviado a Munich con los grados de Cabo y la Gran Cruz de Hierro. En 1919 actúa como agente secreto del Ejército Alemán en las organizaciones obreras y populares. Por esta época ingresa en el Partido Obrero Alemán porque presenta dos notas simpáticas al sentimiento de Hitler; subestimación del hombre como individuo hasta convertirlo en mero número y antisemitismo cerrado y criminal. En 1921 logra ser elegido Presidente del Partido. En 1924 encontrándose preso escribe su famosa obra Mein Kampf. La obra contiene el programa de la resurrección alemana, la técnica de la propaganda del partido, el plan de lucha contra el bolchevismo, el concepto del Estado Nacional-Socialista y la posición que Alemania debía ocupar en Europa.

La tesis de la obra es la siguiente: Todo organismo viviente tiene que luchar por su existencia; la voluntad es superior a la inteligencia; un individuo con dotes de mando vale más que miles de naturaleza subordinada; de la paz y del orden no se obtiene otra cosa que debilidad y humillación.

El 30 de enero de 1933 asume Hitler la Cancillería alemana, en febrero incendia al Reischstag; en marzo obtiene plenos poderes y en junio decreta la muerte de sus adversarios. Al siguiente año ocupa las minas de carbón de la Cuenca del Sarre y establece

el Servicio Militar Obligatorio, violando el Tratado de Versalles. En 1936 invade a la Renania violando el Tratado de Locarno y da órdenes secretas a los nazis austríacos para la anexión de Austria. En 1938 ocupa a Checoeslovaquia y toma para Alemania las 35 divisiones checas y las fábricas Skoda. En cinco años ha violado los Tratado de Versalles y Locarno; ha rearmado a Alemania; ha conquistado carbón, hierro, arsenal bélico y diez millones de súbditos. Todo esto sin reacción positiva por parte de las otras naciones europeas.

Mientras esto ocurría el Primer Ministro Inglés Baldwin confesaba que "una democracia va siempre con dos años de retraso respecto a un dictador" y agregaba: "Si en las elecciones de 1936 yo hubiera dicho al pueblo inglés que Alemania se rearmaba y que nosotros necesitábamos hacer lo mismo, hubiésemos perdido las elecciones". En los Estados Unidos y en Francia ningún gobierno se atrevía a hablar de nueva guerra.

A primera vista, parece ésta una debilidad de las democracias, yo considero que es su auténtica fortaleza. Convencidos y burlados los pueblos se lanzaron a esta segunda guerra mundial con entusiasmo inigualable en la Historia. El régimen democrático es un régimen que produce y modifica continuamente el sentimiento de la dignidad y la estimación de la persona humana que comporta un modo de ver las cosas conforme a sus postulados fundamentales. No hay duda, que es éste el camino más difícil y el más largo, pero precisamente por esto, por el esfuerzo que implica y la dignidad que necesita, no hay lugar para el regreso y solicita del hombre sea lo más que pueda ser y dé lo más que pueda dar.

DISCUSION

SR. MARTIN: Parecerá que voy a decir una blasfemia, porque hoy ser hitlerista es un absurdo. Pero no soy hitlerista, y sin embargo creo que debo decir lo siguiente. En el "Diario de Berlín", de William Schiller, dice él que asistió a un festival fascista en Nuremberg, y afirma que las cualidades oratorias de Hitler eran extraordinarias. Cuando se leían los discursos de Hitler, no tenían gran valor literario ni convincente, pero cuando ese señor se paraba delante de las multitudes, ejercía

un poder magnético extraordinario. Así que yo creo que Hitler debe ser reconocido como un extraordinario orador y un fino psicólogo de las multitudes alemanas, porque las comprendió, asimiló todas sus pobrezas mentales y las aprovechó. Usted afirma que se puede imputar el ascenso de Hitler a Europa. Yo creo que Hitler en sí tenía muchas cualidades. Esa es una pregunta que quiero que usted me aclare. La segunda es en relación con el nacimiento de Hitler...

DR. MAÑACH: Vamos a contestar primero la primera.

DR. SARDIÑA: La Primera pregunta... Allí hay cosas que yo nunca afirmaría, como la pobreza mental de la población alemana..

SR MARTIN: Del populacho...

DR. SARDIÑA: Del populacho alemán... tampoco es así. Indudablemente, Hitler tenía condiciones de orador. El propio Churchill cita en sus **Memorias** que una vez que le escuchó hablar, él mismo se confundió, el poder persuasivo no estaba en la propia palabra, sino en el énfasis, en el tono que le daba. Como todo tipo neurótico, lunático, Hitler tenía esa enorme atracción cuando se producía ante las masas. Además, y lo hemos advertido en la conferencia en la medida en que podíamos hacer síntesis de esta cosa, él estaba explotando a Alemania como víctima, sabía bien que el Tratado de Versalles había dejado al pueblo alemán humillado, e insistía en todos sus discursos en destacar su papel de víctima, que se presta a un lenguaje extraordinariamente apasionado, emborrachó a la masa con esta canción de la víctima del Tratado de Versalles. A ello se suma el mal trato que le daba la mala política francesa a Alemania, como la invasión por ejemplo, del Rin, y que produjo el colapso de los marcos alemanes, y una miseria espantosa. A esto, el tercer factor: el anti-semitismo; los judíos estaban controlando los primeros puestos alemanes, y Hitler predicaba una cruzada contra ellos para darle aquellos puestos a la masa. Todo eso eran condiciones que se prestaban para convertirse en orador, pero como creo que lo histórico no es ni el tono ni el énfasis que le dió Hitler a la masa, no lo traje a la conferencia.

SR. MARTIN: Es una pregunta en relación con el nacimiento de Hitler. Ha habido muchas discusiones; creo que fué Conrad Hyden quien afirmó que el nombre no era ni Hitler, sino Chiquel Grubet. Otros afirman que tenía parentesco judío, y yo quería que usted me informara sobre los padres de Hitler. ¿Está aclarada su filiación racial?

DR. SARDIÑA: Ciertamente, hay muchas dudas en cuanto al nacimiento de Hitler. Yo he traído lo más sencillo, porque era un párrafo lo que le podíamos dedicar a su biografía. Lo que hay de seguro es que el padre fué ilegítimo, y se dió un apellido. No se sabe quién era el abuelo de Hitler, y eso se presta a confusión. Por otra parte, él es hijo de una sirvienta, y de un tercer matrimonio del padre. Todo eso, se presta a confusión en cuanto al nacimiento de Adolfo Hitler.

SR. MARTIN: Mi última pregunta es muy breve. Quería saber si toda la culpa de la guerra se le puede imputar a Hitler o si también el pueblo alemán lleva una gran culpa en la guerra.

DR. SARDIÑA: Habría que averiguar si históricamente se puede hablar de culpa, pues si hubieran ganado la guerra, estuviéramos hablando de la gran victoria nacional socialista, y entonces no hablaríamos de culpa; imputar es muy difícil... Pero lo importante es que indudablemente, Alemania, sí no pudo resistir más. Una de las cosas que más me ha impresionado en la historia del Nacional Socialismo, es la orden que le da Hitler a sus oficiales para ocupar a la Renania: "Regresen si hay oposición". Eso muestra la debilidad del Estado alemán en 1936 y aun en 1938, cosa que no se sabía; hoy se sabe porque las Memorias de distintos presidentes de partidos, las de Churchill y otras, aparecidas en 1938. Cuando Alemania tenía fama de re-armada, no lo estaba tanto. No había adquirido las fábricas de municiones de Krupp; no había adquirido los contratos que tenía Checoeslovaquia con Rusia para comprar municiones; no había adquirido treinta millones de súbditos; pero había logrado con los discursos de Hitler y con su cuerpo de Agentes secretos, un aparato que confundió a los políticos de Inglaterra, y a Francia principalmente. Los confundió; considerando que era mucho más fuerte. A tal extremo que se cita esta anécdota: "La mañana que Chamberlain toma el avión para entrevistarse con Hitler en Munich, a las doce del día le iban a dar los oficiales de Adolfo Hitler un golpe de Estado, porque no se atrevían a invadir a Checoeslovaquia, pues consideraban un ridículo aquella invasión. Cuando oyeron la noticia (y Churchill consigna en su Memoria que todavía se emociona con esto), cuando oyeron la noticia de que Chamberlain iba a Munich a entrevistarse con Hitler, uno de los oficiales quería suicidarse, por el daño que le iba a hacer a Alemania.

Luego, lo que hay aquí señor, es un enorme truco en toda Europa. Si demora dos horas más, quizás se hubiera evitado la Segunda Guerra Mundial, porque a Hitler le hubieran dado un golpe de Estado. Con esa misma suerte invadió la Cuenca del Ruhr, la Rhenania, Crecoeslavaquia y se anexó Austria. Chamberlain, tipo extraordinariamente confiado, creyó que Hitler era un caballero, le gustó cuando lo vió personalmente, y pensó que era verdad que se estaba tratando de rehabilitar el Tratado de Versalles. Cuando se dió cuenta, ya Alemania había crecido demasiado. Luego la culpa no es ni siquiera del pueblo alemán; y cuando se vea esto con más perspectiva, nos daremos cuenta de que ni el pueblo alemán tomó parte en esta cuestión; que fué un enorme aparato que confundió a la diplomacia de los países vecinos.

SR. GUSTAVO DURAN: Quisiera saber si existe alguna influencia del "Súper-hombre" de Nietzsche en el "Súper-hombre" nazi.

DR. SARDIÑA: No quisiera subestimar, siempre es poco serio subestimar; pero yo creo que Adolfo Hitler no era el producto de ninguna influencia. Ahora acaba de publicarse un libro del Profesor de Derecho de Burdeos, que ha sustituído a Duguit en la Cátedra de Derecho Político; habla de una influencia extraordinaria, hasta de la Filosofía, en el Derecho del Estado Nacional Socialista, y dice que la modificación ha sido esencial. Sin embargo, yo creo que no se puede encontrar ninguna influencia... De Nietzsche, naturalmente, la tenemos todos los que leemos algo, aunque sea las revistas. Nietzsche ha teñido demasiado la cultura y la Filosofía en estos tiempos. Todo el mundo lo ha leído; pero esa influencia metódica que por ejemplo se advierte en Mussolini, con otra disciplina intelectual, no se encuentra en Hitler.

DR. MAÑACH: Yo quiero perguntarle al Dr. Sardiña, si no le parecería oportuna saludable, ya que el Dr. Ortega habló hoy de Roosevelt y de su repercusión en la evolución de la humanidad, y él habla también de Hitler y de Mussolini, que se hiciera un paralelismo entre las doctrinas filosóficas que representa cada uno de ellos, y entonces hacer una síntesis, con una conclusión en cuanto a las mismas, en cuanto a sus beneficios para la humanidad.

DR. SARDIÑA: Me parece muy interesante... Le necesitaría un poco más de perspectiva histórica. Ahora estamos demasiado cerca de esos sucesos y de esos cambios.

SR. AQUILES DE BERNA: ¿Fué muy original Hitler en sus ideas sobre la propaganda?

DR. SARDIÑA: La originalidad era muy relativa Indudablemente que se la encontraba también en Mussolini que llega al poder primero que él, y a quien Hitler admira extraordinariamente.

FRANCHI ALFARO: Doctor, en cuanto a los líderes, por ejemplo, usted habla de Adolfo Hitler; pero yo creo que se le podría eximir de culpa en ciertos aspectos, y podríamos, por ejemplo, llegar a la conclusión...

DR. MAÑACH: Preguntas, Franchi Alfaro, no una opinión...

SR FRANCHI ALFARO: Los líderes, en realidad, ¿no son receptores, intérpretes del sentimiento popular, y Alemania, después de la Primera Guerra Mundial, no se sentía tan ahogada que tenía sed de sangre, y entonces tendió a dar esa salida a esa sed de sangre por medio de su odio a los judíos?

DR. SARDIÑA: Bueno, hemos dicho que entre los factores de triunfo estuvo el Tratado de Versalles. Fué una Biblia que explotó en la propaganda Adolfo Hitler.

SR. FRANCHI ALFARO: Bueno, pero lo que quiero decirle es que si Adolfo Hitler no fué en realidad tan culpable porque el pueblo alemán quería sangre en realidad...

DR. SARDIÑA: Naturalmente.

SR. FRANCHI ALFARO: De su triunfo, del triunfo del pueblo alemán, toda Alemania tiene la culpa; no solamente el gobernante quería sangre sino toda la nación, que se sentía humillada por el Tratado de Versalles. En 1935, un Profesor da una conferencia en la Universidad de Oxford sobre la Primera Guerra Mundial; un estudiante inglés se levanta y le pregunta si considera a Alemania culpable de la Primera Guerra Mundial; contestó categóricamente: —"Sí, lo considero." Pues se levantó toda el aula de la Universidad de Oxford, todos los estudiantes ingleses aristócratas se indignaron contra el Profesor; en el propio Oxford no se reconocía la culpabilidad de Alemania. Eso fué muy explotado, Alemania víctima y Alemania no culpable de la Primera Guerra Mundial; se explotó hasta ahora.

IX

Francisco Parés

Estela de la Segunda Guerra Mundial

TODA guerra es, además de un conflicto entre estados, una verdadera revolución en el interior de sus miembros combatientes. La guerra acelera el proceso ideológico de insistencia y de resistencia que se fragua en los períodos anteriores. La segunda guerra mundial, fase estallante de un proceso revolucionario que se inicia en 1848, abre un período radicalmente inédito: es un fin de ciclo, o lo que es lo mismo, el pórtico de otro nuevo. En él nos encontramos. ¿Cuál será su realidad histórica más profunda? Esta realidad es impredecible. En primer lugar, porque sólo estamos en su inicio. En segundo, porque nuestras mentes están todavía permeadas por conceptos pertenecientes al período vencido: vemos la contextura de nuestro tiempo con óptica preformada en el pasado. Sin embargo, y a guisa de estelas de la segunda guerra mundial, caben algunas indicaciones acerca de cómo va a encauzarse el futuro. Indicaciones muy limitadas, desde luego, y referidas al marco más amplio: a cierto tipo de necesidades históricas inherentes en el paisaje del presente.

Voy a referirme a sólo dos grandes estelas de la segunda guerra mundial. Una, en el orden geográfico y otra, en el orden ideológico. Ambos, como veremos, se identifican en la cumbre y arrojan el saldo más característico del pasado conflicto mundial. En el orden geográfico, la guerra determina una simplificación de gran estilo en la balanza de presencias estratégicas. Puede de-

cirse que el último disparo de la segunda guerra mundial coincide con el primer disparo de la primera guerra entre continentes. Los frentes bélicos, en el pasado zafarrancho, fueron intercontinentales: de un lado, alemanes, italianos, japoneses; de otro, americanos, ingleses, franceses, rusos, chinos. Al terminar la guerra, inmediatamente se produce un ajuste en los sistemas mundiales que determina la creación de dos grandes frentes unitarios, frentes que, por primera vez en la historia, tienden a quedar delimitados en el interior de sus respectivos continentes. Europa queda dividida en dos partes, es verdad; pero estas dos partes coinciden casi exactamente con sus dos formas geográficas contrapuestas, la Europa peninsular y la Europa continental. La primera forma sistema con América. La segunda, establece unidad con Rusia. Rusia, por otra parte, inicia la integración del sistema asiático. Simplificación geométrica que elimina los frentes intermedios. Se dibuja, en consecuencia, un sistema euroasiático y un sistema euroamericano. Al margen queda Africa, cuya escasa densidad demográfica no le concede todavía rango de protagonista histórico, y el Islam, a horcajadas sobre Europa, Asia y Africa, que con la India brahamánica constituye el tercer cuerpo histórico autónomo del presente. Por evidentes necesidades estratégicas, esta geometría continental aspira a simular simetría de poderes. La guerra de Corea y el tratado de paz ofrecido al Japón constituyen los acontecimientos más claros de dicha aspiración.

La dinámica de los imperios va de la multiplicidad a la unidad. Si algo nos enseña la historia es que esta dinámica es una constante irreversible. Es, por decirlo un poco literariamente, la forma biológica que define a los verdaderos imperios. También se produce después de la segunda guerra mundial, pero con la particularidad de que el tránsito de la multiplicidad a la unidad tiende a reproducir el esquema geográfico trazado por los continentes. Esta primera estela de la guerra mundial, desde luego, no es gratuita, ni es una simple manifestación de poder material: tiene una causa profunda y suprema. Si la simplificación geográfica es posible, débese a que, a su vez, se superpone a otra simplificación cultural acaecida previamente. No es más que la apetencia de unidad espiritual, simultánea en una multiplicidad

de culturas de signo semejante. De ahí que en aquellas áreas donde la cultura semejante se ofrece más diferenciada, como en Europa occidental, el paso de la multiplicidad a la unidad tropiece con mayores obstáculos. Ahora bien: ¿en méritos de qué factor se produce esta doble simplificación geográficoespiritual? Llegamos aquí a la segunda gran estela de la guerra mundial: a un segundo orden de hechos, infinitamente más importante que el primero: a la dinámica de las ideologías. Porque dicha simplificación es acelerada por la oposición de dos grandes cuerpos ideológicos, hoy por hoy irreductibles. El orden geográfico prejuzga la escala de grandeza de los imperios o sistemas. Pero el orden ideológico prejuzga el contenido de las futuras sociedades.

Vaya por delante una afirmación tajante: la consecuencia más fabulosa de la segunda guerra mundial estriba en abrir vía libre, en todos los ámbitos del mundo, en beneficio y función de una doctrina gestada a lo largo de un siglo y que se llama marxismo. No existe ideología alguna, en la totalidad histórica, que haya ejercido una conmoción más planetaria y repentina que la conmoción que ejerce el marxismo en nuestros días. En función de conquista, sólo el advenimiento del pleamar islámico puede comparársele. Y en función de semilla social, es infinitamente superior. Como índice de su importancia baste decir que el marxismo, puesto en contacto con ideologías milenarias, en Asia, disuelve casi mágicamente sus formas sociales. Y que, en el mundo occidental, el marxismo obliga a una revisión urgente y peligrosa de las bases más íntimas de su propio pensamiento. Doctrina de origen europeo, pone en súbito movimiento el continente asiático y obliga a la propia Europa a mutar formidablemente el sentido de su sociedad.

Pero cuidado: no nos equivoquemos en cuanto al alcance de la palabra marxismo. Del marxismo estimado como doctrina cerrada, del marxismo de Marx y Engels, nada queda. Las grandes concepciones intelectuales que pretenden interpretar la historia —puede decirse sin miedo las filosofías de la historia— empiezan por ser doctrinas pretensamente rigurosas, intangibles concepciones del pasado, del presente y del futuro. Pero apenas formuladas, se escapan de la mano de su autor y se convierten en historia, es

decir, sufren el impacto de la realidad cambiante y se trasmutan en apetencia colectiva de nuevos destinos. La primitiva doctrina rigurosa sigue obrando de trasfondo inmóvil, cada día más alejado, menos válido. En suma, el valor de toda filosofía de la historia se mide por su capacidad de movilizar el espíritu humano en una determinada dirección, aunque esta dirección sea, justamente, una modificación del principio postulado en la doctrina. Así el marxismo, interpretación materialista, se convierte, ni más ni menos, en religión. En este aspecto, es de elemental probidad intelectual reconocer que el marxismo es la única filosofía de la historia que moviliza las reservas humanas en los últimos cien años. Y que a partir de la segunda guerra mundial determina, incluso, la reelaboración doctrinal del principio opuesto, el liberalismo.

Del marxismo inicial, nada queda. En Rusia, el marxismo ha sido aplicado solamente en la medida en que se ajustaba a la sociedad zarista. El marxismo ruso es, simplemente, la estrategia internacional del eslavismo. En Asia, el marxismo ha pasado a ser el revulsivo de la rebelión nacionalista. En Europa, antes de la guerra, el marxismo, aunque bajo otros nombres, determina los dos ensayos de totalitarismo en que se crucifican Alemania e Italia. Después de la guerra, el marxismo pasa a ser en Europa occidental una entidad que lo empapa todo, que todo lo condiciona, desde la sabia y lenta evolución británica hasta el impulso reformista del Vaticano. Entidad que, por ahora, presenta dos caras netamente diferenciadas: instrumento político al servicio del imperialismo eslavo —ésta es su cara siniestra— y corrección revolucionaria que la democracia occidental se plantea a sí misma: ésta es su cara positiva.

Entre marxismo y comunismo hay un abismo gigantesco. El comunismo es una interpretación rusa del marxismo. Una interpretación que se ha dado en Rusia y no puede darse en ningún otro punto del universo. La confusión entre marxismo y comunismo, bastante generalizada, impide llegar hasta el fondo del actual problema histórico. Lo que de fecundo hay en el comunismo ruso no es más que lo que había de fecundo en la vieja sociedad rusa. La colectivización agraria empieza en el siglo XVI, la unificación políticorreligiosa en estado teocrático data de Iván el

Terrible. El marxismo abre un abanico de apetencias sociales en el mundo entero. Pero las sociedades resultantes de dicha apetencia traducen el marxismo a sus propios datos culturales. Es evidente que el comunismo, en Europa occidental, sería algo enteramente distinto del comunismo ruso. Basta la buena comprensión del fenómeno titoísta para intuir hasta qué punto. incluso el comunismo, es más un producto de la sociedad anterior que del riguroso decálogo marxista inicial.

Hoy puede parecer que el drama histórico, estela de la segunda guerra mundial, es un conflicto entre capitalismo y comunismo. Falso. Es más: esta frase: conflicto entre capitalismo y comunismo es de origen ruso, y revela la diabólica estrategia del imperialismo eslavo, que impone al adversario una definición falsa del conflicto. Es falsa, porque la sociedad occidental es anterior al capitalismo y la sociedad eslava es anterior al comunismo. La realidad del conflicto estriba en la apetencia rusa de dominio mundial. Para ello se vale del marxismo, elevado al plano de estrategia también mundial, bajo el nombre de comunismo. Y su arma —la cara siniestra del marxismo en el mundo no ruso— es la desintegración de la sociedad preexistente, en méritos de la lucha de clases. Hoy sabemos sobre el marxismo mucho más de lo que hubiera deseado Marx. Y sabemos que el comunismo ruso recoge del marxismo un solo principio, —y ésta es la verdadera bomba atómica rusa— y que este principio no es más que la posibilidad de cáncer interior de las sociedades occidentales causado por la prostitución del capitalismo. El comunismo ruso es una prostitución del marxismo, que emplea hábilmente como suprema arma de combate la prostitución en que ha caído el capitalismo.

El verdadero combate, en consecuencia, no se plantea entre capitalismo y comunismo, sino entre democracia y totalitarismo. La prostitución rusa del marxismo se realiza mediante el instrumento del estado totalitario. Y no podía ser de otra manera, puesto que es la vieja sociedad rusa la que sigue existiendo, y esta sociedad nunca conoció la más elemental libertad. Las sociedades occidentales, en cambio, acusan sus crisis de crecimiento afirmando cada vez más su necesidad de libertad. Y la actual crisis capita-

lista indica claramente que lo que se encuentra en crisis es, precisamente, la libertad, pero en esta ocasión, la libertad económica del hombre. El verdadero combate de hoy es un combate entre la supresión de la libertad —comunismo ruso— y la preservación de la libertad dentro de un marco de seguridades económicas.

Pero volvamos al principio: y veremos como la simplificación geográfica a base de continentes se polariza hacia Moscú y Washington, es decir, los dos polos más extremos del supuesto combate entre comunismo y capitalismo. Es lógico, en consecuencia, que sus manifestaciones internacionales sean extremistas e irreconciliables. Es lógico que en el umbral del nuevo ciclo histórico todo parezca excluirse, ideologías y continentes, insistencias y resistencias. De ahí que constantemente se hable de peligro de tercera guerra mundial. La fuerza de los extremismos opaca la labor silenciosa y tenaz de los enclaves que, aunque formando sistema con Moscú o Washington, siguen produciendo su propia secreción histórica. El comunismo chino no será el comunismo ruso. El capitalismo europeo ya no es el capitalismo norteamericano. ¿No es extremadamente significativo que Europa, en la postguerra, dejó de elaborar doctrinas políticas? ¿No significa el extraño silencio doctrinal europeo, que Europa, crisol de todas las doctrinas, en difícil posición material, aguarda a que la terrible urgencia de Washington y Moscú se aquiete, para volver a ser Europa —las dos Europas— dueña de su propio estilo ideológico?

La verdad es aquello que queda después de las grandes revoluciones. La segunda guerra mundial ha sido el disparador de una revolución realmente universal. Como toda auténtica revolución, conlleva peligros formidables, altísimas posibilidades de retroceso. Pero como toda auténtica revolución también implica promesas de fecundidad. Valga, sin embargo, una profecía: si la sociedad occidental se reintegra a sí misma, incorporando en ella el impulso de nueva apetencia histórica que es la base emocional del marxismo, el comunismo quedará reducido a un capítulo más de la historia rusa, tal vez el más fecundo, aunque semejante en altura espiritual a los demás capítulos de su historia. Pero si la sociedad occidental —y esta es la gran responsabilidad de Estados Unidos—

olvida que la sociedad es anterior a sus formas económicas y permite su íntima disolución por la vía de la guerra de clases, la interpretación rusa del marxismo, convertida en estrategia del estado ruso, provocará la revolucionaria vinculación de Europa peninsular al sistema soviético euroasiático en formación.

Capitalismo y comunismo, referidos a sus matrices originales, liberalismo y marxismo, son hoy fantasmas de sí mismos, pero debido a la polarización imperial que representan, fantasmas al parecer todopoderosos, que aspiran a tiranizar la historia del mundo entero. El capitalismo pretende restaurar la sociedad occidental a tenor del mismo contenido, precisamente, que determinó la aparición del marxismo. El comunismo ruso aspira a liquidar la resistencia de la sociedad occidental destruyéndola desde dentro. Más claro: aspira a impedir la integración del proletariado producto del capitalismo en el seno de la sociedad occidental. El capitalismo fué un pasado fecundo, pero es ya un pasado. El comunismo puede ser un futuro horrible, pero no es más que una posibilidad de futuro, en consecuencia, sólo una amenaza.

Ahora bien: ni la voluntad de Washington ni la voluntad de Moscú bastan, por sí solas, ni para repetir el pasado ni para condicionar el futuro. La última palabra corresponde a la sociedad occidental estimada ésta en su latitud de gran cuerpo histórico. Sociedad que contiene elementos de cultura más antiguos, aun, que ella misma. El marxismo, en esta sociedad occidental, es la caracterización —por vías de ideología— del problema fundamental del siglo XX, y del que la guerra pasada es la manifestación más trágica. El capitalismo trata de desposeer a la sociedad de su problema fundamental. El comunismo, de agravarlo en beneficio del imperio eslavo. No anticipemos, pero esperemos: los elementos de cultura constitutivos de esta sociedad se oponen igualmente al satelitismo en favor de los dos polos de poder actual.

La situación no es única: se ha reproducido en el pasado. Con la diferencia de que, en el pasado, el conflicto se reducía a "un" mundo, mientras que en la actualidad se refiere "al" mundo. Las sociedades que en el pasado han muerto ignoraban la causa de su muerte. Al iniciarse el período inédito con el fin de la segunda guerra mundial, la sociedad occidental se encuentra en

posición privilegiada. Porque una sociedad que sabe por qué mueren las sociedades no puede morir por la misma causa.

DISCUSION

DR. DOMINGO RAMOS: ¿Esa guerra ha comenzado la curación de la prostitución capitalista y de la prostitución materialista?

DR. PARES: Sí señor. Desde luego, yo llamó prostitución marxista al fenómeno soviético, por la simple razón, solamente, que no se puede exponer en tan breves páginas, de que el comunismo convierte la materia humana en una materia bruta. Es consecuencia, es prostitución de toda teoría que inicialmente ve en el hombre un exponente humano y no simplemente un factor de masa. El capitalismo, no es que se haya prostituído; yo he usado esa palabra más para una finalidad didáctica, facilitar la exposición, y quizás excesivamente lteraria. La prostitución del capitalismo consiste en lo siguiente: produce el capitalismo una masa proletaria y esta masa proletaria no la sabe adscribir de nuevo a la sociedad producto del capitalismo. En consecuencia, se produce un desajuste en los órdenes sociales de esta sociedad. La corrección ha venido ya, puesto que hoy capitalismo puro no existe en ningún lugar del mundo.

DR. RAMOS: Yo me alegro de esta contestación porque desearía hacer una explicación. Pienso de una manera un poco distinta acerca de la prostitución del capitalismo. El capital es una función humana, producto del trabajo y no puede haber trabajo sin capitalización. Pero creo, por otro lado, que el uso del capital de una manera que yo llamo psicótera, loca completamente, es una prostitución de la función capitalista.

DR. PARES: Exacto, estamos de acuerdo.

SR. REYNOSO: Sr. Parés, creo haber escuchado durante su conferencia que usted decía que el marxismo es la más grande revolución ideológica que se ha presentado en el mundo, y haciendo un paréntisis, que tal vez el islamismo sería la otra, que podría estar casi a la par. ¿No cree usted que en realidad el cristianismo ha sido en esencia la más grande revolución, y que ya antes de que el marxismo planteara la diferencia de clases y la situación económica, ya el cristianismo la planteaba con un fondo espiritual? Al hablar de cristianismo no hablo de la Iglesia Católica sectarizada.

SR. REYNOSO: Yo sabía que alguien me iba a hacer esa pregunta, porque se deducía lógicamente. Dije que no existe una concepción de la historia que provoque subitáneamente una conmoción más formidable que la del marxismo, y he puesto el énfasis verbal, no sé si me ha fallado

el tono, en el adjetivo subitáneo; es decir, que la aparición del marxismo que, como ustedes saben, es un fenómeno que tiene una vigencia de cien años, no puede compararse en ese aspecto con el cristianismo, puesto que el cristianismo necesitó mucho más tiempo. En cuanto a la jerarquía de la revolución espiritual que causa el cristianismo, no lo comparo con el marxismo ni mucho menos. Digo que no existe una interpretación histórica que en menos tiempo provoque, en términos mundiales, más conmoción.

SR. GARCIA: Dr. Parés, me parece haber escuchado que usted entendía que el capitalismo debiera mostrar alguna afinidad ideológica con el marxismo para producir precisamente el bien a la sociedad que de él se reclama. ¿Cree usted compatible con el capitalismo el marxismo en algún punto?

DR. PARES: Sí señor. No con el marxismo riguroso, no con el marxismo estimado como doctrina intangible. Si del marxismo hacemos abstracción de sus bases teóricas, y admitimos que el marxismo es una simple apetencia colectiva de justicia social, es indudable que es perfectamente compatible un principio capitalista con un principio marxista, y la prueba es que ha existido hoy día en Inglaterra, hasta hace muy pocos días, un gobierno laborista que hacía compatible, dentro de un régimen de absoluta democracia, ambos principios.

SR. SUSINI DE ARMAS: Sr. Parés, yo quiero hacerle una pregunta sin pretensiones, para que usted me ilustre. ¿Usted no cree que antes del cristianismo, a que se ha referido usted y ahora este señor que tengo aquí delante de mí, existieron las mismas aspiraciones, sentimientos, deseos de la humanidad, que se asocian al cristianismo?

DR. PARES: Antes de Cristo han existido varias religiones. En consecuencia, han existido varias concepciones, interpretaciones, si no de la Historia, por lo menos de la sociedad en que se basaban esas religiones. Todas ellas, si buscamos bien, entrañan un fondo de justicia social; pero ocurre que la religión, así como más tarde los instrumentos postitivos del poder, se polarizan en función de un determinado orden de la sociedad. La religión también se convierte en rito, se convierte exclusivamente en instrumento de esta sociedad, en uno de los órdenes de esa sociedad, e indefectiblemente, la historia de todas las religiones es la historia de la prostitución de los principios básicos de justicia social que entrañan las mismas religiones.

DR. WALDO MEDINA: Amigo Parés, lo felicito muy cordialmente por esa conferencia dicha con tanta llaneza, tan sencillamente. Usted hablaba del problema entre la libertad y el problema económico del marxismo y que la cosa estaría en esto de libertad política y libertad económica. Simplemente le pregunto ¿cómo es posible que en este tipo de capitalismo prostituído, y yo creo que está más que prostituído, pueda conciliarse la libertad política con la libertad económica?

DR. PARES: En este tipo de capitalismo precisamente no. Por eso yo postulo la destrucción previa de este capitalismo y la ascensión del capitalismo a un plano en que se haga precisamente compatible la libertad individual, la libertad de conciencia, con la satisfacción de un mínimum de las necesidades materiales. Pero en este capitalismo desde luego no.

DR. WALDO MEDINA: En esta mal llamada democracia, tanto la europea como la nuestra de América, el quid de la cosa está en cómo, de que manera puede lograrse eso...

DR. PARES: Sería muy largo exponer, si no las doctrinas, por lo menos las realizaciones prácticas que se han realizado en los últimos tiempos. Pero le pongo a usted un ejemplo: los Países Escandinavos. Es indudable que en los países Escandinavos coexiste una auténtica democracia política, una auténtica libertad política con un mínimum de seguridad económica.

SR. GERMAN PACHECO: Aunque parezca una paradoja mi criterio, quiero que me lo aclare el Sr. Parés. No sé por qué me parece a mí que quizás el capitalismo tenga como principal engendro el comunismo. Si el capitalismo fuera un poco más generoso, ¿usted no cree que podría evitarse que las masas hoy hambrientas resultaban propicias a la captación de esa doctrina?

DR. PARES: Naturalmente. El comunismo no es más que una corrección histórica que plantea el pensamiento europeo ante las contradicciones del capitalismo. Si fuera posible evitar esas contradicciones, si mutando completamente el sistema básico del capitalismo, cupiera la posibilidad de una reforma, no una vuelta al pasado, el comunismo automáticamente no tendría razón de existir. Sin esta reforma es el marxismo.

DR. MAÑACH: Creo que hay un señor ahí que quería hacer una pregunta, ya definitivamente la última. La última de las últimas.

.... Bueno, cuando el inter-locutor que anteriormente preguntó yo tenía en mente la siguiente pregunta: ¿Cuáles son los factores a su juicio que en América Latina favorecen la difusión del comunismo?

DR. PARES: En América Latina, como en todos los lugares del mundo, dos son los factores que facilitan siempre la difusión del comunismo: en primer lugar, el hecho de la aglomeración industrial, que plantea el nacimiento de un proletariado típicamente industrial y que no es absorbido en la sociedad capitalista. Y el segundo factor, es el más específico de la América Latina, el **latifundio,** el mismo cáncer de que murió el Imperio Romano. Es decir, la concentración en pocas manos de toda la riqueza agraria.

X

Manuel Gran

LA ERA ATOMICA

NOS ha tocado en suerte dictar la última lección de esta Universidad del Aire a cuyo claustro honorable, grávido de variadísima cultura y de dirigido entusiasmo, nos satisface pertenecer.

Nuestra lección terminal quiere parecerse más a una lección de optimismo que a una cadena de presentimientos dolorosos que resienta la esperanza que todos debemos cultivar, siquiera sea como una mera secreción de un instinto de conservación en muy íntima tangencia con el egoísmo. Pero es lo cierto que no es posible orientar nuestros pensamientos cuando vienen disparados del acervo del subconsciente donde se han sedimentado a la presión de una lógica instintiva que no queremos ni debemos disfrazar.

En esta situación, el modesto contenido de estas palabras se reduce a la estricta medida de lo personal más íntimo, y lo que tengan de ajeno corresponde a la mínima comunidad insoslayable.

A lo largo de las edades de la prehistoria, dentro del marco de la era antropozoica, y ciñéndonos en ella a la llamada ahora psicozoica, el hombre ha vivido en contacto con los hombres y con el medio, acelerando su pericia bajo el acicate de la necesidad, tanto para defenderse de los otros hombres y animales, como para atacarlos, como para luchar con el medio y extraer de él los jugos que habían de servirle de lubricante en el contacto con las aspereza circundantes.

Agudiza así el hombre, al impulso de sus necesidades inevadibles, todos los filos de su ingenio y se fabrica herramientas y

armamentos que en el inicio de su construcción tienen la función de las unas y de los otros; la importancia de estos implementos para el usuario se hace evidente en la frecuencia con que se les tropieza en la búsqueda arqueológica.

Se ve así, siglo sobre siglo y cada vez más intensamente, cómo progresa y se perfecciona el arma con relación a cualquier otro elemento fundamental en la vida del hombre.

En la penuria de las primeras edades, de las edades líticas, son la piedra labrada y la piedra pulida el auxilio en el trabajo, en la defensa y en el ataque; con estas menguadas armas, allá lejos, en el tiempo sin retorno, el hombre de Cromagnon, más inteligente y más apto, desaloja al simiesco de Neanderthal de las tierras y lares que apetece, y ya está el hombre frente al hombre por ambición desesperada, haciendo del arma y de la inteligencia una unidad poderosa para las luchas, algunas veces justas e imprescindibles y otras veces sórdidas y malévolas, como destinadas a llevar, con el estímulo de odios y apetitos sombríos, la desazón y la congoja a los otros seres de su misma especie.

Se crea así el instinto de la fuerza y del poder que hace del arma y de la inteligencia la expresión mejor lograda de la fuerza.

De entonces a nuestros días, la marcha por este sendero equivocado y quizás inevitable, ha sido continua; el hombre se cultiva por sistema para la guerra y en ella lucha y en ella muere una multitud integrada por los mejores hombres: los más sanos, los más fuertes, los más jóvenes; esto es, los que parecen destinados a vivir y a reproducirse con preferencia a todos los demás: la guerra se ha transformado en oficio; es una actividad periódica, pero su período es incierto, y por ello hay que esperarla en todo momento y con ella la sorpresa de las mejores armas, hijas de las más buídas inteligencias.

Del hacha de piedra se pasa a las mazas, a los discos cortantes, a las flechas de madera endurecida, de puntas de sílex, a los venablos, a las jabalinas, a las lanzas, a los carros de guerra con ruedas de rayos dorados y costaneras repujadas, con caballos enjalbegados; se emplea ya el cobre y el bronce y la guerra se hace suntuosa, opulenta, frondosa.

La edad de hierro despunta ya en puñales y flechas y venablos, en occidente, en el país de los hititas, y con ello el arma se acera, se endurece, se aguza.

Los alardes y ventajas del poder, del mando, del absoluto dominio, desmesuran la ambición y la codicia de los jefes; el acicate de la victoria en la soldadesca es la promesa de la devastación, la violación de mujeres de todas las edades, el robo, el brusco enriquecimiento, el júbilo de las horas de depredación en el éxtasis del libertinaje.

Claro está que la guerra no es siempre impura; no lo es por lo menos y en todo caso, para ambos contendientes. A veces uno de ellos está a la defensiva de principios venerables, de razones y justicia indiscutibles, de derechos que nada deberá alienar. Pero en todo caso es una espantosa plaga que los hombres de los últimos tiempos se han propuesto regular, con muy dudosos éxitos.

Cualquier arista que se contemple en lo que atañe a las actividades guerreras, el hecho es que la posibilidad de la victoria está cada vez más en función de la perfección de los armamentos. Muchísimas guerras se han decidido por el arrojo de los hombres y por su número en los tiempos pasados, pero con el progreso de los armamentos, en muchas más ha determinado la victoria la eficacia de las armas y la pericia en su manejo.

Así, con la aparición de la pólvora y el progreso en el uso de los metales, el carácter de la guerra se transforma, la significación del valor personal se reduce y la sustitución por el cañón en sus innumerables variantes de las máquinas de guerra enteramente mecánicas, cambia completamente el panorama y la suerte del mundo.

Mil ejemplos existen de este cambio y hacen evidente el significado del armamento.

A nadie es extraño el hecho de que un puñado de hombres haya destruído un imperio de notable civilización y poderío, aislado de los progresos del armamento: millones de soldados disciplinados, aguerridos, valientes hasta la temeridad, indiferentes a la muerte y alentados por el más empecinado fanatismo, que es aliento excepcional, han mordido el polvo de la derrota frente

a un número increíblemente reducido de hombres armados de unos cuantos primitivos cañones y unos centenares de mosquetes.

La guerra es ahora más ruidosa; a los gritos de aliento, de rabia, de dolor y de victoria, a los alaridos de ira y de angustia, se sustituyen ahora el fragor de los explosivos, las llamaradas y las humaredas; se sabe de las batallas, y el temor se transmite, con la onda sonora, a muy largas distancias.

El valor personal tiene su crédito todavía, pero cada vez significa menos y en él se avalora la estrategia con el talento militar y la eficacia de los armamentos.

El mundo se pule intelectualmente, las comunicaciones se facilitan y nos acercamos a vivir en un gran país, en una sola ciudad que pronto verá reducida sus dimensiones a las de una simple aldea.

El progreso debe dar más bienestar a los hombres, pero las insidias, las rivalidades, las ambiciones entre sus unidades se extienden a los grupos y las naciones se temen más que se respetan.

La vida gana en seguridad y en comodidad, las industrias. creadas por una respetable y justificada ambición, la hacen más fácil y tolerable; el hombre se debilita físicamente, pero vive mejor; se han eliminado numerosas augustias y trabajos, el progreso se propaga y la suma de todos los esfuerzos se integra en la vida moderna; se vive más en menos tiempo y es posible que el hábito nos convenza a todos de que así vamos camino de un futuro de máxima felicidad.

Las aplicaciones de todas las ventajas energéticas que la ciencia y la técnica nos dan, son las responsables de estos resultados.

Pero al mismo tiempo el arma se multiplica, se perfecciona, se hace más automática, más efectiva. Los cañones, las ametralladoras, los lanzallamas, las minas, los torpedos, las bombas de profundidad y tantas otras armas, se construyen como instrumentos de precisión, sin preocupaciones por su coste, y sólo atendiendo a la máxima eficacia: la guerra ya no es mecánica, es física, es termodinámica, es eléctrica. A veces, el costo de un solo disparo es tal, que con ese importe se haría la felicidad económica de una modesta familia.

Los que han visto uno de esos acorazados modernos que constituyen una obra de arte de primera categoría, y que en realidad integran una acumulación de costosísimas obras de arte, se ven precisados a reconocer la belleza de conjunto y de detalle de estos monstruos, que representan, desde el punto de vista económico, una inversión positivamente fantástica; algunas naciones pequeñas no podrían adquirir uno solo de estos grises mastodontes de acero con el importe de todo su presupuesto.

Si a todo esto se superpone el progreso de los métodos de comunicación y de transporte: el telégrafo, el teléfono, la radio, el radar, el aeroplano de propulsión clásica y el de propulsión a chorro, se ve como se constituye una totalidad de contribución al progreso humano, y una suma y complemento a los métodos de guerra que nos aterrorizan.

Las cosas han llegado al extremo de que, en los últimos años, los esfuerzos por el adelanto de los implementos de ataque y defensa han sido los responsables del avance de la técnica y hasta de la misma ciencia.

La investigación se intensificó en los laboratorios alemanes, en lo más crudo de la última guerra, con el objetivo impuro, de acuerdo con nuestro criterio democrático, de lograr el dominio del mundo por los que se creían mejores en puridad de raza y en profundidad de intelecto.

De esta intensidad de la investigación resultó, en la primera guerra mundial, el famoso e ignorado cañón Bertha, cuyos disparos tenían un alcance en desacuerdo con todos los resultados de la balística exterior.

En esta última guerra culminó el armamento alemán en las conocidas bombas V_2, en que se aplican con agudeza y éxito inesperados los principios de la propulsión a chorro.

La contemplación de estos aparatos deja desconcertados aún a los más duchos en lo que atañe a la complicación de mecanismos y de acoplamientos eléctricos. Con estos proyectiles, como se sabe, se bombardea la ciudad de Londres desde el continente.

A este refinamiento de las armas se debe, sin duda, el éxito de los primeros ataques alemanes y el peligro en que estuvimos de descender de nuestra categoría de hombres libres a la de esclavos

envilecidos: a nuestra América se debe, con el vigor del corazón y de una técnica nutrida, que mantengamos aquella nuestra inestimable condición de hombres libres, sin la cual no tienen objeto vital todos los incentivos imaginables.

Allí también, al impulso de las necesidades tácticas que los dirige y de las cabezas empecinadas en el dominio del mundo que los dictan, se logran los primeros experimentos en los cuales se insinúa la posibilidad de poner el átomo al servicio del hombre, con el triste e ilícito designio, en este caso, de dominar a la mayoría de los hombres por el pequeño grupo de máquinas mortales despiadadas, tan colmadas de perfecciones automáticas, como hueras de corazón y de sentimientos.

Bien sabéis que el átomo hizo su aparición como un mero corpúsculo imaginario al que se atribuyeron virtudes caprichosas. Bien sabéis que persiste, igual en la filosofía que en la ciencia, como un propósito empecinado de otorgarle vigencia, aun sin justificación, como una presunción, como una noción simpática, como una predilecta e irrenunciable esperanza.

Llega a ser, a la distancia temporal de un siglo, y durante más de media centuria, aparejado con la noción más reciente de molécula, la base de muchísimas explicaciones de apariencia definitiva, el hallazgo ya comprobado por la experimentación que más satisfizo durante un dilatado lapso.

Todo el mundo se enorgullecía de las teorías atómicas y mecanicistas: se predecían aonctimientos; los fenómenos se reducían a una sencilla y armoniosa danza de átomos y moléculas; la ciencia reforzaba su matemática para explicarlo todo con su auxilio.

Hay, en mayoría, una confianza, una seguridad casi de que todo estaba resuelto en principio en lo que respecta a comprender y a aplicar.

Más tarde, la descarga a través de los gases enrarecidos y los fenómenos radioactivos conducen a considerar el átomo como un complejo de nucleones y de electrones; el horizonte se amplía y, por consiguiente, todo se complica; el corpúsculo se transforma en universo y este universo pide su justificación.

Bien sabéis cómo, para suerte de los que son primero hombres y después intelectos, los hombres de América, ligados a los de la Europa no contaminada, logramos desatar los átomos complejos, hacer estallar sus núcleos, y dirigir los nucleones hacia los numerosísimos átomos circundantes para originar las nuevas ataduras en complejos más sencillos. Con ello, la diferencia entre las energías de la atadura de los edificios atómicos complicados y los más modestos grupos, se presenta y se ofrece al hombre en la más fantástica y extraordinaria cantidad de energía utilizable con que hasta entonces soñara.

Disponen desde entonces las máquinas de la guerra de esta nueva fuente de ataque y defensa que a ella se incorpora; los ejércitos de la libertad tienen en sus manos un arma de la cual meses antes sólo existían muy tenues atisbos, y se aplastan definitivamente y de una sola vez los restos de una guerra que persistían cruentos y desesperados, con visos de interminables, sostenidos por el acicate del más estúpido de los fanatismos.

Hoy las armas atómicas son un hecho bien probado, necesaria, pero dolorosamente probado.

El porvenir del mundo, y hasta del universo, están vinculados a estas nuevas energías que la ciencia descifra con lentitud y seguridad fatales: tras la era del vapor y de la electricidad, que por tanto tiempo constituyeron la admiración y el orgullo de los ingenuos de espíritu y de pensamiento, que hicieron creer a muchos que ya la técnica no prosperaría sino por las nuevas variantes de estos dos entes energéticos, se nos inicia la nueva era que podemos llamar atómica, esta era en que vivimos entre el sobresalto y la esperanza, en que sabemos muy bien a dónde y cómo podemos llegar en los años venideros, en lo que a la técnica se refiere, pero no sabemos en modo alguno si la saeta del porvenir se dirige a lo idealmente humano o a lo dolorosamente inhumano.

Las posibilidades son extraordinarias. Hoy se obtiene del átomo una fracción insignificante de la energía que puede proveer y con ese minúsculo rendimiento se llega a las bombas atómicas y se preparan utilizaciones de la energía que darán sorprendentes ventajas al hombre, haciendo levísimo el trabajo y amplísimo el horizonte, que se extenderá a los confines planetarios.

Se explican ahora las energías solares y galácticas y parecen más claros los orígenes de la cosmogonía.

Pero si un día logramos, lo que no es imposible, disolver en energía el más modesto de nuestros átomos, dispondremos de una nueva fuente de energía cuyo valor nos determina ya un cálculo muy seguro, y los resultados serán incomparablemente superiores a los que nos admiran hoy.

Las posibilidades son extraordinarias; al hombre toca educarse para la mutua comprensión, para el mutuo respeto, para el cultivo de la mutua estimación, con el hábito de la verdad, con el valor de la verdad, para que todos estos resultados concurran sin desmayos a hacer más larga, sana, cordial y energética su vida; para hacerlo más perfecto, más bello y optimista; más íntimos y amables los contactos con sus semejantes; más firme, profunda y justificada su razón de vivir.

Esta es nuestra esperanza y así debe ser.

Cuando los siglos y los siglos transcurran, la edad atómica alcanzará la categoría de era atómica y los hombres del futuro hablarán de nuestras miserias de hoy, por entre el rizo de una sonrisa tolerante y benévola, como hablamos nosotros hoy de las brutalidades del hombre primitivo.

Así clausuramos nuestro curso de esta vivaz y cromática Universidad del Aire, que casi en totalidad está enlazada a sus alumnos por sutilísimos y misteriosos tentáculos, por contactos tan ágiles, penetrantes y alígeros como ignotos, por las ondas que van por la más sutil de las vías, por las rutas del éter.

Por estos caminos, tan seguros como desconocidos, os han llegado las palabras, el pensamiento y la emoción de maestros y maestras que en pródigo e inesperado número, con el mayor escrúpulo y la más sapiente firmeza, con el rigor estricto y la solemnidad sonriente, os han dictado estas lecciones dominicales que, bien seguro estoy de ello, os han servido para sentiros más optimistas respecto a la cultura de estos maestros y de toda nuestra Cuba, y más dispuestos a imitarlos y a superarlos.

Esta Universidad profunda y severa, en su propósito de rigor; tolerante y simpática en sus métodos; hija legítima de aquella otra, arraigada en los tenues perfiles de una revolución justiciera y en la que profesamos, ¡ay!, en nuestros años mozos, madura, evoluciona y crece, para orgullo de los que en ella participan: su cuadro de profesores y sus alumnos.

Nos atrevemos a afirmar que en estos cursos dominicales se han cumplido funciones pedagógicas de indiscutible trascendencia: se ha creado el gusto por determinadas disciplinas de pensamiento en quienes de otro modo jamás habrían tenido el menor barrunto de su existencia; se ha orientado y fijado el interés de muchas atenciones dispersas; se ha otorgado confianza a los temerosos de la complicación de los esfuerzos intelectuales; se han borrado seguramente muchos prejuicios dogmáticos para escribir en su lugar el carácter polémico del pensamiento moderno; se ha creado indudablemente en muchos espíritus la inclinación decidida al pensamiento gozoso; se ha sacado de sus goznes a muchas gentes que no habían tenido antes modo de percatarse de la alegría de inquirir y dialogar sobre saberes y sobre dudares.

Con todo esto y mucho más, nos atrevemos a pensar y hasta a creer, que se ha incorporado a un buen número de hombres y mujeres a la contemplación de los problemas del mundo con la atención que los maestros han puesto de modelo, y con ello, a desterrar la desesperación propia del ignorante para sustituirla con un criterio elástico y optimista sobre el destino que nos espera y sobre el vacío que todavía existe entre lo que sabemos y presumimos y lo que realmente es.

Los que hemos tenido el doble privilegio de ser alumnos y profesores de esta escuela única por muchos de sus caracteres, nos contamos en el grupo que mayores ventajas y goces intelectuales hemos atesorado en estos cursos.

Puestos ahora en trance privilegiado de arder de júbilo por los resultados obtenidos, estamos en condiciones de rogar e iniciar, con el espíritu en plena aleluya, un aplauso nutrido, un cheer de sonoridad y melodía para este nuestro magnífico rector, el Dr. Jorge Mañach, que con expresión profunda y netamente castellana y

aire a la vez risueño y severo de sajón, nos ha guiado tan gloriosamente por los más acertados caminos.

DISCUSION

SR. REYNOSO: Yo quisiera, antes que todo, pedir al Dr. Gran que nos dispense un momento las preguntas, porque también los alumnos tenemos nosotros un homenaje que hacer a los Profesores.

Nació la idea de todos los presentes, y de los que no están, de clausurar el Curso de LA HUELLA DE LOS SIGLOS haciendo entrega al Rector de la Universidad del Aire, el Dr. Jorge Mañach, de un Diploma en el que va el tributo de todos los que durante un año hemos seguido este Curso. Aprovechamos la circunstancia de que está presente el doctor García Robiou, el que ha iniciado este curso de LA HUELLA DE LOS SIGLOS, y la termina de una manera tan brillante el Profesor Gran.

LA HUELLA DE LOS SIGLOS ha sido no solamente un curso histórico, sino polémico. Me ha tocado, en más de una ocasión, ser parte activa en la polémica. Creo que mi voz a través de las ondas de CMQ, ha sido más polémica que agradable, como es la que me toca en estos momentos. Pero si ha habido pasión muchas veces, ha sido la pasión de las ideas, la pasión y la intransigencia que pedía Unamuno contra los hombres que no saben ser dignos de la cultura y que muchas veces han vendido sus principios morales por un mendrugo de pan. Hoy la Universidad se clausura con esas palabras magníficas del Dr. Gran: No puede conseguirse nada en la Era Atómica si no se tiene salvado lo espiritual. Lo hemos logrado en la Universidad del Aire, lo ha marcado el Dr. Jorge Mañach durante toda su temporada, y el Sr. Parés lo ha indicado magníficamente. Frente a la doctrina materialista del comunismo está la doctrina universal del cristianismo, del espíritu: la doctrina que solamente puede mantener la cultura. Esa es nuestra manera de interpretar, y quisiera que el Dr. Jorge Mañach, aprovechando el fin de LA HUELLA DE LOS SIGLOS y el Nuevo Año que se inicia, tenga en este pequeño testimonio de reconocimiento de todos los presentes y de los alumnos, interpretado por medio de mis palabras. Somos amigos de la cultura, somos esencialmente espirituales y somos polémicos en cualquier parte donde haya intransigencia moral. Nada más.

DR. MAÑACH: Bueno señores, supongo que yo tendré que decir unas cuantas palabras. Muy breves, por fortuna para ustedes, porque los minutos también son cortos. Muchísimas gracias Muchas gracias, Dr. Gran, por esas palabras tan generosas; muchas gracias a todos ustedes por esta sorpresa que me han dado. Yo sabía que hoy había de repartir diplomas; pero no suponía que iba a recibir un diploma yo

mismo. Supongo que este diploma me lo otorgan porque yo soy uno de los alumnos de la Universidad del Aire, el más asiduo de todos, el único que no falla nunca.

Esta tarea es de todos nosotros: de ustedes, mía, de los profesores; pero es tarea principalmente de ustedes. Si no fuera por el interés que se toman en estas actividades no solamente los que están aquí, si no los incontables alumnos distantes de la Universidad del Aire, este esfuerzo por divulgar las ideas, por sembrar inquietudes, por difundir el respecto a esa cosa de la cual cada día estamos más convencidos que depende, toda la ventura del mundo, el respecto al pensamiento y al espíritu; si no fuera, repito, por esta adhesión y este entusiasmo continuo de ustedes principalmente, no sería posible sustentar una empresa como ésta.

Así como también debemos otorgarle nuestro tributo de reconocimiento a todos los profesores que han colaborado en esta tarea, que yo no he hecho más que animar y organizar, debemos extenderlo también al Circuito CMQ. Para destacar ese merecimiento, tendré que usar un lenguaje un poquito mercantil; desgraciadamente vivimos en un momento en que las cosas casi sólo se aprecian en términos cuantitativos. Si no fuese por el Circuito CMQ, que pudiera vender esta hora y doce minutos los domingos a muy alto precio, y que no solamente se abstiene de mercantilizar esa hora, sino que además, aunque de una manera modesta, retribuye los esfuerzos de todos estos profesores y el mío mismo, esta tarea sería prácticamente inviable. Estoy seguro de que ustedes verán la sinceridad y el fervor conque yo quisiera que este tributo le fuera extendido también a la CMQ.

Muchas gracias.

INDICE

UNIVERSIDAD DEL AIRE

Curso del Cincuentenario
1951-52

1.—a) Introducción al curso. Espíritu y método.
b) El ideal de los fundadores.

2.—a) Cómo dejó España a Cuba.
b) Servicio y estrago de la Ocupación Norteamericana.

3.—a) La Asamblea del Cerro y la Constituyente del año 1.
b) La Enmienda Platt y el anti-platismo.

4.—a) La penetración económica norteamericana. Sanguily.
b) Recursos morales y materiales del país.

5.—a) Don Tomás y el alba de la República.
b) La primera grieta: la Revolución de Agosto y la Intervención.

6.—a) José Miguel y la moral pública.
b) El negro y los "independientes de color".

7.—a) Menocal. El mayoralato económico.
b) La indefensión de las clases populares.

8. a) Las banderías políticas y la Guerrita de Febrero.
b) El criticismo republicano. Varona. "Cuba Contemporánea".

9.—a) El Zayato y Crowder.
b) Los Veteranos y Patriotas y "los 13".

10.—a) Las servidumbres de la República.
b) El antinacionalismo.

11.—a) Machado y "La Regeneración".
b) El Cesarismo y la Revolución.

12.—a) Provisionalidad y Militarismo.
b) La nueva conciencia cubana y la Constituyente del 40.

13.—a) El Septembrismo y el impacto de la Segunda Guerra Mundial.
b) Laborismo y Comunismo.

14.—a) El Mesianismo Auténtico y la Generación del 30.
b) Violencia, Libertinaje y peculado.

15.—a) El Gobierno de Carlos Prío.
b) Logros y déficit de la Revolución. Chibás.

16.—a) Saldo del Cincuentenario: el haber.
b) Saldo del Cincuentenario: el debe.

17.—a) Inventario para una superación.
b) La superación moral y sus vías.

18.—a) La superación por la cultura.
b) La superación económica.

19.—a) La superación social. Clases y razas.
b) La superación política.

20.—a) La superación de actitudes y costumbres.
b) Imagen y consignas de la República en Martí.

21.—a) Responsabilidad de la ciudadanía.
b) Resumen del Curso: imagen de lo que podemos ser.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.